

# ARMAS Y LETRAS



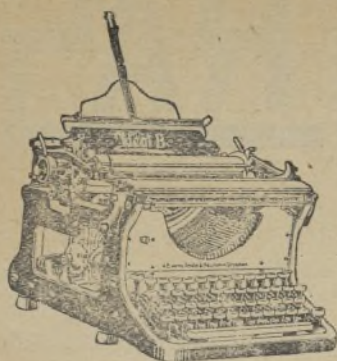
— DIRECTOR - PROPIETARIO —  
VICENTE VALERO DE BERNABÉ

AÑO II

NÚM. 16

ABRIL, 1921

Número suelto 1,30 ptas.



# La maravillosa "IDEAL B.,

¡ULTIMA CREACIÓN EN MÁQUINAS DE ESCRIBIR!

..... A PLAZOS .....

Accesorios, reparaciones y abonos para limpieza y conservación

Máquina para viaje ERIKA

Representantes: GARCÍA Y GARRIDO (Casa Americana)

CASAS

Hortaleza, 39.

Pérez Galdós, 9.

Carretas, 5.

Teléfono, 4077 M.

## Gran Almacén de Perfumería **La Florida** DE EUGENIO SARRÁ

Ventas al por mayor y menor

Teléfono A 2231

Ronda de San Pedro, 7

Apart. Correos 239

BARCELONA

### ASMA, BRONQUITIS CRONICAS

y demás enfermedades del aparato respiratorio

SE COMBATEN, CON ÉXITO, CON

— GOTAS HELENIANAS **BATTLE** —

(A BASE DE CLORURO DE HEROINA Y HELENINA AL 1 POR 100)

Adoptadas y recomendadas por los Dispensarios Antituberculosos de Bilbao, Cataluña, Zaragoza, Coruña, Oviedo, San Sebastián, etc., y empleadas en el Hospital clínico facultativo de medicina de Barcelona.

De venta en todas las farmacias de España

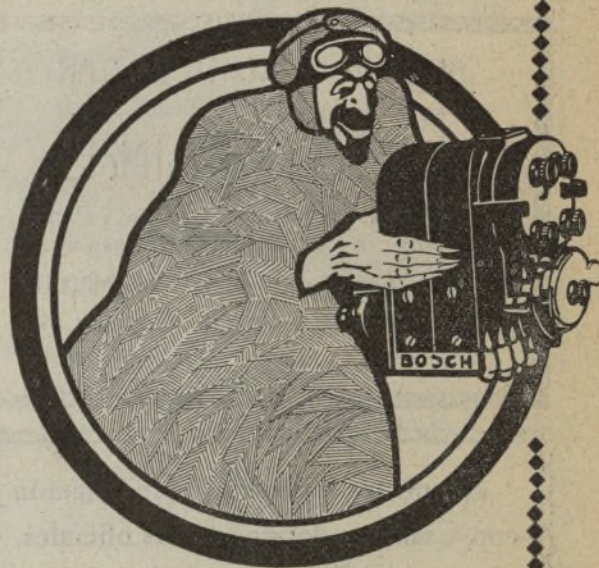
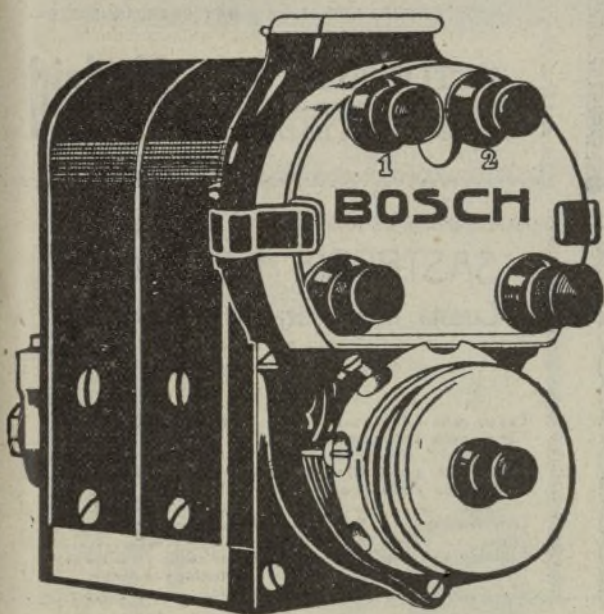


REPRESENTANTES  
PARA ESPAÑA DE LAS  
RUEDAS METÁLICAS

— RUDCE —  
WIHTWORTH

TENEMOS EXISTENCIAS DE  
— TODAS MEDIDAS Y TIPOS —

PIDANSE PRESUPUESTOS



REPRESENTANTES  
DE LA MAGNETO  
BOSCH

LEGITIMA ALEMANA DE STUTTGARD  
COMPLETO STOCK DE TODOS LOS  
TIPOS Y BUJIAS DE TODOS  
— — — LOS PAISOS — — —

ACCESORIOS EN  
— GENERAL —

PARA AUTOS, MOTOS Y  
— AVIACIÓN —

REINA, 39 y 41  
MADRID

*Pujol, Comabella  
y Compañía*



**SASTRERIA  
MILITAR PAISANO**

**ALVARO**

Mayor, 20 pral. - MADRID

**PEDRO ANDION**

Lonas para toldos y cortinas. Lencería, cufes y terlices para colchones. Saquerío para envases de lanas y cereales. Cordelería y tramillas. Yute para enfardaje, colchas, mantas, géneros blancos, gutaperchas y lanillas para banderas.

IMPERIAL, 8 y 16 Y BOTONERAS, 8

Teléfono M. 1487.

**ANTIGUA IMPRENTA MILITAR  
DE  
CLETO VALLINAS**

Modelación Impresa para todas las Armas y Cuerpos del Ejército. \* \* \* Objetos de escritura y dibujo.

Despacho: Luisa Fernanda, 5. MADRID  
Zaleres: Zutor 1, y Ventura Rodríguez, 17.

Teléfono 1.548 - J

**MUEBLES DE LUJO Y  
ECONÓMICOS  
Casa Sotoca**

Sección de alquiler en los pisos entresuelo y principal.  
— TETÉFONO 4.185-M. HAY GUARDAMUEBLES —

**ECHEGARAY, 8** Madrid  
Próximo a la Carrera de S. Jerónimo  
(ANTES Calle de HOTALEZA, 29)

Si vuestra industria tiene relación con Centros, dependencias oficiales, oficinas del Ejército, o con cualquier manifestación de deporte o ciencia, **anúnciese en ARMAS Y LETRAS** y verá prosperar su negocio. Pida tarifas y presupuestos.

**SASTRERIA DOMINGUEZ**  
Cuesta del Alcázar, 14. - TOLEDO

NOTA DE PRECIOS

	Pts.		Pts.
Capote paño 1.ª.....	150	Uniforme kaki de estambre o gabardina con pantalón y calzón.....	150
Capota paño o estambre..	210	Idem id. de dril, con id....	70
Pelliza de 1.ª, rizo de id.	120	Volver pelliza con todos los avios y dorados....	70
Impermeable gabardina con gabán y capota separada.....	225	Idem guerrera con id. id. e idem.....	50
Guerrera de paño o estambre.....	120	Poner cuello y vueltas con estrellas y soutache... ..	17
Pantalón Rey con franja seda.....	60		

**MINGOTE H. nos**

**Sastrería militar y paisano.**

MAYOR, 88, entresuelo.

Frente a Capitanía General.--MADRID

No hay soldado valiente si tiene **CALLOS**  
EL UNGÜENTO MAGICO

los extirpa en tres días.

En todas las farmacias. 1.50: por correo. 2 ptas

Antes y despues de las marchas y del sport dese un masaje de **EMBROCACIÖN AMERICANA** y sera incansable, sera campeon El reuma y todo dolor desaparecen

En todas las farmacias. - Farmacia PUERTO. - Plaza de San Ildefonso, 4. - MADRID

## SOCIEDAD GENERAL DE REPRESENTACIONES

### MAQUINARIA

Capital Social 250.000 pesetas, totalmente desembolsadas.

Liquidación del material en existencia con 10 por 100 de baja en el precio de coste.

Representantes exclusivos del MAXVELL

Pídanse listas de precios.

Galdo, 1. MADRID.—Teléfono 1712

## BARNICES SILLA

Para correajes militares.

Especial para la GUARDIA CIVIL

Precios.

Amarillo: frasco grande. 1,50 ptas.  
Negro " pequeño. 0,75 "

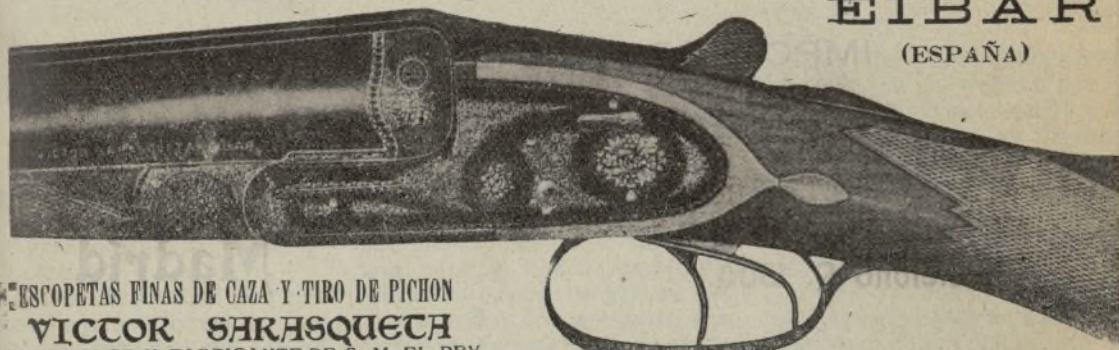
Puesto en Madrid.

No se servirá ningún pedido que no vaya acompañado de su importe.

Dirigirse a Ignacio Silla.—Duque de Osuna, 3. MADRID

No se sirven pedidos menores de 6 frascos, por no admitir menos las tarifas ferroviarias.

A cada pedido hay que añadir 10 céntimos por frasco para embalaje.



## EIBAR

(ESPAÑA)

ESCOPETAS FINAS DE CAZA Y TIRO DE PICHON

### VICTOR SARAGUETTA

PROVEEDOR Y FABRICANTE DE S. M. EL REY  
L. ALFONSO XIII y de S. A. la Infanta D.<sup>a</sup> ISABEL



Es un muñeco el Arlequín un muñequito de cartón, y la mujer lo hace bailar a su placer y discreción.

Sujeto está a su voluntad a su esbellez y a su hermosura y ésta la debe conservar usando crema PECA CURA.

Jabón, 1,50.—Crema, 2,50.—Polvos, 2,50.—Agua cutánea, 5,50.  
Agua de Colonia, 3,50, 6, 10 y 16 ptas., según frasco. Lociones para el pelo, 4,50, 6,50 7,30 ptas., según frasco.

### ULTIMAS CREACIONES

Productos Serie «Ideal»

ACACIA, MIMOSA, GINESTA, ROSA DE JERICO, ADMIRABLE, MATINAL, CHIPRE, ROCIO FLOR, ROSA, VERTIGO, C. AVEL, MUGUET, VIOLETA, JAZMIN.

Jabón, 3.—Polvos, 4.—Loción, 4,50, 6,50 y 20.—Esencia para el pañuelo, 18 ptas. Frasco con estuche.

LORTÈS HERMANOS, SARRIÀ (BARCELONA)

## Como se enseña la ESGRIMA DEL FUSIL CON BAYONETA

Autor Capitán D. LUIS PUMAROLA  
Profesor de la Academia de Infantería

Interesantísimo libro que complementa el reglamento de instrucción táctica de la Infantería.

Los pedidos al autor

Precio del ejemplar Una peseta.

TIPÓGRAFÍA CATÓLICA

## A. FONTANA

— SAN BERNARDO, 7 —

MADRID

RESERVADO PARA LA CASA

# H. y V. ALVAREZ

IMPORTADORES DE ACEROS

Calle de Recoletos, 6.  
Teléfono S. 1300.

Madrid

# MESTRE & BLATGE

S. A. ESPAÑOLA

CAPITAL: 10.000.000

LA CASA MEJOR SURTIDA EN TODA CLASE DE  
Accesorios para automóviles, ciclos, aviación.

Artículos para todos los deportes.


faros, faroles y proyectores Besnard, magnetos Simms, Bujías Oléo,  
bandaje para frenos Chermoid, rozamientos a Bolas f. S.  
carburadores Zénith.


MADRID: Cid, 2 y Recoletos, 15  
Teléfono S. J. 022

BARCELONA: Balmes, núm. 57  
Teléfono A 4373.

# ARMAS Y LETRAS

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

Ciencias  Artes

Inventos  Literatura

Actualidades

DIRECTOR PROPIETARIO

VICENTE VALERO DE BERNABÉ

OFICINAS

Calle Mayor, núm. 86

MADRID

Apartado de Correos núm. 886

Administrador

José Valero de Bernabé

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Trimestre... 3,75 ptas.

Semestre... 7,50 >

Año... 15,00 >

EXTRANJERO

Semestre... 12 ptas.

Año II Núm. 16

Abril 1921

COSAS DE ACTUALIDAD

## :-: EL FACISMO EN ITALIA :-:

He aquí interesantes detalles de su organización según un documentado artículo que publica *El Debate*.

La Prensa de los distintos matices se ha ocupado estos días de los «fascistas de Italia.» ¿Qué es el *fascismo* y quienes son los *fascistas*? El *fascio di combattimento*—haz de combatientes o de combate—es una organización de defensa ciudadana contra el socialismo bolchevista. Ha surgido en la capital de la Emilia, en Bolonia, que hasta hace poco era en los pueblos latinos la sucursal más autorizada del leninismo. A ejemplo de Bolonia, se multiplican los *fasci* de una manera prodigiosa en la región emiliana y en todas las villas y ciudades de Italia.

Periódico tan poco sospechoso como el *Il Secolo*, de Milán, de ideario socialista, pero enemigo del comunismo, no oculta su íntimo regocijo al reseñar los triunfos bélicos de los haces de combatientes, que destrozan y ponen en vergonzosa fuga las huestes italianas de Lenin.

*Il Secolo* define así a los *fascistas*: «Jóvenes estudiantes e hijos de la burguesía que hicieron la guerra sin maldecirla, que han visto la muerte cara a cara y desafiado todos los peligros. En la turba leninista figuran, en cambio, las masas muertas que fueron a las trincheras por obediencia pasiva. Entre los *fascistas* figuran muchos de los que guerrearon como voluntarios,

conscientes del riesgo que corrían y de la necesidad de su sacrificio. Trátase, por tanto, de una minoría audaz, generosa, fuerte. Alrededor de ella se han alzado todos los antiguos ciudadanos, menos la masa campesina, prontos a la lucha, siempre en guardia.»

«La provincia de Bolonia—continúa *Il Secolo*—, presa del gran movimiento obrero agrario, permanecerá siempre socialista, con modalidades más o menos revolucionarias; pero la ciudad rechazará unánime el maximalismo. Y ni siquiera se podrá allí hablar de socialismo hasta que el partido no cambie por completo y vuelva a las costumbres y tradiciones que ha abandonado de súbito.»

Era Bolonia, desde hace veinte años, la ciudad más socialista de Italia. Dueños del Municipio, los socialistas también eran los amos de la Emilia. En el Congreso tenían la representación más radical del partido. El movimiento de avance continuó siempre de victoria en victoria. El Municipio, la Diputación, la representación en Cortes, todo era de ellos, de los socialistas. Vino la guerra, y el socialismo boloñés se hizo leninista. Llegaron los socialistas a obligar a los profesores del Instituto a afiliarse, bajo pena de suspensión, en la *Camera di Lavoro*. Las turbas arrojaban a puntapiés, de los cafés y de los restaurantes, a los señores y bur-

gueses con la apostólica sentencia: «El que no trabaja que no coma.» Habían prometido a los campesinos todas las tierras; a los obreros de la ciudad, todas las casas. En el Teatro Comunal obsequiaron al pueblo con representaciones comunistas. La acción directa florecía a cada instante con huelgas revolucionarias, salpicadas de sangre. El asesinato en las calles, en las reuniones públicas, llegó a ser «una bella arte».

Pero «un bel giorno», como dicen nuestros hermanos latinos, con su melodiosa *dolcezza*, diez estudiantes disolvieron a tiros una manifestación comunista. La ciudad despertó entonces de su largo sueño. «Luego se puede atacar a los socialistas; luego los socialistas corren; luego para ser bolchevique hace falta algo más que saliva.» Y la ciudad se levantó unánime; la reacción fué terrible; la venganza, espantosa. Desde aquel instante el *fascio* y los *fascistas* no dan un punto de reposo a las hordas bolcheviques.

Dondequiera que los *fascistas* ven una bandera roja, se lanzan al asalto, al incendio. El revólver, el puñal, la bomba de mano, el rifle, la gasolina, son los materiales que emplean en su obra. Los *fascistas* no titubean. En Bolonia han asaltado e incendiado la *Camera di Lavoro* y la Casa del Pueblo. Hechos análogos han realizado en Módena, en Ferrara, en Trieste, en Milán. Los Municipios rojos asaltados en plena sesión suman ya una respetable cifra. En Livorno acaban de obliar a abrir los comercios, y han conducido ellos

mismos los tranvías, para des- hacer la huelga general decreta- da por el socialismo. La ciudad de Florencia envió allí un tren lleno de *fascistas*. Si se trata de pueblos o ciudades pequeñas donde son atacados por sus enemigos, los *fasci* de los pue- blos y villas próximos envían al primer aviso grupos numerosos de afiliados que se trasladan en camiones automóviles. Apenas llegan se generaliza la lucha con las bandas rojas, y los *fasci* del país quedan vengados.

La reacción *fascista* en Bo- lonia ha sido tan terrible que se están disolviendo todas las or- ganizaciones socialistas; la ma- yoría socialista ha dimitido en pleno, y la Facultad de Jurispru- dencia de aquella Universidad ha expulsado de su seno, por unanimidad a pesar de ser toda ella radical e incrédula, a los dos profesores socialistas Leo- ne y Fovel, que no han protes- tado contra los sucesos de No- viembre, origen de la reacción y del *fascismo*.

sentó las siguientes objeciones:  
1.º La duda de la incom- bustibilidad de los costados de las flotantes.

2.º El poco fondo de la ba- hía que no permitía acercarse a la plaza, a las flotantes, menos de 600 toesas.

3.º Como se daría el asalto, a lo que respondió d'Arçon que con 2.000 embarcaciones meno- res, tripuladas por 10.000 hom- bres, que permanecerían al res- guardo de las flotantes hasta el momento oportuno. El duque Crillón manifestó a Floridablanca, que él no tomaba la respon- sabilidad de un proyecto tan du- doso, y únicamente seguía al mando de las tropas por obe- diencia al rey, dejando escritas estas manifestaciones:

El 18 de Junio se puso Crillón al frente de las tropas, ascen- diendo el número de estas a 40.000 hombres, y visitó las 10 flotantes, mandada una por el príncipe de Nassau, que había acudido voluntario. En cinco horas, durante una noche, se construyó una trinchera a to- do lo largo del istmo, de nueve pies de anchura y diez pies de es- pesor el parapeto, utilizando 10.000 hombres que transporta- ron 1.100.000 sacos de tierra. Emplazaron 400 cañones en tie- rra, repartidos en 3 baterías principales, y discutióse el em- plazamiento de las flotantes, acordando que se dejase a elec- ción de sus comandantes y dar espía para en caso de incendio poder retirarse. Además las 60 bombarderas de Barceló ayuda- rían a las flotantes con sus 60 cañones de largo alcance.

Se acercaba el 8 de Septiem- bre, día de la Virgen y fijado pa- ra el asalto; todo era movimien- to en el campo donde se habían reunido 80.000 espectadores, y los soldados cantaban.

Con tan buenos militares como gobierna Crillón, no pasará el mes de Octubre sin que se rinda el peñón.

Sin embargo retrasóse hasta el 12 por aguardar a la escuadra combinada, de 50 navios y con 9 insignias de almirante.

El 13 por la mañana, las flo- tantes mandadas por D. Buena- ventura Moreno, fondearon en dos líneas, en la primera las de

## GIBRALTAR Y SU HISTORIA

A fines del 1780 continuaba el bloqueo de Gibraltar, en Brest había 30 navos, y en Cádiz 32 mandados por D. Luis de Cór- doba, pero habiendo salido la escuadra de Brest para las In- dias, aprovechan esta ocasión los ingleses y se hace a la mar un convoy de 97 transportes protegidos por 28 navios, man- dados por Darby, que llegaron sin impedimento a Gibraltar.

Mucho se ha discutido sobre esta inanición de don Luis de Córdoba. Parece ser que desde Madrid se daban las órdenes de salir o no a la mar, y habiendo consultado en este caso se acordó no debía salir a la mar, «pues nada impediría el que los transportes hicieran rumbo a Gibraltar, durante el combate, y en cambio quedaría mermada la escuadra española.»

Por esta época se preparó en Cádiz la reconquista de Menor- ca, de feliz éxito, y gran necesi- dad por ser base además de 80 corsarios, y el 4 de Febrero de 1782, capituló el castillo de San Felipe donde se había refugiado la guarnición de Mahón.

Durante la conquista de Ma- hón, languideció algo el sitio de Gibraltar, pero una vez conse- guida aquella, acometióse este con nuevo ardor.

Celebráronse consejos de guerra para discutir los planes del año 80 y otros nuevos que habían sido presentados siendo aceptado el de mister d'Arçon, protegido del rey de Francia; proponía este señor el asalto por

mar, empleando unas baterías flotantes de su invención (1782). Como se vé el procedimiento era de escasa novedad, pues estaban en uso las de Barceló, pero la novedad de estas d'Ar- çon, era un sistema de tubos que distribuían a que por todo el interior del casco «como la san- gre por las venas del cuerpo hu- mano» manteniendo las made- ras en perfecta humedad y evi- tando los incendios, por bala roja.

Acogido con entusiasmo por el rey este invento, dióse orden a la Carraca de aprestar 10 cas- cos de 600 toneladas y dar toda serie de facilidades a d'Arçon. Sin embargo, el duque de Cri- llón, general francés, que había conquistado a Menorca, le pre-

### IMPORTANTE

La Administración del Correo Central nos comunica que, la correspondencia diri- gida a los «Apartados Particulares» ha de someterse a ciertas condiciones para poder garantizar un buen servicio.

Las modificaciones introducidas afectan a la forma de consignar la dirección en los sobres que deben venir extendidos del si- guiente modo:

SELLO
Sr. Administrador de Armas y Letras Apartado núm. 886 Madrid

Es esencialísimo que la mención del Apartado se haga en el ángulo izquierdo inferior del sobre y en la misma línea que el punto de destino.

Rogamos a todos nuestros colaborado- res, anunciantes, suscriptores y correspon- sales que tengan estas disposiciones, con el fin de evitar retrasos y dificultades en la correspondencia.



dos puentes, y disparando las otras por los claros de estas y a la menor distancia que permitió su calado.

Diremos que la buena estrella de Inglaterra, brillaba a la par que los cañones de sus fuertes? El día que amaneció hermoso, comenzó a estropearse levantándose un SW que impidió a los navios y bombarderas el tomar parte en la lucha, y que los grandes belomes que sufrían las baterías, hacían su tiro incierto. Sin embargo el fuego fué horroroso, y hacia las dos de la tarde, cuando las baterías inglesas, ya fatigadas, disminuían su intensidad, vieron surgir grandes llamas de las flotantes, Tallapiedra y Pastora, mandadas respectivamente por el príncipe de Nassan y por Moreno.

A media noche volaron la Tallapiedra, la Pastora y la San Cristobal, mandada por Gravina. Las dotaciones de las restantes, desmovilizadas, se lanzaron al agua, siendo salvadas por embarcaciones menores que acudieron, incluso de Gibraltar, salvando estas a 357 españoles. Unos mil tripulantes de las flotantes perdieron su vida en este desastre; la quinta parte del número de ellos.

La incombustibilidad la procuraba su autor dejando entre el casco y la coraza anterior de madera de que las había provisto, una zona rellena de algodón por donde circulaba agua. Las balas rojas al encontrarse en el espesor de la madera, la carbonizaba lentamente, degenerando en llamas, incapaces ya de ser extinguidas.

Por este suceso se vió la marina escarnecida, siendo así que era inocente, ya que el autor era

Se recuerda a nuestros colaboradores espontáneos, que no sostenemos correspondencia ni acusamos recibo de los artículos que nos envíen. Siempre que nos sea posible complaceremos al remitente publicando lo que sea digno de ser publicado.

extranjero, como lo prueba esta canción alusiva que nació entonces.

Cuando no haya en la marina polvos, ricos ni pomadas, entonces Carlos III será Gibraltar de España.

A pesar de este desastre, continuó el bloqueo de la plaza, ya que los sitiados habían quedado muy escasos de municiones; D. Luis de Córdoba continuó fondeado en la bahía, para evitar la llegada de refuerzos, amen de los jebques y bombarderas de Barceló.

En estas circunstancias, el 10 de Octubre se desató un gran temporal de SW; los navios tuvieron que fondear las dos anclas y aun la esperanza. pero el S. Miguel fué arrastrado a la playa de Gibraltar y hecha prisionera su tripulación, y 13 cañoneras embarrancaron en Puente Mayorga.

El día siguiente se vió pasar una escuadra inglesa de 34 navios, mandada por Lord Howe, que viento en popa se dirigía al Mediterráneo. El 13 calmó el viento y Córdoba levó anclas, saliendo en busca de los ingleses. Esto pareció desacertado, ya que siendo el objetivo de estos, Gibraltar, a este debían volver, efectivamente; mientras Córdoba recorría el Mediterráneo, Lord Howe contorneaba la

costa española y entraba en la bahía desierta. En dos días desembarcó su cárgamento y 14 000 soldados, y se hizo a la mar cuando aparecía la escuadra de Córdoba por la boca del estrecho, los navios más veloces de esta llegaron a cambiar algunos disparos con la inglesa, pero el 20 de Octubre se perdió el contacto.

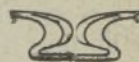
El sitio continuó hasta el 30 de Octubre que se hicieron los últimos disparos, al tener noticia de la paz y de la inutilidad de tres años de lucha y estériles sacrificios. Un soldado anónimo sintetizó esta campaña en el siguiente verso:

Tres años de bloqueo continuado que empezaron poco antes del 80. tres generales que este campo cuenta tres comandantes de la mar mudados, tres veces socorridos los sitiados por tres escuadras que el inglés presenta, tres veces que nos bate o amedrañta o se marcha dejándonos burlados.

Fuera de los trabajos incesantes tres veces levantadas obras variis, por tropas esforzadas y constantes tres *Te Deum*, tres días de plegarias, Y en salidas, brulotes y flotantes tres veces repetidas luminarias.

En las negociaciones de Versailles, el conde de Aranda pidió la restitución de Gibraltar, lo que le fué negada, acordando únicamente la devolución de Menorca a España y firmando el tratado en 1783-30 Enero. Esta fué la última tentativa que hizo España para la recuperación del pedazo de su suelo que tan substancialmente había perdido.

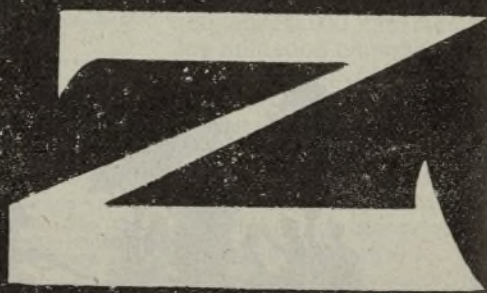
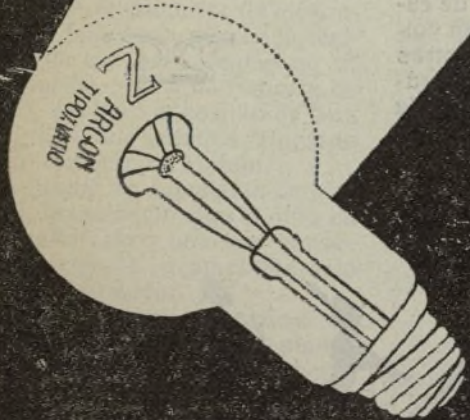
J.



..y la no-  
che fué  
dia...



*gracias  
à la lámpara*



LOS TIROLESES

Ayuntamiento de Madrid



# ARMAS Y LETRAS

POR LA CONMEMORACION DE UN CENTENARIO

## COVADONGA

El Rey ha recibido en audiencia a los canónigos de Covadonga, y al escuchar sus amargas quejas por el olvido de todos hacia la peña inmortal, han pronunciado los augustos labios palabras de esperanza y de generoso ofrecimiento. Nuestro Monarca ha prometido con entusiasmo ser «el primer español» en la labor que el país entero debe de realizar para que el sagrado lugar sea honrado como se merece.

El Rey de España, al expresarse como Rey de todos los españoles, asumiendo de modo espontáneo la indiscutible dirección de una labor que ha de ser magna para corresponder a la grandeza de su objeto, ha significado una vez más su caballeridad y su patriotismo. Labor de buenos caballeros y patriotas conscientes de sus deberes cívicos es el exaltar las glorias de la raza. Nada eleva tanto la dignidad y prestigio de los pueblos como el tributo que rinden a la memoria de sus antepasados y el culto que ofrecen a los hechos de su Historia; y cuando esta Historia es como la nuestra, inmarcesible, y las hazañas de sus héroes son insuperables, nada ni nadie pudiera disculpar nuestra apatía si dejamos de rendir el debido tributo a su conmemoración y a su homenaje.

Son inmensas e innúmeras las proezas de nuestro pueblo; pueblo alguno alcanzó cimas más altas en las cumbres de la Gloria. Raza de héroes, raza de sabios, raza de santos; la semilla ibera

fructificó más allá del misterioso azul de unos mares de ensueño que fueron por muchos siglos imperio del caos y de la ignorancia. El alma de la raza alentó en los pueblos vírgenes que hoy rinden culto a la Madre amada y se esfuerzan en estrechar los lazos que sólo temporalmente pudieron separarlas. La voz de España sabe entonar a un tiempo, por doquiera, himnos de paz y de gloria al Dios creador, y el Sol alienta generaciones tan distintas como próximas lo están por el prodigio espiritual que realiza misteriosamente la comunidad de sentimientos y de idioma.

América Española, la hija bien amada de la vieja Iberia, asóciase entusiasta en todos sus dolores y alegrías a la Patria excelsa; únese a sus triunfos, llora sus derrotas siempre honrosas; identíficase con el sentir del noble hogar de sus mayores, y no olvida jamás las glorias de la raza poderosa que le dió la luz del Evangelio y de la Civilización.

América Española, la hija bien amada de la vieja Iberia, asóciase entusiasta en todos sus dolores y alegrías a la Patria excelsa; únese a sus triunfos, llora sus derrotas siempre honrosas; identíficase con el sentir del noble hogar de sus mayores, y no olvida jamás las glorias de la raza poderosa que le dió la luz del Evangelio y de la Civilización.



Covadonga.—Vista de la Basílica.

¿Quién duda que las hermosas Repúblicas americanas no han de asociarse con entusiasmo jubiloso a la conmemoración de la grandiosa epopeya de Covadonga, madre de la madre que tanto aman y símbolo de una raza que es la suya!

Pues bien; unidos todos los pueblos de habla española en el grande y único ideal de honrarse a sí mismos, llegará a ser una realidad la conmemoración del hecho primordial de nuestra Historia, pues—como dice tan bien el exquisito maes-

tro Ortega Munilla—no hay que olvidar que Covadonga es la «Matriz de España».

Lamentaron humildemente ante Su Majestad los buenos canónigos que el Estado que celebró espléndidamente tantos Centenarios nada hubiese concedido para la conmemoración de Covadonga, que es el Centenario de la Patria. «De todos queda algún monumento—le dijeron,—de este no queda nada.»

No un monumento más, sino uno superior a todos exige el solar augusto de nuestro pueblo; no un Centenario más en que la oficial intervención del Estado actúe como organizadora de vulgares ceremonias, invocando menos el patriotismo que otros sentimientos exhibicionistas.

Algo único debe de realizarse para celebrar dignamente el hecho más glorioso de nuestra España, sin el cual ninguno de los otros acontecimientos hubiese tenido efecto y acaso el Mundo Nuevo permanecería oculto todavía en los misterios de lo desconocido. Algo digno de lo que es para la civilización universal (no ya tan sólo para la española), la verdadera llave de una luz que irradia por todos los ámbitos mundiales desde el día sublime en que las flechas hubieron de embotarse en la ingente roca, corazón de una raza que llevó por doquiera la santidad de la Cruz y los triunfos de la inteligencia.

Nada de arrancar a los lugares bellísimos en que la Naturaleza prodigó todos sus encantos derrochando majestuosidad y grandeza, su naturalidad admirable.

Lejos la idea—como dijo el Rey a los canónigos—de crear en Covadonga una población; aquello debe de ser tan sólo un Santuario, un rincón de paz a donde no lleguen las monstruosidades de esa arquitectura tan enorme en proporciones como pequeña en sentimientos, a que tan aficionados somos en los presentes tiempos.

Algo grande allí, sin desentonar de las bellezas naturales, y que bien pudiera llamarse ARCHIVO DE LA RAZA ESPAÑOLA Y RELICARIO DE SUS HEROES; algo que perpetuase la memoria de los grandes descubridores, de los invencibles capitanes, de los sabios y de los santos que a través de los siglos continuaron la ruta del honor que nos trazó Pelayo. Algo capaz de contener el espíritu del pueblo español y a donde acudiesen

peregrinaciones patrióticas ávidas de rememorar hechos y hazañas, de leer nombres sin mácula y venerar reliquias amadísimas de cuantos supieron sacrificar la vida en aras del Honor y de la Patria.

Nuestros grandes artistas, tan admirables como admirados, no defraudarían en este punto las esperanzas de cuantos en ellos depositasen su confianza para la erección del expresado monumento.

Por otra parte, una grande y buena Hospedería, facilidades en épocas señaladas para que pudiesen acudir a Covadonga considerables peregrinaciones de todas las regiones españolas e hispano-americanas; la creación de una Orden destinada a premiar servicios de todas clases «PRO-PATRIA»; la celebración anual, con carácter oficial, de la Fiesta de la Reconquista, y la publicación de una obra literaria destinada a enseñar al niño la epopeya inmensa, haciendo su lectura obligatoria en todas las escuelas, serían, en mi humilde opinión, formas adecuadas para honrar la más sublime página de la Historia de España.

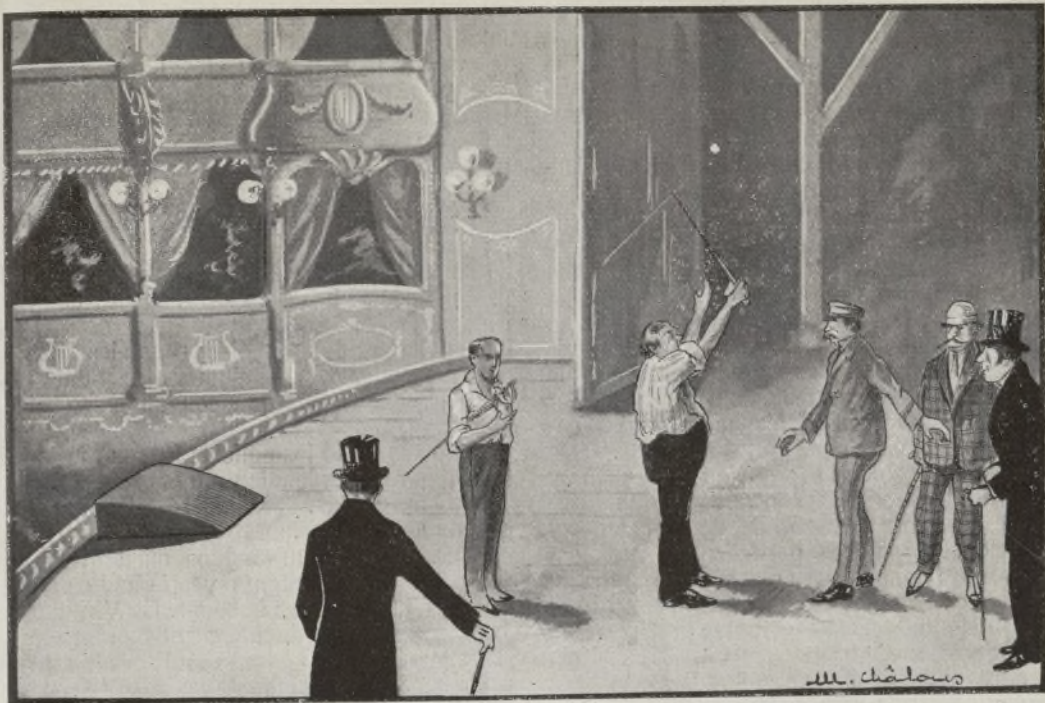
¿Medios de llegar a ello?... Todos son buenos, si se parte del principio de que en el tributo deben de colaborar todos los españoles. Suscripciones populares, parte de un día de haber, celebración en fecha determinada de una fiesta análoga a la de la flor, que podría llamarse «de la Patria»; emisión de un sello de Correos, etc., etcétera.

El insigne maestro Ortega Munilla, que con la elocuencia de su palabra y la galanura de todos sus escritos, rompe lanzas en *A B C* para que la conmemoración sea un hecho; las columnas, siempre patrióticas de nuestra Prensa, y cuanto vale y significa en España y América Española, tienen la palabra.

Nuestro Soberano, Rey del pueblo, porque ha sabido llegar con su hidalguía y generosidad a todos los corazones, sumaría a la ejecutoria gloriosa de su reinado, ya pródigo en excelsitudes, una página insuperable, y nuestros gloriosísimos ascendientes nos bendecirían por tan sublime empresa, que nos ha de enaltecer ante los ojos del Mundo y el juicio irrefutable de la Historia.

EDUARDO DE SANTIAGO Y CARRIÓN





RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO

## UN DESAFÍO FRUSTRADO

Han pasado muchos años, muchos. Entonces nuestra cabeza estaba cubierta de abundante pelo, que peinábamos cuidadosa y artísticamente con una recta raya que llegaba casi al cogote. Hoy aquel pelo huyó, y por mucho que atusemos el que queda, no podemos impedir que nuestra frente se prolongue más allá de la coronilla ni tapar las hebras blancas, nuncio de que la vejez se aproxima, mientras el viejo Cronos no se inmuta ante tamaño desastre.

Han pasado tantos años que la cuarta de Apolo se esfuma en la noche de los tiempos; en aquéllos, que pleróticos de ilusiones bullíamos por las redacciones de los periódicos, dando los primeros pasos en la azarosa vida periodística. En que un grupo de bohemios—especie hoy desaparecida—, que en la actualidad ocupa preeminentes puestos, dieron nombre y consagraron una taberna de la calle de Vergara, que aún ostenta el pomposo título de «Casa Lúculo» y en la que por poco dinero daban excelente y bien guisado condumio, que satisfacía los voraces apetitos de los años mozos.

No dejaremos de consignar otra taberna muy cercana a la «Casa Lúculo», donde por las noches se pasaba lista a la claqué del Real. Se entraba a formar parte de esta agrupación de supernumerario sin derecho a la entrada, y alguna que otra vez se asistía a las representaciones, cuando faltaba alguno de los efectivos, que a las tres listas que no concurrían, eran dados definitivamente de baja, con gran contentamiento de los que estábamos en los últimos

peldaños de la antigüedad, y que a diario no hacíamos más que pasar lista.

El primer día que actuamos de alabardero fué de verdadera emoción. Cuando nos dijo el jefe de la claqué, un Pérez dictador, que desde aquella noche ejerceríamos la noble misión de refrescar los laureles de los cantantes del regio coliseo, no nos hubiéramos cambiado ni por el Zar de Rusia. Escuchamos con gran atención las estratégicas disposiciones del jefe, que nos fué distribuyendo por grupos, que habíamos de colocarnos bien en las laterales derecha e izquierda o en el centro del gallinero, con las instrucciones precisas de que al tenor había que ovacionarle al terminar el primer acto, a la tiple en el aria del segundo y a los dos en el racconto del último, y de que había que obligar al director de la orquesta a que saludara, no desde el sillón sino con los artistas en el escenario, al final de la representación.

Eran tiempos en que el periodismo no tenía nada de industrial y el verbo político desataba de tal modo las pasiones, que bastaba un furibundo artículo de fondo, para que surgiera fulminante la crisis, y cayera hecho girones uno de los gobiernos que alternativamente regentaban Cánovas o Sagasta.

Entonces los periódicos hacían opinión y muchos artículos truculentos motivaron desafíos, alguno de los cuales han pasado a la posteridad, y era muy corriente leer que se habían cruzado unas balas entre Fulano y Mengano o que se habían batido a sa-

ble o espada francesa Zutano y Perengano, y más abajo la cándida noticia de que, examinando un sable o una pistola, el señor X había tenido la desgracia de herirse en el dedo gordo de la mano izquierda o en otro sitio menos vulnerable.

Las fincas próximas a Madrid, el teatro de los Jardines del Buen Retiro y otros coliseos de la Corte, fueron en más de una ocasión testigos de estos lances, que como en el fondo no tenían importancia, pues rara vez afectaban a la honra, terminaban con una caballerosa reconciliación sobre el terreno seguida de un ágape fraternal.

En la época a que nos referimos, uno de los periódicos de gran circulación hizo una violenta campaña contra el empresario de un teatro muy en boga, por un quitame allá esas faldas; faldas que, como es natural, no aparecían para nada en los artículos.

Muchos estábamos en el secreto de la campaña y presumíamos que terminaría con el consabido desafío, pues las palabras, dentro del comedimiento y circunspección, norma del periódico en cuestión, eran demasiado tajantes, para que la parte contraria permaneciera *ostracea*, y efectivamente surgió el inevitable duelo, que debía efectuarse precisamente en el teatro que explotaba uno de los contrincantes.

Llegó el día y hora señalado, y todos los actores del drama que se iba a representar se encontraban en el escenario, y mientras los padrinos medían el terreno y sorteaban las armas, y los médicos preparaban un arsenal de herramientas, más temibles que los sables de los combatientes, éstos dejaban, con cara hosca, en unas sillas sus respectivas chisteras y levitas, quedando en mangas de camisa, sin temor a un catarro.

Fueron colocados los duelistas en sus sitios, en la posición de en guardia, las puntas de los sables amenazando agujerear la piel del contrario, mientras el director, le llamaremos de escena, con los brazos alargados y las manos juntas se disponía a dar las palmadas consiguientes para que el duelo comenzase, cuando se oyeron voces destempladas en la puerta del fondo, que da acceso al patio de butacas. Se miraron extrañados los actores y de pronto apareció el conserje del teatro, gorra en mano, seguido de

unos señores, que irrumpieron en la sala gritando:

—¡Alto! ¡Alto a la autoridad!

—¿Qué es ésto, Juan? ¿Qué es ésto?—preguntó iracundo el empresario, avanzando hasta las candelillas—¿Por qué no se han cumplido mis órdenes...? ¡Esto es un allanamiento de morada, que no estoy dispuesto a consentir!

—¡Ya lo sé Don Fulano!—dijo contrito el conserje; pero a pesar de que he dicho a estos señores que no se podía pasar, me han dicho que era un teatro...

—¡Donde se ha visto otra!—gritó colérico Don Fulano, con el sable enhiesto—Esto será un sitio público a la hora de la función; pero ahora es un domicilio particular como cualquier otro y en el que no se puede entrar más que con un mandamiento judicial.

Mientras tanto los policías fueron avanzando hasta el lugar correspondiente a la orquesta.

—¡Quedan Vds. detenidos!—dijo el que parecía jefe de los esbirros.

—¡Detenidos! ¡De ninguna manera! ¡Esto es un atropello inicuo—seguida vociferando el empresario—¡Y todo por ese imbécil! Es V. un majadero, Juan, que no sabe V. cumplir mis órdenes, y como no quiero a mi lado gente inútil, desde este momento queda V. despedido.

—Es que...—baluceaba el conserje, dándole vueltas a la gorra que tenía entre las manos...

—¡Nada, nada! ¡No admito disculpas, queda usted despedido por bestia, bruto, animal...! ¿Habrás visto que por causa de este pedazo de atún quede yo en ridículo, si señor, en el más espantoso de los ridículos...? ¡Hála, fuera de aquí, ahora mismo a la calle! ¡So idiota!

El conserje, cuya cara reflejaba todos los colores del arco iris a cada insulto del empresario, se irguió de pronto, y tirando con ira la gorra al suelo, dijo:

—¡Sí señor, me voy ahora mismo! Pero el canalla, el sinvergüenza, el imbécil y el idiota lo será usted. Y si estos señores—señaló a los policías—han venido aquí a esta hora, ha sido por que V. me dijo esta mañana que fuera a buscarlos.

!!! TELÓN!!!

JOSÉ RUIZ MORALES.

## EL NÚMERO DE NAPOLEÓN

Varias veces se ha dicho que Luis Napoleón, que asumió la dignidad imperial en 1852, un año después de su famoso golpe de Estado, recibió este número de orden por una curiosa equivocación.

Un documento oficial de aquel tiempo, firmado por un funcionario entusiasta, terminaba con estas palabras: «¡Viva Napoleón!!!».

Los tres signos de admiración del final de la frase fueron tomados por mucha gente por el número romano III.

Existe otra versión, según la cual los anuncios

oficiales que se fijaban en las calles de París, iban encabezados con esta inscripción: «Napoleón III». Pero esto no fué más que una errata de imprenta, pues debía aparecer el letrero «Napoleón II. I.», que expresaba: «Napoleón II», *Imperator* o *Emperador*.

La aplicación menos romántica del caso es la de que el hijo del gran Napoleón vivió tiempo suficiente para suceder a su padre. Por lo tanto, era Napoleón II, y Luis Napoleón era el tercero de la dinastía.

# Alhucemas y su campo

Por nuestro corresponsal D. Leopoldo Aguilar de Mera.

La costa de Alhucemas, como en anterior crónica dijimos, (1) se extiende a 600 metros del peñón de su nombre, separada de él por las mansas aguas de una espaciosa bahía.

El campo de Alhucemas, al que se llegará en breve, bien como inmediata consecuencia de la labor persistente y eficaz que por tierra llevan adelante nuestras tropas, bien por esa misma acción combinada con un desembarco, está poblado por varias cábilas, bien regadas y fértiles; luego ricas, y por tanto bien armadas. En el Rif, la riqueza se traduce en fusiles; y nó porque un abierto espíritu guerrero obliga a ello, sino porque en el Rif, el fusil lo es todo; es garantía de la propiedad y adquiridos de ella, es justicia y es lucro, es razón y ley. Dad a un rifeño un fusil, y habréis satisfecho todas sus necesidades materiales, como dándole un caballo habréis conseguido realizar todas las ilusiones de su espíritu. En los indígenas no se conoce otra estadística que la de las armas, ni se acata otra ley que la que la fuerza impone. De aquí las frecuentes incursiones que en mas independientes tiempos hacían las mellas del sultán para castigar a los rebeldes que se negaban sistemáticamente, a satisfacer los tributos al sultanato. Los indígenas nunca dicen al investigador: «Tal cábila tiene tantos hombres, tantas mujeres, tantos niños...» sino tantos fusiles y tal número de hombres aptos para la guerra; el investigador tiene que estar lo suficientemente ducho en estas cuestiones de especial política, para deducir todo lo demás que le precisa o desea conocer.

Las cábilas mas cercanas al peñón español de Alhucemas son la de Beni-Uriaguel y la de Bokkoa; ambas están también en contacto vital con España y son las que gozan de mayor aproximación moral; por eso, de ambas cábilas y solo de ellas, trataremos en el presente trabajo.

## La cábila de Beni-Uriaguel.

La cábila de Beni-Uriaguel, una de las más ricas,

sinó la más, de este territorio, es también la más próxima al peñón de Alhucemas y desde luengos años está en constantes y directas relaciones con la política de atracción española.

Ocupa esta cábila el terreno que se extiende frente al peñón de Alhucemas; es rica y está bien poblada, lo que dá a entender que allí la naturaleza es pródiga. Desde el peñón, el panorama se divisa circuido por un anfiteatro de montañas abierto hacia el mar en la línea arenosa y muelle de la playa; dicho anfiteatro, comienza por el E. en el cabo Quilates, sobre el que blanquea el morabo de «El Señor de la llave», y por el O. muere en el mar tras formar las alturas del Yebel Sed-dum. Al fondo de este anfiteatro se alza el Yebel Hamman, (Monte de las Palomas) de unos mil metros de altitud, macizo montañoso semejante al Gurugú, que casi siempre aparece cubierto de nieve y en el que se asegura existen grandes yacimientos argentíferos.

Las cábilas limítrofes de Beni-Uriaguel son: Tensaniman y Beni Turin por el E; al Sur, Beni Adifa, (cuyos límites desaparecen tras el Yebel Hamman), Targuist, Beni Amari y Guenain, y al O la cábila de Bokkoa, cuya común frontera es el barranco Isli.

La forma limitográfica de Beni-Uriaguel es la de un

saco cuya boca se estrecha hacia el Mediterráneo y cuyos pliegues envuelven en parte, por el S. O., a la cábila de Bokkoa.

El terreno desciende en suaves pendientes desde el Yebel Hamman hasta el mar; ya cerca de la playa se extiende el llano de Suani, fértil y bien regado. Frente al peñón se alza el poblado de Aydir, llave estratégica del Beni-Uriaguel por el lado del mar. En primer término se ven las ruinas de un castillo (Muyahedin), ruinas que la tradición hace sagradas.

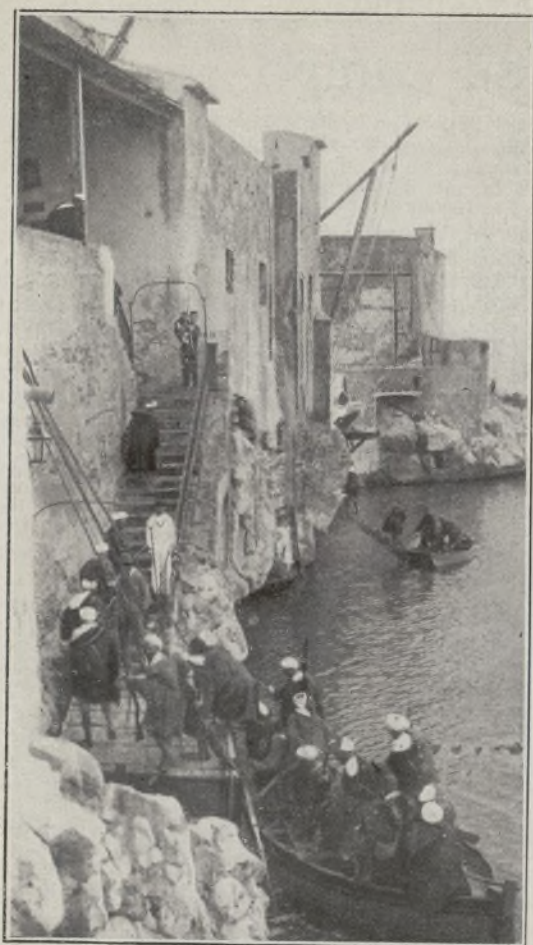
Dos rios, el Guix y el Nékor, fertilizan los huertos y llenan de verde los prados. Nace el Nékor en la región de Beni Amari, corre por el E. describiendo un arco de círculo, cóncavo hacia el S. E. y muere en el mar; el Guix nace en la región de Targuist, penetra en Beni-Uriaguel por entre el Yebel Hamman y el Zoco Tlafra de Ait-Kermún y desemboca en el mediterráneo. Tienen pocos afluentes y entre ambos se extiende una profun-



Junto a los soldados españoles, los moros adictos reciben el premio de las virtudes cívicas...

(Fot. Fernández).

(1) Véase «Armas y Letras»,—Enero—1921.



Los moros de la costa llegan en sus cárabos, e invaden pacíficamente la isla para comerciar en ella. Esta fotografía reproduce el antiguo desembarcadero que...

(Fot. Lázaro).

da faja de terreno, cuya anchura media es de diez kilómetros, poblada de frondosas huertas y extensos prados, pregoneros del agua que brota por todas partes en fuentejillas y riachuelos, manando en pozos de escasa profundidad y llenando las amplias cisternas construidas en los valles.

Los datos relativos a la extensión, así como los de la población, no son precisos toda vez que, ante la imposibilidad de hacerlo directamente, se obtienen por referencias. Por las citadas referencias, contrastadas, se ha llegado a calcular una población de 30.000 habitantes. Para los datos superficiales, el reloj de la torre del peñón—que con tantas simpatías cuenta entre los uria-guelis, como tendremos ocasión de ver mas adelante—ha sido un eficaz auxiliar; con el eco sonoro de sus campanadas, el reloj ha inculcado a los cabileños la noción de una hora; así, los confidentes pueden decir que en recorrer la cábila de N. a S. emplean diez horas, y seis de E. a O., lo que permite calcular un fondo aproximado de cincuenta kilómetros y una anchura de treinta.

No existen otras comunicaciones que las establecidas por los naturales en un continuo ir y venir a los zocos y poblados, los morabos y las huertas, las cisternas y las fuentes. Los medios de locomoción se reducen a algunos caballos, muchos asnos y bastantes mulos; el moro— como dice el notable geógrafo francés Eu-

genio Aubin—gusta del mulo más que de otra cabalgadura cualquiera para el objeto utilitario de trasladarse de un punto a otro, con esa ceremonia que preside todos sus actos, aún los más triviales; y el rítmico y grave caminar del mulo que no descompone la línea, le dá la suficiente majestad y no le saca bruscamente de sus sopores de viaje.

Existen extensas y bien cultivadas huertas, cuajadas de nogales y naranjos, guindos y ciruelos, almendras y manzanos. En los surcos se cosechan con abundancia toda clase de legumbres; sobre las mansas colinas, compactos olivares muestran sus troncos plateados y sus verdes copas que transparenta el sol; los viñedos elevan sus sarmentosas garras trepando por las laderas escabrosas; los aduare ponen manchas blanquirojas entre la vegetación exuberante; numerosas sendas asoman bordeando los desfiladeros, descienden del llano, exploran el misterio de los bosques, descansan un instante al pie de las zalmias sombreadas por árboles copudos, y, llegando a las frondosas riberas, cruzan los vados y continúan por la margen opuesta del río, tras beber en él. Los morabos, coronados por cupulillas orientales, motean de blanco la vega, como si la nieve del Yebel Hamman, que destaca al fondo sus penachos impolutos, hubiere salpicado el valle con sus copos eternos; los pozos esconden entre frondas sus toscos brocales, cofres de piedra guardadores de riquísimos diamantes; empalizadas y setos defienden los corrales, poblados de aves caseras; en las cumbres rosadas, las ralmias levantan sus muros, mitad fortalezas, mitad templos; junto a los aduare, los hornos de pan llevan al cielo sus guedejas de humo y sus perfumes paganos...

Y, bajo los espesos doseles del ramaje, el agua bulle, cantarina y fresca, poblando el ambiente con esas armonías que tan dulcemente deben halagar los oídos de los bienaventurados coránicos, y que tan divinamente escuchan los mortales, como un sedante de sus fuegos interiores y un adormecedor de sus nostalgias.

El Guix y el Nékor nutren las innumerables acequias que en complicada red, vivifican los huertos, acaso los sistemas de riegos que los moros nos enseñaron y aún se emplean en España, es lo único que les resta de su pasada civilización; de noche se reparten equitativamente el agua, por fracciones de tiempo que el reloj de la torre de Alhucemas se encarga de señalar, como un día lo hiciera la torre de la Vela para los huertos fragantes de Granada, la mora. Debido a esto, cuando, por cualquier circunstancia, el reloj del peñón de Alhucemas deja de funcionar, los uria-guelis acuden presurosos a solicitar del Gobernador Militar el inmediato arreglo del reloj, cuya detención tanto les perjudica en sus faenas nocturnas. (1)

En los días tibios y serenos, los uria-guelis acuden a la playa; con la convicción de que desde el peñón son observados, realizan ejercicios ecuestres, haciendo galopar a sus caballos sobre la arena, y simulan «correr la pólvora», moviendo vertiginosamente sus fusiles por encima de la cabeza; otros se adentran con sus caballos en el mar; por entre los árboles centenarios, llegan familias moras, a disfrutar de los efluvios del sol y las armonías del mar; acaso, entonces, llega también una comparsa de dulzaineros, turbando la paz solemne de la naturaleza con el son de sus monorrítmicas canciones, que embriagan como el vino y adormecen como el opio. Al compás de esta música cadenciosa, las mujeres sueñan, meditan los viejos, los jóvenes danzan, y los niños, bronceados y semidesnudos, quedan extáticos, como estatuillas paganas...

(1).—Uno de los procedimientos que emplea la política española para vencer en determinados casos la resistencia diplomática de los cabileños, consiste en enmudecer las campanas del reloj.



El comercio tiene lugar, como en todas las cábilas, por medio de congregaciones semanales o zocos, costumbre que tan arraigada dejaron los moros en España; en Beni-Uriaguel se celebran dos zocos cada semana; el del Domingo y el del Lunes; en este último día tiene también lugar un zoco dedicado exclusivamente a las mujeres, y al que, bajo graves penas, está prohibido el acceso a los hombres; las vendedoras, sentadas de cuclillas, expenden en este zoco los artículos de su tosca perfumería: unturas que guardan en su composición los secretos sortilegios de la eterna juventud; licores milagrosos que dan a los ojos femeninos la transparencia y la luz, como el vidrio herido por el sol; barnices para pintar complicados jeroglíficos en los brazos y en el rostro y substancias vegetales, molidas, para ser derramadas sobre el cabello, con todo lo cual, para los moros, la estética femenina gana mucho; para un europeo, el tocador no puede ser más antiestético y repugnante. En este día, centenares de mujeres pueblan el zoco con sus figuras blancas, y su griterío ensordecedor llega, confuso, hasta las azoteas españolas de la peñón, con lo que los vecinos comentan y observan en lo que la distancia permite, el espectáculo pintoresco.

Las producciones de Beni-Uriaguel son muy variadas; la vega de Suani, que fertiliza el Nékor, produce en abundancia habas, guisantes, patatas, coles, acelgas, etc., etc; los copiosos árboles frutales rinden melocotones, higos, membrillos, peras, ciruelas, guindas, etc; hay además bien cultivados viñedos, olivares, y parras que sombrean los aduares.

Pero la mayor riqueza de Beni-Uriaguel es la minera, particularmente en el macizo del Vebel Hamman, donde existen grandes yacimientos de hierro, cobre, plomo y plata; en otros lugares hay también yacimientos de azufre y petróleo. Aunque la ignorancia y falta de medios de los indígenas hace que no exista ninguna mina en explotación, son numerosas las denunciadas por empresas españolas a la Comisión Arbitral de París, y cuya explotación comenzará cuando la ocupación militar y la subsiguiente pacificación de zona sean un hecho.

La instrucción se reduce, como es lógico, al conocimiento del Corán, resumen de todas las ciencias como trasunto y emanación de la divina, compendio de todas las leyes, tratado de todas las costumbres, dictador e inspirador de las artes, y código marcial. (1)

Los niños concurren a los morabos, donde los santones, voz en grito, les enseñan los preceptos contenidos en las suras o versículos coránicos; existen unas sesenta escuelas, repartidas por toda la cábila, y de ellas salen los *tolbas*, jovencuelos que ostentan albas vestiduras y que en las grandes urbes mahometanas, como Marrakues y Fez, celebran vistosas estudiantinas que en mas felices épocas patrocinaba el Sultán, enviando a la alegre juventud de las aulas su litera, su quitasol y su espantamoscas, para que sirviesen de atributos al joven *tolba*, elegido sultán en el día de la gran fiesta estudiantil.

En Alhucemas, la labor política de España es tan activa como constante; el objetivo principal en el territo-

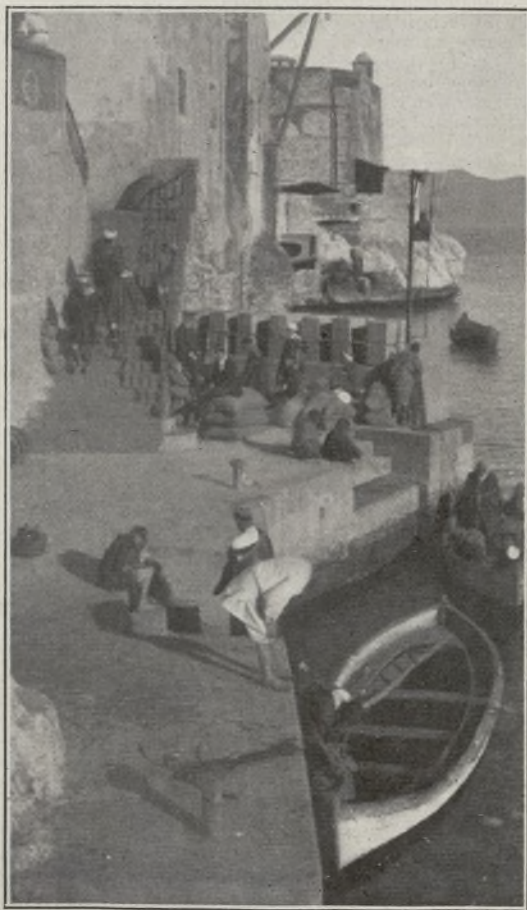
rio de Melilla, hoy que populosas cábilas se entregan por convicción a la admirable labor diplomática desarrollada por el general Silvestre, es el campo de Alhucemas, y dentro de este objetivo general, la cábila de Beni-Uriaguel, cuya situación estratégica es de gran importancia, toda vez que, penetrando como una cuña desde el mar hasta muy cerca de la frontera del campo de acción francés, divide al Rif en dos partes, desde Quebdana (Melilla), hasta Tetuán; así pues, una vez ocupado Beni-Uriaguel, lo que hoy son dos frentes serán en el objetivo general de España en Marruecos, serán cuatro, con las indudables ventajas que proporciona la dualidad de acción y la distracción de fuerzas enemigas.

### La cábila de Bok-koíá.

La cábila de Bok-koíá se extiende a lo largo de la costa, de E. a O, desde la ensenada del Espalmadero, frente al peñón, hasta la desembocadura del río Bades, frente al peñón de la Gomera.

Las cábilas limítrofes de Bok-koíá son: Beni-Uriaguel, que como sabemos, la rodea por el E. y parte del S; Targuist, mas al S; Beni-Uteft al S. y S. O; y Beni Bu Frah al O, aunque sin inmediato contacto con esta última que se extiende mas allá del río Bades.

Todos los datos orográficos, hidrográficos y estadísticos, son relativamente concretos; las dificultades que encuentra la Oficina Indígena, para investigar en



...hoy ha sido substituido por un pequeño muelle de desembarco que favorece notablemente las operaciones comerciales.

(Fot. Fernández).

(1) Respecto a esta creencia de ver en el Corán un compendio de todo cuanto existe, que no sólo se extiende a lo que es y a lo que fué, sino también a lo que será, me ha re'atado el prestigioso indígena Mehedi Ben Chocron, una curiosa ané' dota, recientemente sucedida en Tetuán; según su relato, un extranjero preguntó a un santón en dónde trata el Corán las cosas que fueran después, como el ferrocarril y el aeroplano. El santón, sonriente, tomó el texto sagrado, y leyéndole una de las suras alcoránicas que dice: «Y se verán y sucederán cosas que ahora no podéis adivinar ni imagináros remotamente siquiera», —repuso: ¿Oyes lo que aquí dice Dios? «Piensa con fe y leerás en esas palabras las maravillas por las que me preguntas».

y añade que el extranjero, confuso, y arrepentido de su audacia se retiró avergonzado.



Don José Riquelme y López-Bayo, Coronel del Regimiento de Infantería de Ceñola, notabilísimo africanista, cuya larga y provechosa labor de aproximación hispano-marroquí, le han conquistado merecido prestigio. Sus constantes relaciones con los moros del interior, y muy especialmente con los del campo de Alhucemas, hacen hoy más que nunca, indispensable su intervención en el desarrollo de las negociaciones políticas.

se obtiene una población probable de 7500 a 11000 habitantes.

Existe una vertiente única, al mar, con pendientes muy rápidas hacia éste y más suaves hacia el lado opuesto. Constituye su sistema orográfico una cadena de montañas que corre sensiblemente paralela al mar, y próxima a él.

Tiene tres principales alturas, Busil-Uif (unos 300 m), Adrar Benjíbar, (300 m) y Malmusi o Axauen; existen otras alturas de menos importancia.

La cuenca hidrográfica de Bok-koía, está formada por los ríos Yandak, Busikur, Lik-Kitr, y Akar-Kar.

La costa tiene pequeñas ensenadas que facilitan el acceso de los botes pesqueros, pero en general, las montañas avanzan hacia el mar, y, como sorprendidas ante él, se detienen bruscamente en espantosos precipicios de más de quinientos metros de altura, que caen verticalmente sobre las aguas.

Aunque el terreno es fértil, las producciones agrícolas escasean, porque los bocoyas no aman a la tierra, teniendo puestas todas sus esperanzas y afanes en el mar, como una huella psicológica de las piraterías añejas. Las montañas aparecen cubiertas de maleza y bosques, y en las cavidades de sus agrias pendientes, hallan guarida los chacales y los lobos.

En los clásicos siglos, grandes poblados a los que daban vida las frecuentes piraterías por el Mediterráneo, en pos de las galeras de Europa, alzaban sus toscas construcciones, escondidas en los pliegues de las montañas. Hoy solo quedan de ellos numerosas ruinas.

Los medios de vida de los indígenas, se reducen al comercio de pieles, carbón, gallinas, huevos y miel; pero su principal ocupación es la pesca, en la que los bocoyas obtienen grandes rendimientos.

regiones a las que no puede llegar, junto con el velo que tienden a todos los procedimientos indirectos la ignorancia y el recelo de los bocoyas, hace que la descripción, si bien fundado en el bien montado servicio de confidencias, sea mas que real problemática.

Las dimensiones de esta cábila son de 20 o 30 Km. de E. a O, en el sentido paralelo al mar, y unos 15 Km. de fondo, lo que permite calcular una extensión superficial, aproximada, de 500 Km. 2.

Encuanto a la población, teniendo en cuenta el número de hombres aptos para la guerra, (1500 a 2100) y multiplicando esa cifra por 5,

De esperar es que, en futuros y quizá próximos tiempos, la industria de salazones y conservas de pescado de gran vida a esta región bajo el amparo de la bandera española.

Cuenta esta cábila de 1500 a 2150 hombres, aptos para la guerra, lo que permite calcular una población de 7500 habitantes.

La naturaleza ha dictado a los bocoyas su organización para el combate. A este fin, se agrupan en temibles partidas sueltas, *lejúfs*, muy numerosas, que obran independientemente, bajo el mando del mas audaz. Estas partidas luchan, ya entre sí, ya acudiendo a favor de las cábilas amenazadas por la intervención armada de los ejércitos europeos en sus respectivas zonas de protectorado. Estos *lejúfs*, engrosaron siempre las harcas organizadas contra dicha acción civilizadora, y combatieron bajo las banderas del Rogui, el Mizián, el Raisuni, y se unieron también a las huestes de Fez.

Y ellos fueron los que, en triste fecha, despojaron al «*Concha*», que cayó en sus homicidas manos de piratas.

Empero no nublemos nuestra imaginación con el recuerdo de tan triste suceso, que aparece a nuestros ojos tanto mas doloroso cuanto mas lejano.

### Psicología de los uriaguelis y bocoyas.

Los uriaguelis han recibido, de la amenidad de sus vegas y la fecundidad de su suelo, un carácter más



El general Fernández Silvestre, Comandante, General de Melilla, conquistador del Fondak y el Mauro, que a los altos dotes del caudillo une las del concienzudo y hábil diplomático. España espera de él, confiada y segura, el fin del problema militar de la zona de Melilla, cuyo jalón definitivo, el campo de Alhucemas, será alcanzado en breve.



propicio al amor y al cultivo de la tierra que al comercio y la piratería.

Son generosos, como el suelo que los sustenta; laxos, como el sol que vivifica sus huertos; francos y llanos, como sus arenosas playas. Su vecindad les ha hecho intimar con los españoles de Alhucemas. Frecuentemente y cada día, van y vienen, de la playa al peñón y del peñón a la playa; un negro barquero, aque-rante de harapienta chilaba y mugriento turbante, explota el pisaje; sus cuatro o cinco barcas se alinean en la playa, reclinadas en la arena; los pasajeros son conducidos al peñón, cruzando la bahía, mediante el pago adelantado de una moneda.

Hasta hace relativamente poco tiempo, los habitantes de Alhucemas acudían a la playa, con entera confianza; pasaban un día de agradable asueto, y al atardecer regresaban a la plaza; sin contar para ello con otro amparo que la sincera amistad que les unía con los uriaгуелis, amistad que aún existe, si bien disfrazada por temor a las cábilas del interior. Y esto lo era hasta tal punto, que en una ocasión, el año 1904, llegó a Beni-Uriaguél un Xerif de Uazan para recolectar en la cábila la *Zakáda* o limosna con destino á las obras religiosas, con cuyo motivo los habitantes de Alhucemas fueron enviados a una fiesta moruna que se celebró en la mehal-lá establecida cerca de la playa; los vecinos de la Plaza recuerdan la fiesta con agrado, y manifiestan que fueron colmados por los moros de toda suerte de atenciones, y que pasaron un feliz día de campo.

Pero a partir del 1909, las propagandas anti-españolas tuvieron razón de ser en el interior; temieron los uriaгуелis que sus abiertas relaciones con los españoles redundaran en perjuicio de su seguridad interna, y por estas principales causas, el estado de cosas varió muy sensiblemente.

Hoy, aunque ellos van y vienen, sin ser molestados, sino al contrario, preferentemente atendidos en todo cuanto necesitan, los vecinos de Alhucemas no pueden desembarcar en la playa, amen de que el Gobernador Militar lo tiene prohibido en previsión de probables incidentes y porque así conviene al buen desarrollo de la política.

Cuando la acción militar española se intensificó, las relaciones se agriaron considerablemente, hasta el punto de que en las alturas del Vebel-Seddum, emplazaron los uriaгуелis uno de los cañones del «*Concha*» con el que hicieron algunos disparos contra la Plaza, sin causar otro daño que algunos desperfectos en los edificios, y *paquearon* desde la playa sin otras consecuencias que los sustos femeninos y las huellas de unos balazos en los muros.

Hoy, la cordialidad de relaciones van en crecimientos camino de los antiguos cauces de la amistad; claro es que siempre disfrazada por el temor a las cábilas del interior. La intensa labor llevada a cabo por la Oficina de Asuntos indígenas de Alhucemas, facilitará la futura acción guerrera, quizá mas cercana de lo que los optimistas piensan, y que probablemente se desarrollará en una doble acción combinada por tierra y mar.

Los Bocoyas son los guerreros del mar; apenas si cultivan la tierra, porque todo su afán de lucro lo tienen puesto en las lontananzas marinas; diríase que la inhospitalidad de sus agrias montañas, inclinándose bruscamente sobre el mar, los lanza a él; muchas veces llegan a Alhucemas en sus cárabos primitivos, vestidos con telas multicolores, y blandiendo sus fusiles; con sus brazos vigorosos y desnudos, hechos bronce bajo el sol, reman a compás, briosamente, mientras entonan viejas canciones guerreras, de brusca armonía, acordes con sus espíritus que vienen embriagados de mar y de sol. Llevan a vender a la plaza sus pobres productos, miel, gallinas, huevos, carbón y al-

gunas almendras; en el fondo de sus cárabos primitivos, platea el pescado, cautivo en cestos de palma; con esas mercancías hacen su comercio en el peñón de Alhucemas, que pueblan con los estrepitosos ecos de su algarabía. Son los mismos tipos que se adivinan a través de las páginas de «*Persiles y Segismunda*» o de «*La Novela del cautivo*»; Cervantes los retrató maestramente; diríase que son ellos mismos, y que no han cambiado desde entonces.

Ellos saben que la civilización, después de haber dado con el vapor fin a las correrías por el mar, trocando los pesados remos por las ligeras hélices y los gritos despóticos del arráez por el sonoro zumbido de las sirenas, viene hoy, insaciable, tras sus guaridas de la costa, a la que, indefensos, se retiraron; temen que algún día la civilización les arrebaté el pequeño pedazo de mar que aún les queda, y les arroje de sus refugios de los peñascos, desde donde atisban las lejanías del mar, mirando codiciosamente al barco que cruza manchando el azul con sus penachos de humo. Por eso son desconfiados y viven en perpetuo recelo.

En una ocasión fué testigo presencial de esa desconfianza. Como todos los años, un vapor francés fué a recoger a crecido número de bocoyes, contratados para las faenas de la siega en la Argelia. Ya dispuestos a embarcar, alguien de entre ellos vertió el rumor de que los embarcaban para conducirlos engañados a Melilla, donde quedarían presos, privando así a la montaña de sus más fuertes brazos de guerra para un supuesto desembarco de los españoles.

Al capitán del *Tunisie*, barco que fué a recogerlos, le costó infinito trabajo convencerles de la inexactitud de tal aserto. Fué entonces, cuando pude apreciar mas palpablemente su salvajismo y su rudeza. Con un pan negruzco, pésimamente elaborado, infinitamente peor que la *borona*,—ese miserable alimento que los campesinos españoles comen como si fuese pan,—y con un poco de *taf* que preparan a bordo, tienen más que lo suficiente para la penosa travesía; como fardos, se hacinan en las bodegas o se tienden en la cubierta; los más ágiles trepan a los mástiles y de ellos dan el adiós a la patria que dejan, con alaridos guturales que repercuten en los altos escarpados, cuyas moles de roca ensombrecen el mar, haciéndole más tenebroso y negro todavía.

El uriaгуелí, dentro de los comunes caracteres de raza, forma un vivo contraste con el bokoya; diríase una lanza junto a un arpón; para ambos, la fuerza es la ley, la virtud la codicia y la mas sana aspiración el lucro, para cuya realización los peores medios son buenos. Las leyendas que corren acerca de su fanatismo religioso son inexactas; no así sucede con las de su barbarie. Su religión que tiene sabias leyes morales, aunque muy inferiores a las del cristianismo, no influye sobre su modo ser, porque no la conocen; y con hacer abluciones y mirar hacia Oriente en la oración, creen cumplir en todo con los mandatos del cielo.

En Alhucemas venden lo que no consumen de sus huertos y sus montes, y se llevan velas, té, azúcar, aceite, telas y cereales, cuando—como en el pasado año—el cielo no se apiada de sus miserias y abrasa sus cosechas. Al desembarcar en el muelle, entregan sus fusiles a la guardia, recibiendo en cambio una chapa numerada que les sirve para recogerlos mas tarde, una vez terminadas sus faenas de compra y venta. Es muy acertado este sistema de hacerles abandonar el armamento, porque hay días en que se reúnen en la Plaza mas de cuatrocientos moros, superando en su número a la población de la isla.

Dentro de la plaza son confiados y alegres, y terminados sus pequeños negocios, se divierten muy «*a la europea*» jugando al dominó, a los naipes, y bebiendo el néctar de la vid; he observado que el juego y el vino

## ARMAS Y LETRAS

es lo que mas les agrada y lo que primero aceptan de la civilización europea.

Ellos, como viven aún lejos de nuestra acción mediata, siguen haciendo de la astucia y el fraude la base de su comercio, y de la rapiña el mas rápido medio de progreso económico, y del crimen las más fácil acción cuando lo requieren la venganza o el miedo; ellos, seguirán considerando a la mujer como un semianimal, capaz solamente, de satisfacer sus groseros apetitos, y de reemplazar a las bestias en las faenas agrícolas, uncida al yugo del arado con un asno, con un buey, con otra mujer; detestan todas esas para ellos innovaciones de la civilización, como son la justicia, la abolición de la ley del Talión, la consideración a la mujer y el respeto a la propiedad. Y sin embargo, aceptan, desde el primer momento, los juegos de azar y los zumos de la vid.

A veces, unos tamborileros y dulzaineros, bohemios que vienen de lejos y han gustado las arideces del desierto y la exuberancia de los oasis, llegan al peñón y recorren las reducidas calles interpretando melodías monorrítmicas que sensualizan el espíritu y le mistifican a la vez.

Y, a sus ecos melancólicos, desfilan por nuestra imaginación, en calenturienta cabalgata, la lasciva danza y el ademán místico, el ronco grito de guerra y el manso plañir del moro que perdió Granada, la horda que avanza al combate entre un relámpago de alfanjes, engendrado en una nube de polvo, y el lento desfilir de la caravana de camellos por el paisaje muerto, entre las montañas oscuras, que tienen, en el contacto con el cielo, luminosas pinceladas de cobre...

### El moro del caballo.

Alí Ben el Hach Tunami, es el moro más feliz de Bokkoya. ¿Es acaso porque sus mujeres son hermosas y bellas? ¿o porque el oro llena soterradas arcas, o porque sus hijos son tan mansos en el hogar como bravos en la guerra?...

Alí Ben el Hach Tuhami, es feliz porque el destino le ha concedido, como un don especial, un caballo.

Un caballo negro, que parece tallado en ébano, cuya sedosa cola barre el suelo, y cuyas crines espesas flamean al viento como una bandera de combate.

No podemos decir que el caballo de Ali Ben el Hach Tuhami sea un buen caballo; ni tampoco que sea malo; su caballo no se puede comparar con ninguno otro; o mejor, ninguno otro se puede comparar con el suyo. Porque el caballo de Ali Ben el Hach Tuhami es el único caballo de la cábila.

Excusado es decir que su dueño le mira con tanta solicitud como con codicia los extraños; en los días de zoco, en las incursiones guerreras, el caballo de Ali Ben el Hach Tuhami, eleva la personalidad de su dueño, ya mostrándole objeto de todas las miradas en el zoco, ya haciéndole emerger majestuosamente, sobre la cansada harda de combatientes.

Tuhami le cuida con un fervor que raya en adoración, y tiene por él en perpétua inquietud, siempre receloso, siempre atento a la mano de rapiña que se lo puede robar.

Pero aparte de esta inquietud, Ali Ben el Hach Tuhami, vive orgulloso y feliz.

Solamente, pienso yo, que en sus desenfrenadas carreras a través de las montañas, sentirá las nostalgias del mar, y lamentará amargamente que su caballo no se convierta en un eal que le conduzca, sobre la espuma de las olas, y le acompañe en sus piraterías, como hoy le acompaña en sus correrías por las hosquedades de la tierra...

### La oficina Indígena.

La labor política de atracción española, cuenta en

Alhucemas con una oficina, a cuyo frente está un capitán de la Policía Indígena, cargo que hoy desempeña el capitán Soler, consumado arabista y político incansable.

En general, la labor política es dirigida por el Gobernador Militar de la Plaza, cargo que hoy ocupa el coronel Civantos, cuya prolongada estancia en Alhucemas, unida a su frecuente trato con los moros, favorece la acción diplomática.

Desde el momento en que comenzamos a pergeñar estas líneas, ocupa nuestra imaginación una figura de gran relieve; El Coronel Riquelme, consumado africanista y hábil diplomático, a cuya perseverante labor e inteligencia tanto debe la causa de España en Africa, y muy principalmente en Alhucemas, donde dió irrefutables muestras de su dominio del problema marroquí, su conocimiento de la psicología rifeña, y de los poderosos resortes de su exquisita diplomacia. Sus gestiones en pasados años, frente a Alhucemas, han sido eficacísimos auxiliares para la penetración de España en estas cábilas indómitas y el éxito de aquellas permanece en la memoria de todos.

El rifeño—como dijimos en otra ocasión—no admite otra ley que la de las armas, ni acata otra superioridad que la de la fuerza; y como el campo de Alhucemas no está aún bajo la presión directa de nuestros soldados, la política tiene que valerse de sus propios medios, sin otro auxilio. Los procedimientos para imponer la autoridad de España son, naturalmente escasos, y solo a fuerza de dádivas y promesas se consigue. El sistema principal, seguido hasta ahora, para hacerles ceder en sus feraces oposiciones es el de cerrar la Plaza al comercio con el campo. Esto último es un gran auxiliar de nuestra política; con ello y con apresar a los moros que, pertenecientes a la cábila insumisa, se encuentren accidentalmente en Melilla, Ceuta, Tetuán o Argelia, se consigue aperrarlos de sus repentinatas rebeldías, y continuar, amigablemente, las relaciones de penetración pacífica.

En general, la labor a desarrollar ha tenido como inmediata consecuencia práctica, el evitar que los contingentes de Beni-Urriaguel y Bokkoya, acudiesen a engrosar los frentes enemigos de nuestra actuación marcial en Marruecos. Los jefes de las cábilas, pensionados por España, han conseguido muchas veces la supresión de pregones de guerra que excitan los ánimos y encienden el corazón de los cabileños. La misión de estos secretos auxiliares de España es peligrosísima, y han de inventar pretextos que fundamenten para los moros, extrañas actitudes, sin despertar sospechas. A pesar de ello, los beniuriaguélis montañeses que, por su mayor distancia no están en inmediato contacto con nuestros amigos, no pueden percibir la influencia de estos jefes, ancianos pero enérgicos que meditan mucho antes de hablar y convencen persuasivamente.

Los confidentes moros, jóvenes y como jóvenes ambiciosos y audaces, prestan importantísimos servicios a cambio de pequeñas pensiones que resultan mas pequeñas todavía si se las compara con la actividad con que desarrollan sus cometidos y el peligro que estos llevan consigo. Por ello se ha sabido, con la debida oportunidad, la formación de harcas, el estado de ánimo de los cabileños, los nombres de los jefes mas prestigiosos, y cuales de estos son más o menos fáciles de ser atraídos según la mayor o menor liberalidad de sus ideas; los confidentes llegan a la Plaza, mezclados con la turbamulta de moros mercaderes, so pretexto de comerciar, portando huevos, gallinas, cestos con frutas y calabazas vacías, pendientes de una cuerda mugrienta, para el aceite. Recatadamente, entran a vender en el domicilio del capitán de la Policía, donde vierten sus confianzas, hipótesis y recelos. Muchos

de ellos han llegado hasta la abnegación y el heroísmo para cumplir su misión... En la campaña del nueve, un confidente conocido por el apodo de «El Sultán», se lanzó una noche al mar desde los escarpados de la costa, para traer una urgente confidencia.

Estaba el mar agitado, y aunque diestro nadador, al llegar a la mitad del estrecho que forman el Yebel Sed-dum y Alhucemas, el Sultán observó que sus fuerzas eran vencidas por la impetuosidad de la corriente, y que, irremisiblemente, iba a ser arrastrado mar adentro. No podía pedir auxilio, so pena de ser descubierto por los moros de la costa, se iba a dejar perecer y en este difícil y angustioso momento, notó que *alguien* le empujaba vigorosamente hacia Alhucemas, como una mano, milagrosa que hubiese surgido del fondo del mar... Era una numerosa bandada de delfines que en aquel instante cruzaba el citado estrecho, y que le empujó hasta cerca de la plaza, con lo que, «El Sultán», en un postrer esfuerzo, consiguió alcanzar el diminuto muelle de desembarco, si bien cayó exánime cuando llegó a él.

Frecuentes son los casos en que los moros de la costa han demostrado su amistad a España; en los naufragios de los botes pesqueros, ellos han sido siempre heroicos y donados salvadores; cuando alguna lancha es arrastrada por el mar hasta sus playas, se constituyen en guardianes de ella, y la devuelven con cuantos objetos lleva.

Por eso, con frecuencia, tienen lugar en Alhucemas ceremonias conmemorativas, como la que indica la fotografía primera, en la que, con motivo de uno de esos actos dignos de toda loa y creadores de toda esperanza, el Coronel Civantos impone a españoles y moros, en hermoso comercio, la preciada Cruz de Beneficencia.

En los años en que se ha proyectado el desembarco de tropas españolas en el campo de Alhucemas (1911, 12 y 14), la Oficina Indígena del peñón de Alhucemas ha tendido a crear en el campo un *partido español*, para auxiliar nuestras operaciones militares, partido que nunca tuvo ocasión de obrar pero que, disuelto, se mantiene a la expectativa, engrosado paulatinamente

por la acción política, y atento a los acontecimientos que no se harán esperar.

Durante el período de la Gran Guerra, una de las ramas del complicado y frondoso árbol del espionaje alemán tendió sobre Marruecos su sombra, perniciosa a los franceses.

Cuentan los indígenas que, durante mucho tiempo, el dinero era repartido a *manta*, por los propagandistas alemanes; la oficina indígena, dentro de los deberes de estricta neutralidad de la nación, tendió entonces a evitar la formación de contingentes y el contrabando de armas. Así mismo, cuando los moros del interior llegan para reclutar gentes contra Francia, la política española, auxiliada por sus confidentes y jefes amigos, evita la realización de esos propósitos, contribuyendo, indirecta y generosamente, al mejor éxito de la acción francesa.

Escribiendo estas líneas, los bizarros soldados del General Silvestre han derrocado las leyendas fatídicas del Mauro y Beni Saïd; Teusamman, la cábila limitrofe de Beni-Uriaguel solicita nuestra entrada en su territorio, fruto maduro de nuestra mil veces admirable labor política. De esperar es que, en plazo breve, los soldados de Silvestre que cautelosamente se van adentrando en el corazón del Rif, salten bruscamente para clavar el pendón español en las nevadas crestas del Yebel Hamman.

¿Somos excesivamente optimistas? No. Tenemos ciega y justificada confianza en nuestros jefes político-militares, y ella es la causa de nuestro optimismo y la segura base de nuestra esperanza.

Y le cabrá a España la nueva honra de haber sometido un pueblo indómito y salvaje, empuñando un lema de Civilización y Amor...

*Augusto Aguirre de M...*

Melilla 1921—Marzo.—

## El número 13.

La superstición, referente al número 13, es tal vez la más antigua de todas las supersticiones.

En la mitología noruega hay una tradición que nos pinta a los doce dioses mayores sentados a la mesa, y a Loki, el dios del Mal, entrando a acompañarles, y haciendo, por consiguiente, el comensal número 13. El dios malo disputó con Baldur, dios de la Paz, y le dió muerte con una flecha de muérdago.

Pero la mala opinión respecto al 13 es todavía más antigua. Los primeros pueblos de la India ya creían de mala suerte el sentarse 13 a la mesa. Como no es verosímil una relación entre los mitos de dos pueblos tan separados, habría que ir a buscar su origen a los primeros días de la humanidad.

En la antigua numeración hebrea, donde los números estaban representados por letras, el signo usado para el 13 era a la vez el símbolo de la palabra que significaba «muerte».

En la baraja de Tarot, usada por las gitanas para echar las cartas, el naipe 13 lleva la figura de un esqueleto armado de formidable guadaña, es decir, el símbolo de la muerte. Pero aunque esta baraja es muy antigua, probablemente no salió de ella la superstición, sino que, por el contrario, la misma superstición fué el motivo de que se pintase la macabra figura. Hoy día la superstición del 13 continúa.

En Alemania hay, según se dice, nada menos que 500 hoteles sin cuarto número 13. Y en algunas calles nuevas de Berlín, se omite el mismo número fatal.

:- EL TALISMÁN :-

El bueno de Juan Fernández era un hombre bueno. Como buen español, no se había preocupado en acrecentar la fortunita que de sus padres recibiera. ¿A qué fin? Había para el *cocí*, supremo *idearium* de todo buen indígena.

Por otra parte, Juan Fernández se fumaba media docena de puros todos los días; se regalaba con un bistec en el Oriental de vez en cuando y era consecuente abonado del tendido número uno. ¿Se podía pedir más?

Sí. Se podía pedir más. Juan Fernández no lefa. No era que le estorbara lo negro; pero sí le mareaba. Alguna que otra novelita de Belda a ciertas horas y nada más. De la prensa diaria, francamente, le fastidiaba aquella eterna monserga de huelgas que estallan; huelgas que se

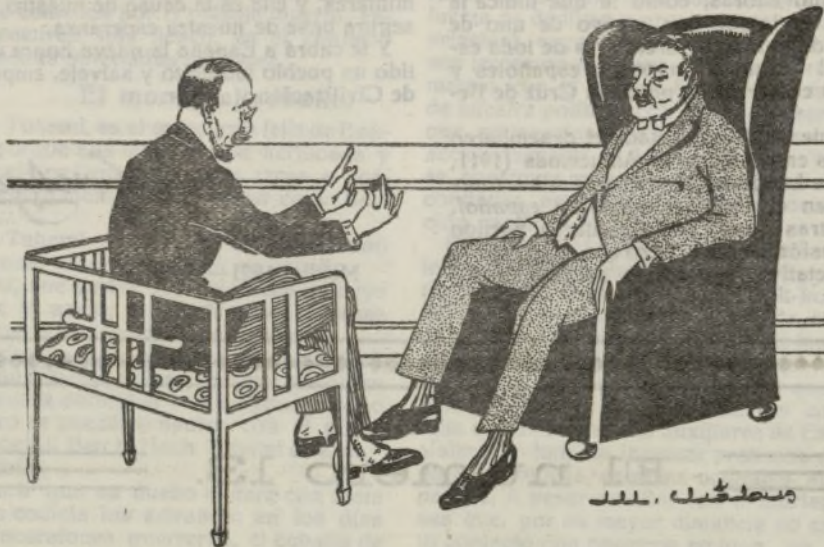
solucionan; subsistencias que no bajan nunca; obreros del Sindicato único que despachan para el otro mundo a sus congéneres del Sindicato libre y obreros del Sindicato rojo que a su vez son pasaportados por los honorables miembros del Sindicato blanco.

La política le «revolvía las tripas»; era su expresión. Lo único utilizable para Juan Fernández de los periódicos era la sección de espectáculos y de éstos, los elegidos, los más ligeros; ligeros por la ausencia de ropas y porque no le hacían cavilar—cosa que a Juan Fernández le irritaba extraordinariamente.

Apesar de todas estas cosas, Juan Fernández no era feliz. El, como cada *quisque*, tenía su pero... ¡Pero qué pero! ¡Cuerpo de San Cristóbalón! Aquel hombre fornido que poseía unas fuerzas hercúleas—como que se había pasado su primera juventud transportando sacos de la cueva a la tienda; que estaba en el pleno vigor de sus facultades—, Juan Fernández había entrado en la dé-

cima olimpiada, aunque naturalmente, él no lo sabía—era cobarde. Un miedo inexplicable, ridículo le acometía cuando se encontraba ante unas faldas. ¡Y con lo que le gustaban las mujeres! ¡Por vida de los moros! Allí, sin ir más lejos, tenía una vecinita que le trafa sorbido el seso; pues bien, no había forma de mirar de frente a la vecinita. Aun a las mujeres livianas las acometía impetuosamente; pero ante las honestas era un cervatillo. Y Juan Fernández, ante aquel fenómeno inexplicable, se irritaba, se congestionaba y dudando si romperse la crisma contra el muro de la habitación o mirar furtivamente a su adorado tormento tras los visillos, optaba por esto último.

\*\*



... —El caso es que yo vengo a sacarle a usted tres mil pesetas.

—El caso es que yo vengo a sacarle a usted tres mil pesetas.

—¡A sacarme a mí tres mil pesetas! Y Juan Fernández dió un respingo en su asiento y tomó una postura defensiva.

—No se asuste usted, señor don Juan; las tres mil pesetas que usted ha de darme, ha de ser por su absoluta y libérrima voluntad.

—Lo dificulto; y le ruego que abrevie;—exclamó nuestro héroe algo escamado y creyéndose objeto de una burla.

—Claro es, señor don Juan, que usted no es tonto y no ha de darme así como así, esa cantidad que no llamaré respetable porque hay pocas cosas respetables en este mundo...

—D. Juan. Un caballero pregunta por usted.

—¡Un caballero! ¿Quién es?

—No sé. Dice que quiere verle.

—Pues dile que entre.

—Usted perdonará, señor don Juan, que sin tener el gusto de conocerle le visite.

—Nada de eso. Usted dirá.

Los protagonistas de esta nuestra historia vivían en la calle de la Magdalena y Juan Fernández tomó la dirección de la plaza de Antón-Martín y más que de prisa comenzó a bajar la calle de Atocha.

Ya casi enfrente de la Facultad de Medicina se atrevió a mirar furtivamente hacia atrás. ¡Diablo! ¡También era casualidad! La vecinita, a paso rápido, bajaba por la misma acera.

Juan Fernández aligeró su marcha y con una emoción en la cual entrebaba por mucho el miedo, atravesó la glorieta y acometió resueltamente la empinada cuesta que desemboca en la calle de Alfonso XII.

Ya en lo alto se detuvo. Anocheecía y era el preciso momento en que no se distingue al perro del lobo. Juan Fernández miró hacia atrás. No lanzó un grito; pero quedó petrificado. La vecina, jadeante y atropellada le venía a la zaga.

Nuestro héroe ya no sintió miedo; fué pánico.

Un pánico extraño, mezcla de confusión, de atolondramiento y de deseo; deseo de estar a doscientas leguas de distancia y deseo de esperar a pie firme, y por qué no decirlo: un inquietante cosquilleo que el maldito ochavo le producía en el bolsillo del chaleco.

—¡Pero hombre de Dios! ¿Usted quiere que eche yo hoy las asaduras por la boca?... ¡Hay que ver; y qué manera de andar!...

—Señora, usted perdone... pero...

—Pero es menester que usted me explique ahora mismo lo que a mí me pasa hoy.

—Señora, yo...

—Sí; a usted le parece ésto natural...

—¿Pero llora usted?...

—Pues no he de llorar. Yo que salgo siempre tan tranquila a mis cosas y esta tarde, como si alguien me estuviera diciendo al oído: «anda, anda, anda»; sigue a ese hombre... ¿No es para morir de pena? ¿Usted me quiere decir qué es esto?...

—Yo le diré a usted señora, porque a mí también me están pasando esta tarde unas cosas muy raras.

—A ver, diga usted.

—Pues nada; que estaba yo en mi casa cuando un señor vino y que quieras que no quieras me dejó ésto (saca el ochavo) diciéndome que era un talismán...

—¡Ay! Tire usted eso, que es cosa del diablo.

—Pero espere usted que le explique... que era un talismán y que con él poniendo el pensamiento en la mujer que amara y... como dá la casualidad que la mujer que yo amo es... es usted... pues...

—Sí; pues cualquiera lo diría. Si ni siquiera me miraba usted...

—Yo la veía a usted sin mirarla, Carmen.

—¡Ah! Sabe usted como yo me llamo. Pues yo también sé como usted se llama Juan...

\*\*

Era noche cerrada; a lo largo de la calle de Alfonso XII, una pareja, la eterna pareja camina pausadamente y dialoga con una viveza extraordinaria. Ambos quieren hablar al mismo tiempo...

\*\*

Juan Fernández y Carmen Lozano se han casado y están radiantes. Las tres mil pesetas han sido pagadas religiosamente. Alguien creerá que el extraño visitante era un compinche de Carmen, que urdió la trama para enlazar dos corazones que latían al unísono.

Nosotros, más incrédulos, nos inclinamos a sospechar que el misterioso personaje fué el mismísimo Lucifer que, con concertar un matrimonio más, no perdió seguramente el día.

ANTONIO DE GOLLURÍ

## El papa y el emperador

Como es sabido, Adriano VI fué el maestro de nuestro emperador Carlos I; tanto le consideraba que puso mucho amor y alguna parcialidad para que cesara el odio entre el monarca español y Francisco I de Francia, y confirmó a los reyes españoles el privilegio de la Real Nominación de Obispos.

El César tenía en gran aprecio a un joven clérigo italiano que había conocido en Alemania, y como éste pretendiera un grato beneficio de la Iglesia romana, solicitó de su augusto amigo el valioso apoyo cerca del pontífice.

Carlos V hizo saber su deseo a su maestro, y como el Papa viera que el sacerdote concursante era gran amigo de lujos y comodidades, pero no de vida austera, contestó a su discípulo denegándole el servicio, y cuando éste le preguntó, un poco violento, que por qué no le había complacido, Adriano VI respondió secamente:— «Porque quería adornar a las iglesias con sacerdotes, pero no a los sacerdotes con iglesias...»

## COSAS MILITARES

# Las preguntas de Su Excelencia

El nuevo capitán general trafa a mal traer a todos los Cuerpos de la guarnición con sus intempestivas visitas cuarteleras, con su continuada inspección de ranchos, con su frecuente aparición en ejercicios de tiro, instrucciones tácticas y maniobras evolutivas, y sobre todo era el terror de los capitanes de compañía, por las extrañas preguntas que a boca de jarro dirigía a los soldados, porque cuando la respuesta no le satisfacía, la reprimenda a capitán y subalternos era enérgica y bochornosa.

En las instrucciones, cuando aparecía el Capitán general, se le veía mandar con nerviosismo vibrante lo mismo una escuadra que un batallón, según la unidad que en el momento maniobrase. No podía Su Excelencia permanecer callado, ni quieto, en un momento contemplativo.

En las revistas cuarteleras buscaba trozos de pan entre la paja de los jergones, y lo notable es que siempre los encontraba. Era punto menos que imposible ocultar de su vista el utensilio roto o inútil, encerrándolo en cualquier escondida tronera; parecía que los olía, y sin vacilar pedía la llave o mandaba descerrajar la puerta (las gastaba así), y era seguro que daba al fin con el escondite en que eventualmente se guardaban los últimos montones de basura de los instantes de azoramiento que precedían a la revista, cuando esta era anunciada.

Si trataban de obsequiarle con un «lunch» so pretexto de que más elevadas jerarquías o personajes

extranjeros visitaban las dependencias del cuartel, refunfuñaba molesto y se abstenía de probar bocado, o, por no despreciar, bebía un vaso de agua.

En el local de Academias, metía el dedo índice de la enguantada mano derecha en los tinteros de las mesas escolares, para cerciorarse de si allí se escribía.

En las compañías metía el brazo en las tinajas, o probaba el funcionamiento de los grifos de las fuentes y hasta el de los depósitos de los inodoros.

No le gustaban los botiquines lujosos, ni los cuartos de banderas espléndidos; solía decir que debía reducirse el mobiliario a una mesa de provisión y a unas sillas, muy pocas, y que respecto a recado de escribir, bien pudiera tenerse en cuenta lo que para el jefe de guardia, sea cabo, sargento u oficial, preceptúan nuestras sabias Ordenanzas, al advertir que llevará consigo papel, pluma y tintero para escribir los partes por sí mismo.

Era parco en palabras, y las pocas que pronunciaba no solían ser de elogio, sino de censura, que en el caso de presentar facetas de amabilidad, se ceñía a un ejemplo a imitar, en el que era protagonista el prestigioso caudillo.

En efecto: su vida marcial era su inagotable manantial de fecundos ejemplos y de acrisoladas virtudes guerreras.

Las dos obsesiones del jerárquico veterano eran el buen condimento del rancho y los honores prácticos y teóricos.

En cuanto al rancho, ya en la cocina, ora en el patio o comedor, lo probaba con una cuchara de tropa (nada de plato ni de estuche especial), y si le agradaba, repetía satisfecho y saboreaba con deleite el condimento.

En lo que atañe a honores prácticos, no admitía disculpa en la tardanza en prodigarlos, ni aceptaba distingos de hallarse o no





en la localidad las regias personas. En esto era inexorable.

Y para cerciorarse de que la tropa estaba perfectamente instruída en lo referente al cuadro sinóptico de honores, hacía de improviso preguntas que era menester contestar con premura y acierto, si no querían sufrir los recios efectos de su mando el interpelado y sus clases y oficiales.

En una visita-revista preguntó los honores episcopales, y la ignorancia supina del preguntado se extendió a toda la fila al seguir la interpelación sucesiva, sin hallar solución de respuesta y patentizándose de relieve que no cuidaban los instructores de inculcar en sus subordinados las relaciones de homenaje entre el clero y la milicia.

Una temporada le dió por preguntar a los soldados la distribución exacta de su haber diario, y todos los capitanes de la guarnición, con mando de compañía, hicieron dedicar las horas de instrucción teórica al aprendizaje del artículo de la Ordenanza que con las subsiguientes modificaciones determina el prest diario de cada individuo.

Este aprendizaje era enérgico, rotundo, como antes lo había sido el del cuadro sinóptico de honores, ya que el capitán general acostumbraba a providenciar en firme contra el capitán que consentía en su tropa la ignorancia de los referidos preceptos.

Se anunció una revisla a un cuartel. El regimiento que en él se alojaba se preparó debidamente, cuidando todos los capitanes, con especialidad, de que sus respectivos soldados supiesen al pie de la letra el consabido artículo de los haberes, amén de repasar lo relativo a honores y otros conocimientos de carácter general.

Llegó el temido momento, y S. E. penetró rápido en el local de una compañía, seguido de todos los jefes del Cuerpo, de varios generales con sus correspondientes ayudantes de campo y de algunos jefes de Estado Mayor.

El cuartelero, con voz potente y poniéndose atrozmente sofocado, dió la voz de: ¡Compañía: el capitán general de la región!

El veterano caudillo pasó velozmente ante la primera fila de la formación, y deteniéndose ante un zagalón de mofetudos y colorados carrillos, le dijo con seca entonación, poniendo el dedo índice de la mano derecha entre dos botones del capote del interpelado:

—¿A ver?

—El haber del soldado son 57 céntimos diarios de socorro, que se distribuirán en desayuno y dos ranchos...

(Todo esto dicho con rutinario sonsonete escolar.)

—¿Pero qué dice ese papagayo? Que se calle y se desabroche; lo que yo le decía es que a ver si lleva puesto el chaleco de Bayona...

Y precisamente no lo llevaba. Y aunque se sabía de memoria el artículo de los haberes, como todos los soldados de la compañía, y el capitán sufrió el bochorno de una chillería, y menos mal que el *quid pro quo* le hizo gracia a S. E., aunque no quiso demostrarlo ante la tropa.

*Aurelio Matilla*

## ¡ANCHA CASTILLA!

Tierra de heroísmo, tierra de nobleza,  
estirpe esforzada que nunca se humilla,  
casa solariega de nuestra grandeza:  
¡Ancha Castilla!

Fortaleza altiva que vence y perdura  
sobre los vestigios de viejas edades;  
sin temblar resiste su férrea armadura  
el bárbaro empuje de cien tempestades.

Tierra de soldados y de emperadores,  
donde siempre prende la buena semilla;  
cuna inagotable de conquistadores:  
¡Ancha Castilla!

Bajo el sol de fuego y el cielo radiante,  
como un reto eterno se alzan sus almenas,  
y ofrece el aspecto, noble y arrogante,  
del león que agita sus bravas melenas.

El tesoro inmenso guarda en sus entrañas,  
del alma española, pura y sin mancilla;

es la santa madre de las dos Españas;  
¡Ancha Castilla!

Los siglos transcurren, y sobre sus ruinas,  
Castilla prosigue su vieja leyenda;  
sabe que cada año, nuevas golondrinas  
vendrán a ofrecerle su mística ofrenda.

Nuevas golondrinas, nuevas ilusiones,  
cantarán en su alma grandiosa y sencilla,  
soñando en conquistas de lueños regiones:  
¡Ancha Castilla!

En la eterna calma del éter profundo,  
los astros prosiguen su giro inmutable;  
¡mirando la marcha continua del mundo,  
Castilla conserva su Raza admirable!

Donde todo rueda, zozobra y naufraga,  
a través del tiempo su prestigio brilla,  
y es como una estrella que nunca se apaga:  
¡Ancha Castilla!

PILAR ZAMORA

¿HUBIERA SIDO YO BUEN FRAILE AGUSTINO?

(A propósito de un libro.)

Hace ya buen puñado de años, cuando el que escribe ésta crónica-bibliográfica (?) era todavía un pollo y tenía a su cargo el mando de una Línea de Guardia-Civil en la Comandancia de Cuenca, y estaba *solicitado*—así, como suena—por las muchachas guapas del distrito, porque las emborrionaba con versos los abanicos, las hablaba de Becquer y de Beethoven, las resolvía consultas grafológicas y distraíalas con tan cual sesión de espiritismo: acaeció que, con motivo de un peliagudo servicio, fúele de abso-luta precisión permanecer un espacio considerable de tiempo en determinado pueblo en el que la Orden de los Agustinos tenía establecida una residencia, dedicándose a la enseñanza.

Y no he de deciros, estimados lectores míos, que durante aquéllos días pude convencerme de cómo entre los religiosos Agustinos hay, además de varones virtuosísimos, hombres de talento y de ciencia cuáles no pude yo apreciarlos en otra Orden alguna.

El Rector del Colegio me enseñó en cuatro sesiones mecanografía; el padre encargado del gimnasio—un burgalés ya veterano—me dió lo que se llama un verdadero *sobo* en «paralelas», «anillas», «trape-cio», «cuerdas», «pesas» y «trampolín». Siendo yo un mozo y él casi un viejo, me dejó rendido. Otro de los padres me dió al billar las grandes *palizas*: ¡Qué maestría la suya tirando «tres tablas» y «retro-cesos»! A otro de ellos—gran orador, por cierto—se me ocurrió proponerle una partida de ajedrez, y lle-gó a darme «Reina» y «Dos Torres». Quise hacer un *pinito* trigonométrico con el profesor de Matemá-ticas, recordando yo el Pallette, y acabó por «hacerme un taco», metiéndome en los tenebrosos ámbitos de la Trigonometría esférica...

¿Qué era aquéllo, Dios mío? Los Agustinos sabían de todo y en todo «me daban cien vueltas», como suele decirse.

Tal cúmulo de filosofías hebe yo de hacer en aquéllos memorables días; me sumí en tan hondas meditaciones; saboreé tan a placer, aquélla vida de paz y de agrado entre hombres que alejados del con-tacto con el mundo lo sabían todo... que, acordán-dome del grandiosísimo San Agustín (*Cum ego deli-beraba ut jam servire Deo, ego era qui volebam, ego era qui volebam... et idee mecum contendebam*), yo os juro, lectores míos, que a punto estuve de trocar la espada y el tricordio por el sayo de novicio agustino y acabar de dar guerra por la demarcación de mi Lí-neas enamorando muchachas (aunque no fuera la culpa mía) y diciendo siempre ¡que nól a las innume-rables demandas de favores que con manifiesto per-juicio de mi cometido de benemérito interesábanme a diario señorones y propietarios, *alcaldejos* y *caci-quillos*, cazadores y tratantes en granos (sobre vagón).

Con lo expuesto queda bien visto que yo me mostré encantado del trato de los Agustinos y que recono-cí su superioridad, en broma y en serio, charlan-do de Matemáticas como haciendo piruetas en el trampolín del gimnasio.

Pues bueno: una noche se habló entre las perso-

nas *visibles* del pueblo, de ganarle unos *perros* al tresillo al *Señor Teniente* (a mí todo el distrito me llamaba *El Señor Teniente*, y las muchachas hasta bai-lando) concertándose la *partida* en casa del médico.

Y, efectivamente, al *Señor Teniente* diéronle en aquélla noche un *meneo* de padre y muy señor mío, entre el galeno, el alcalde, el párroco y un tal Don Jonatás Pastueño que me sacudió tres *codillos* segui-ditos en *puestas* de *enchilada*, y al que mentalmente prometí yo que si algún día le cogiese a mis anchas en medio de un camino extraviado... ¡iba a saber él cuantas eran tres y dos!

Al siguiente día de éste descalabro, acudí a mis buenos, a mis ejemplarísimos, a mis muy venerables y sabios amigos los Agustinos, pidiéndoles ayuda, rogándoles que me nombrasen un *tresillista* de la Orden que, en la próxima velada, se aliase conmigo para *contarles un cuento* a mis despojadores y, sobre todo, para *tirarle un viaje* a aquél vorazísimo y en-diablado Don Jonatás. Pero «mi gozo en un pozo»: no pudieron complacerme los buenísimos de los re-ligiosos. Casi todos ellos conocían el tresillo tan per-fectamente como la declinación del «unusquisque», pero no podían salir de noche más que en el extre-mo caso de ser requeridos para el ejercicio de su sagrado ministerio.

Y ¡claro está!, Don Jonatás volvió a *maltratarme* aquélla noche, si bien es cierto que me desquité, pues la *partida* fué en su casa y le rompí un azuca-rero de la época de Bermudo I.

De entonces acá no he vuelto yo a jugar al tresillo. Claro está que ello es porque en estas cosas de los juegos de cartas tengo mi opinión. Me gusta mu-cho una tertulia, una velada musical... hasta una hora de reja con una buena moza: pero el jugar a las cartas, nó. Las personas que cambian cartas durante horas y horas, «es porque no saben cambiar ideas», digo yo.

De modo y manera que al «caer» en mis ma-nos «*El Mentor del Tresillo*», libro escrito con exquisita propiedad y profundo conocimiento del aristocrático juego, por mi amigo muy respetable y muy distinguido, el Teniente Coronel de Infantería Don Jenaro S. Ocaña, experimenté algo así como la sensación del vacío, cuando, sin encomendarme a Dios ni al Diablo, le prometí una nota bibliográfica.

Tan recomendable encuentro el libro, y tan a mi gusto lo he saboreado, que si a aquél Don Jonatás del azucarero de Bermudo I se le ocurre algún día visitarme en ésta mi casa, que es la suya, he de pre-pararle una *encerrona*, confiado en que con la ayuda de ésta utilísima obrita y rogándole que *haga el cuar-to* a su autor, Don Jonatás vá a tener que salir para su pueblo más que a escape, y no ciertamente por la línea del ferrocarril de Cuenca, sino *carretera real arriba* por jornadas ordinarias.—Lo cual no será obstáculo para que a mí se me ocurra el preguntár-me: ¿Hubiera sido yo buen fraile Agustino?

ANTONIO MARTIN GAMERO

## El Rey y el Regimiento de León



S. M. el Rey pasando revista al Regimiento.

encontraba formado en el patio del cuartel, donde fué revistado por S. M., desfilando después, con gran apostura y marcialidad, por delante del Rey.

También el Monarca revistó todas las dependencias del cuartel, dormitorios, cocinas, y la enfermería, en la que dirigió palabras de consuelo a los enfermos y las Salas de suboficiales y sargentos, en la que después de sentidas palabras pronunciadas por el coronel, S. M. hizo entrega a los suboficiales del emblema que les ha regalado.

En el salón de actos, en el que estaba reunida la oficialidad de León, el coronel Dabán, dirigió al Rey, con fácil y galana palabra, un breve discurso, al que contestó el Soberano, con su elocuencia acostumbrada, expresando el placer que tenía de que se celebrara la fiesta, para hacerles entrega del pequeño recuerdo que dedicaba, demostración del cariño que profesa al regimiento entregando a continuación a todos su obsequio.

Satisfecho debe estar el coronel D. Antonio Dabán de este hermoso acto, viendo pagados sus desvelos y entusiasmos, consiguiendo que su regimiento sea orgullo de la Infantería. Sus exquisitas dotes de mando, su bondad, para con sus subordinados, su saber y su rectitud en el cumplimiento del deber, le han grangeado la admiración de sus superiores y el cariño de los que sirven a sus órdenes, que no ven en él sino al padre afectuoso, al que se obedece por los dictados del corazón más que por los de la subordinación y disciplina.

Quando presenció el Rey las escuelas prácticas verificadas el otoño pasado por el regimiento de León, prometió el Soberano regalar a la oficialidad el distintivo de este Cuerpo, que consiste en un león rampante, y, para cumplir su egregia palabra, visitó el cuartel donde se alojan los soldados del 38 de línea.

La visita tuvo caracteres de gran solemnidad. Llegó el Monarca acompañado del jefe de su Casa militar, general Milans del Boch y de sus ayudantes, coronel Molins, teniente coronel Elizalde y capitán de corbeta Butler, siendo recibido por el ministro de la Guerra, capitán general de la región, señor Aguilera; gobernador militar, general Ayala; jefe de la sección de Infantería del ministerio, general Feijóo y generales Friedrich y Montero, que mandan, respectivamente, la división y brigada a que pertenece el regimiento de León.

Este se



S. M. el Rey, ministro de la Guerra, el Capitán general, los generales de la División y de la Brigada en grupo con los Jefes y Oficiales del Regimiento de León.

## Cantos a España

# ALHAMBRA

Granada la bella, Granada la altiva,  
Granada la mora,  
despierta, sultana, que dada es la hora

de amor y misterio.  
Tañen las campanas en el monasterio,  
la luna colora  
con su luz las cruces en el cementerio,  
húmedo en rocío algún sauce llora.  
Ya suena el salterio.  
Granada la bella, es dada la hora  
de amor y misterio.

¿no escuchas los campos de empresas  
bizarras,

ni ves transparentes  
con aguas azules, tranquilas, silentes,  
la tersa laguna,  
que es como una  
miriada de claros y limpios espejos  
bajo los reflejos  
de miles de estrellas,  
que son tu cortejo de puras doncellas?  
¡Ay, la pobre Alhambra bella y solitaria  
tiene la tristeza de la pasionaria!

Escúchame, Alhambra,  
¿no oyes tú la zambra  
de las mandolinas y de las guitarras,  
que cantan las arras  
de los tus amores con la casta luna?  
En la noche buena,

Alhambra,  
escucha la zambra  
que con panderetas, bajo tus balcones,  
de todos rincones



te ofrece la magia de  
esos tus jardines.  
Aspira la suave, la  
dulce fragancia  
de tus violetas y de  
tus jazmines.  
Escucha el laúd  
que canta y que gime  
con melancolía,  
no estés tan callada  
ni estés tan sombría.  
Escucha, a la luz  
plácida y lunaria,  
la historia que dice de  
antiguos amores,  
que son la plegaria  
que reza la luna, que  
rezan tus flores,

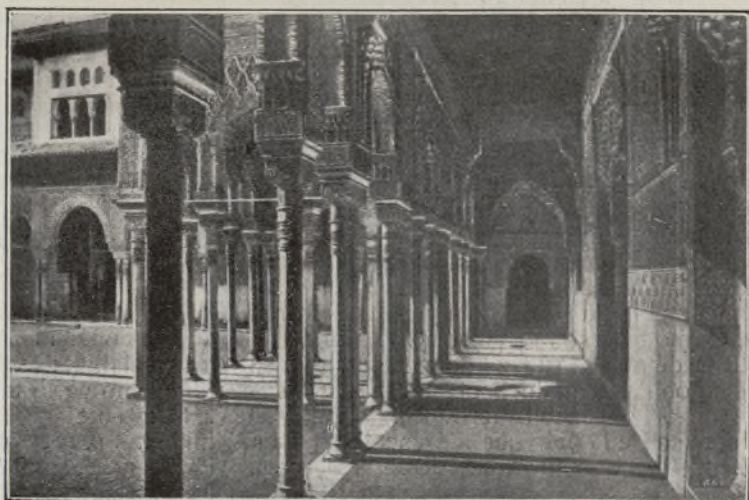
que son un triunfo de  
aroma y colores.  
Escúchame, Alham-  
bra, no estés solitaria,  
deja esa tristeza de la  
pasionaria.

Bajo de atauriques  
y damasquinados,  
bajo alicatados y bajo  
almozárabes,  
con hoscos y recios  
alfanjes corvados,  
pasean los rudos ca-  
balleros árabes,  
que en tiempos pasa-  
dos

vieron tu grandeza  
soberbia sultana de altiva belleza  
a los resplandores de la media luna,  
y quizá en alguna  
apacible noche te vieran llorosa,  
sola, abandonada, triste y silenciosa,  
a ti, bien amada,  
con todas las rejas ornadas de flores,  
flores en las rejas,  
mientras suspiraba la brisa consejas,  
diciendo tus penas al decir de amores.  
Hoy... la pobre Alhambra está solitaria,  
tiene la tristeza de la pasionaria.

Son los surtidores  
frescos y reidores,  
que al caer en rotas perlas cristalinas,  
nos cuentan de náyades, de ninfas, de  
ondinas,  
que en las noches claras de límpido azul,  
bajo el ritmo moro de las mandolinas  
que desgranán notas bajo el regio tul,  
bailan zarabandas bajo tus balcones.  
Es en la hora bruja  
cuando los acentos de las panderetas  
el buen viento empuja  
hacia otras regiones, hacia otros plane-  
tas.

Cantos de alborada



que entona algún hada  
bajo la alta fronda quieta y silenciosa.  
¡Ah, la casta diosa  
que protege idilios y protege amores!  
Alumbra la Alhambra  
con todas sus rejas y todas sus flores.  
Escucha la zambra  
de las panderetas y las mandolinas  
y de los laudes y de las guitarras,  
junto con los cantos de hadas y ondi-  
nas  
y ninfas y náyades y empresas biza-  
rras

de nobles y altivos caballeros moros  
envueltos en sedas, refulgentes oros,  
con corvos aceros.  
¡Ah, los caballeros  
que saben de amores  
y aspiran esencias y aromas de flores  
de esos tus jardines  
que son un triunfo de aroma y colores!  
¡Ay, Alhambra, Alhambra,  
escucha la zambra,  
no estés tan callada, bella solitaria,  
mira que da pena  
ver una azucena  
que tiene tristeza de la pasionaria.

RAFAEL MUÑOZ VALCARCEL.



## EL TRIGO, LAS AMAPOLAS Y LA GUERRA

Por miles de años, cuentan geólogos y paleontólogos el tiempo pasado, desde que una raza más o menos culta, en el sentido que hoy damos a esa palabra, casi en los albores de los verdaderos periodos prehistóricos, habitaba el norte de nuestro país. Cubierta Europa y gran parte de Asia de una capa de hielo que se extendía desde la Escandinavia hasta los Alpes y por la Siberia, unos hombres sin apenas rudimentos de civilización, habitaban unos rincones de clima más templado en el mediodía de Francia y costa del Cantábrico. Como adornos de sus cuevas, donde en las épocas de mucha rudeza de ambiente debían acogerse, nos han legado hasta hoy, los vestigios de un arte, sencillo pero grandioso por el expresionismo de la vida que representa. A cientos y cientos de años, hay que adelantarse, para en las reliquias arquitectónicas de las primeras dinastías de Egipto y aun mil años más tarde, en Babilonia o en Creta, encontremos algo, que en sentimiento artístico, pudiera serle comparable.

Hombres debieron ser aquellos, que en lucha constante con la crudeza de los elementos de aquella época glacial, curtieron duramente un cuerpo fortísimo; de brazos nervudos y musculados, de ágiles piernas. Astucia, empuje, decisión, sus únicas riquezas, asaz desarrolladas en caza al mamouth, bisonte, y caballo salvaje, reno y elefante que como único alimento y explotación, les brindaba una fauna gigante, que si acaso, nos es hoy conocida por sus colosales restos.

Mas poco a poco, templándose el rudo clima, desapareciendo o extendiéndose esas especies, por comarcas menos castigadas de aquel primitivo cazador, esparciase también el hombre ante la fuerza de la necesidad. Y así poco a poco también, veíase el mundo poblado por unos *individuos*, «sin estado constituido», sin más ley que su fuerza, anárquicos en la más plena significación de la palabra y unicamente unidos, cuando la resistencia o importancia del objetivo de rapiña lo exigiese, para separarse después, con la parte del botín proporcionada al poder de su brazo.

Tales hubieron de ser los primeros hombres; hombres cazadores, que como se extiende el musgo, extendíase sobre los continentes sin más autoridad momentánea que la del más fuerte o la del brujo, subyugando en el fanatismo, a que indudablemente da fundamento la ignorancia. La humanidad vivía entonces en tinieblas.

Unos escogidos sin embargo, parecían como sostener un destello de la luz divina, que el Ser Supremo había decidido prestar a los hombres. Casi todo un inmenso glacial los continentes; tundra y estepa la mayor parte del orbe. Solo en la extensa región de los Urales al Thians-chan, de las altas mesetas del Iran a los hielos que cubrían la Siberia actual; en los bordes de un mar, del que hoy vemos por algunas lagunas sus vestigios, brindábase clima y suelo para que una raza predilecta fuera sentando los cimientos del progreso. Y aquel extenso territorio, vino a ser como el laboratorio inmenso en donde se forjaban los elementos, que habían de hacer posible

la conquista de la naturaleza, por la fuerza y el ingenio del hombre. Allí, donde llegó a convertir los animales salvajes en instrumentos que le ayudaran en su obra; donde al ver, había podido sostenerse con las semillas recogidas de ciertas hierbas, completando la experiencia de su siembra, llegó a convertirse en el hombre agricultor, legándonos el secreto y garantía de nuestra propia conservación. Al calor de su éxito y de su vida, aglomerabanse los hombres formando el primer organismo de apariencia de estado, con la doble misión de mantener y desarrollar las posibilidades de su técnica. La humanidad había hecho ya su más grande conquista.

Por eso al llegar a este punto del desarrollo humano, parece que comprendiendo la providencia ya podía, como iniciar el prólogo de la historia, iniciase también la obligada marcha de aquella cultura. Fundense hasta casi desaparecer los hielos, madre de las humedades que fertilizaban aquellas regiones, y la hondonada de Turán, la tierra origen de toda cultura, empieza a revestir la empobrecida apariencia que hoy nos muestra. Los hombres turánicos han de hacerse emigrantes y por el oeste dirigense hacia el valle del Wehio, la cuna de China; hacia el este, marchan otros, tal vez los antecesores de los hombres neolíticos de Europa. Pero el pueblo excepcionalmente escogido, en que lleva consigo los mayores tesoros del progreso, el pueblo de Yri o de Ary, traspasando las altas montañas del Yran, convirtiendo los eriales en campos de mieses, iba hacia el Sur y hacia el Sureste, escribiendo los rastros de su paso.

Un día llegó en que hubo para la humanidad la primera tragedia entre pueblos. Los hombres cazadores al extenderse por toda la tierra, la que recorrían codiciosos en busca de alimento, llegaron hasta las márgenes de las tierras ricas, donde se asentaban los hombres agricultores y al contemplar su bienestar, lo codiciaron, excitándose aun más en ellos las ansias de rapiña. Habían comprendido en su instinto, que ya podrían vivir perennemente, del trabajo de otros. Los hombres del trabajo vieron pues ante un nuevo elemento de lucha: el enemigo y para vivir tuvieron que convertirse en soldados. Así, al ser uno guerrero por codicia, tuvo el otro que organizarse en militar por la defensa, y el pueblo de Ary regando con su sangre sus campos, no había hecho otra cosa que defenderlos contra el ímpetu codicioso de sus invasores.

Desde entonces como una ley de vida, la historia toda del progreso vá teñida en sangre. Cada paso de la humanidad, para quedar cimentado como tal, ha de tener una mancha de sangre. Entre las espigas de los campos ya sazonados y para que los hombres no lo olviden, vense siempre las rojas amapolas, como un recuerdo de esa ley fatal entre la codicia y el trabajo del hombre. Cuando la codicia humana desaparezca... desaparecerán también de entre las mieses, las rojas amapolas.

Luis LORAS

## RECUERDOS DE TETUAN

### La Sinagoga del Gran Rabino

Quería ver una sinagoga, y fácil ha sido la satisfacción de mi deseo. Los judíos, al revés de sus vecinos los moros, no sólo no prohíben, sino que gustan de que se visiten sus lugares de oración. Aún en los momentos en que allí se hallan congregados, no ponen inconvenientes al moro ni al cristiano si se deciden a franquear los umbrales de sus templos.

Yo tenía formada una fantástica y equivocada concepción de lo que debían ser las sinagogas... Sugestionado por la rancia antigüedad de sus fundamentos, hallaba en ellas todas las indefinibles atracciones de las cosas bíblicas... La sinagoga principal de los judíos de Tetuán era soñada por mí como un templo extraordinario, majestuoso, espiritual...

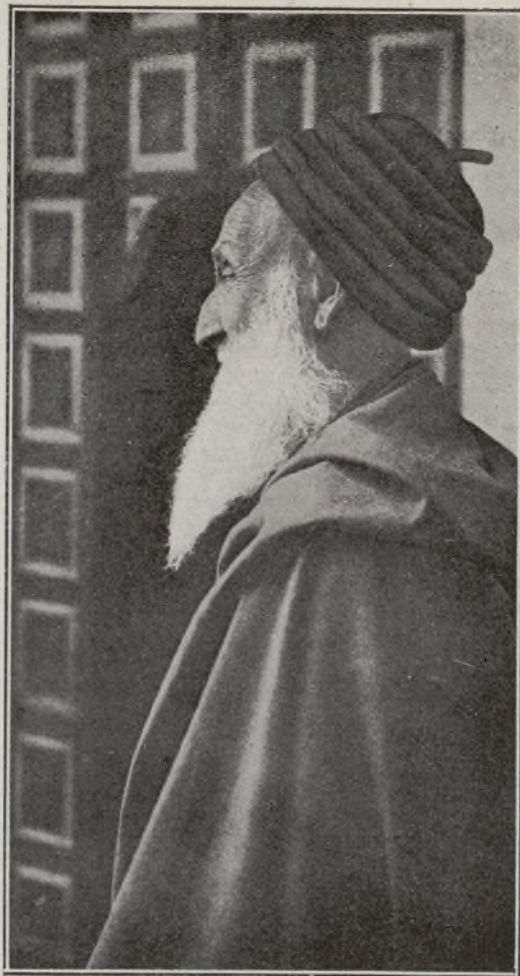
Y, como otras tantas veces, quedaron defraudadas mis ilusiones... Imaginaos un reducido local que ocupa la parte baja de una casa como ampliación de lóbrego y macilento patio, sin adornos, ni esculturas, ni suntuosas bellezas, ni delicadas labores; colocad en todos los rincones, y a lo largo de todas las paredes, viejos bancos de carcomido maderaje; colgad del techo multitud de grandes vasos de cristal, guarnecidos de metálicos adornos; situad en el centro de la estancia una pequeña tribuna averiada y vieja, como todo el mobiliario, y tendréis la completa visión de cuanto constituye esta sinagoga.

Cuando he entrado me apresuro a destocar mi cabeza en respetuoso saludo al escogido lugar. Pero resulta que he cometido una irreverencia... Los judíos, extraños e incongruentes en sus costumbres, consideran como tal el permanecer descubiertos dentro de los lugares de oración...

Mezquina y pobre me resulta la sinagoga israelita. Triste y sombría, sin otra luz que la que llega difundida a través de las claraboyas superiores del patio. Lóbrega y triste como antigua catacumba de melancólico aspecto, que aumentan los vasos funerarios por todas partes pendientes del techo...

Estos vasos son fúnebres recuerdos de israelitas fallecidos. Cada familia principal, al morir uno de sus deudos, lleva a la sinagoga el presente ceremonioso del simbólico vaso. Y en él encienden lamparillas que los días de fiesta hacen más tétrico el sagrado recinto con las oscilantes resplandores de innumerables lucecitas...

En uno de los rincones se halla el *gran rabino*. Es el *gran sabio* de los hijos de Israel, el jefe de la grey judaica congregada en la *ciudad de las mezquitas*. Tiene aspecto venerable y barbas abundantes, que hicieron de nieve la fuerza de los años. Cuando entramos se halla hojeando un gran libro de páginas mugrientas que apoya en tabla colocada en los brazos de un sillón, a falta



de mejor mesa. Mi acompañante me ha presentado al *sabio*, quien me ha ofrecido asiento sobre el umbroso sitio donde se halla. Comenzamos a charlar, y he sentido la anacrónica confusión de verme transportado a otras edades cuando he oído el balbuciente siseo de su viejo castellano, que suena como recuerdo de pasados sucesos en los tristes muros de esta curiosa sinagoga...

El *gran rabino* se llama Samuel de Israel. Ya vivía cuando las trágicas escenas con que los moros prepararon la entrada de nuestras tropas en el año 50. Desde entonces ha hallado ocasión de sufrir las mil vejaciones que soporta humildemente el pueblo por Dios maldito. Pero, avarientos irreductibles, la humillación no les importa con tal que el bolsillo no sufra mermas exageradas. Así, cuando le he preguntado si se hallaba contento de nuestra presencia en la ciudad, que evita los constantes atropellos de que les hacían víctimas los moros, no ha sabido concederme una satisfactoria declaración.

--Tranquila la vida, pero cara, muy cara-- me dice. Verdad es que han subido enormemente en Tetuán los precios de los artículos todos, que cuesta ciento lo que antes se hallaba por veinte; pero... yo esperaba del *más sabio de los judíos* alguna galantería delicada para nuestra desinteresada actuación.

Hemos hablado de las vicisitudes y costumbres del pueblo perseguido. Proceden, como ya he indicado, estos judíos de los que durante largos años vivieron en España. Expulsados por los Reyes Católicos, establecieron su primera judería en las inmediaciones de Yamaá-el-Kebir. Esta fué destruída en 1789 por la soldadesca desenfrenada de Muley-Yezid, y sin sitio determinado anduvieron hasta el 1808, en que Muley-Sulliman les cedió el solar que hoy ocupa su actual barrio. Lo rodearon de murallas para precaverse de nuevas agresiones y en él se encerraron los medrosos supervivientes. Durante mucho tiempo vivieron tan despreciados, que les era prohibido transitar por las calles de los cherifes.

Hoy se ha multiplicado y extendido la judería, y apenas bastan ya sus calles para contener los habitantes.

Siete mil son los hebreos que actualmente residen en Tetuán. Tienen para el servicio religioso 16 sinagogas, entre las que son principales esta en que me hallo, la Pintada, el Malcón, la Hebrá y el *Estudio*, que así se llama porque en ella se lee y comenta el Talmud.

Los judíos, conservando todas sus antiguas costumbres, que en nuestro país desarrollaron, celebran una porción de fiestas religiosas, que conmemoran con fausto y ostentación extraordinarios. La más notable es la Pascua de la *Cabaña*, cuyo origen se refiere a las vicisitudes de los antiguos tiempos y recuerda las penalidades sufridas por los hebreos en el desierto durante sus primeras persecuciones. Para celebrarla comen por espacio de ocho días en caprichosas cabañas construídas con caña verde y laurel en el centro de los patios y en la cima de las azoteas. También es curiosa la de las *Tortas*, que dura otros ocho días, durante los que suprimen el pan de la comida, sustituyéndolo por una especie de galleta amasada sin levadura y constituida por harina, agua, zumo de naranja, azúcar y claras de huevo. Pero el día más interesante de la vida religiosa de la judería es el *Tisa be ab*, en que conmemoran, doloridos, la expulsión de Jerusalén. Ese día está dedicado por los hebreos al canto y a la lamentación; durante seis horas recitan, en hebreo y en castellano, las elegías dedicadas por

sus vates a la forzosa huída del pueblo de Israel y en las sinagogas y en las casas particulares óyense las canciones melancólicas que terminan tristemente:

«¡Oh, cabeza! ¿Por qué no eres mundo de agua para que los ojos fuesen manantiales por donde el inmenso dolor se manifestase en lágrimas inagotables?»

Según he deducido de las palabras del *sabio*, la religión judaica se conserva con las mismas extravagancias y curiosidades de antaño. La carne está prohibida si el rabino no reconoce al animal y aun lo degüella por su mano. Basta que un trozo de tocino toque un plato o cualquier otro enser de cocina para que resulte *terejá* (prohibido). El rabino tiene que intervenir en todo y para todo, y son sus decisiones las que deciden los más nimios actos de la vida de los hebreos.

El sábado está marcado por su religión como día de descanso absoluto.

Desde la puesta del Sol del día anterior hasta la noche de este día el judío descansa totalmente de sus faenas. No puede trabajar, ni encender lumbre, ni tocar dinero, ni pasar por puertas de ciudad, ni ejecutar carnal comercio con mujer de ninguna especie. La comida, por consiguiente, es fría en ese día, a excepción de un plato clásico (*adafesía*), que consiste en legumbres diversas

mezcladas con carnes y huevos metidos dentro de una olla bien cerrada, que se lleva a cocer al horno de los moros. Sin faltar a este descanso absoluto, aun halla el judío medios de ganarse su dinero en ese día. Yo he visto en la plaza de Tetuán el cuadro curioso que ofrecía un limpiabotas hebreo, utilizando a un morito para el servicio de los parroquianos, mientras él, con las manos en los bolsillos, presenciaba el trabajo que después pagaría míseramente al indígenuo. Al cobrar presentaba un pañuelo para recoger las monedas. Y de este modo, sin trabajar ni focar metálico, podían sonar en sus bolsillos los deseados dineros.

Al dejar la sinagoga he respirado con delicia el aire de la calle. Lo mismo en aquel sitio que en la casa donde presencié la nupcial ceremonia



Tetuán.—Una calle de la judería.



he creído percibir una sensación indefinible, mezclar de un olor de suciedad con ese otro característico de los viejos objetos. Quizá tienen razón los que dicen que los judíos huelen a muerto. Y a este punto he recordado la antigua leyenda que circula en Marruecos sobre el origen de estas gentes.

Cuentan que, como consecuencia de una de las maldiciones enviadas por Dios a los israelitas, hubo de terminar su vida el pueblo errante, muriendo en el transcurso de un día todos los hombres. Las mujeres, desoladas, oraron humildemente al Divino Hacedor pidiendo la devolución de sus maridos, y conmovido el Creador por la

súplica, permitió únicamente la resurrección, por una noche, de los judíos, quienes engendraron en sus mujeres y volvieron a sus tumbas.

El pueblo no se acabó por ello; pero los hebreos que nacieron legaron a sus descendientes el olor que les correspondía como hijos de los muertos...

Vicente Valero de Bernabé

## ANÉCDOTAS Y CURIOSIDADES

El Oriente es la patria de los amuletos. Los judíos los conocían con el nombre de *Tothaphoth*. Moisés, con objeto de destruir esta superstición de su pueblo, ordenó que se llevasen en la mano o sobre la frente preceptos escritos de la Ley, y que se fijasen en los umbrales de las casas y en los pilares de las puertas, sustituyendo de esta suerte una costumbre moral que a todas horas debía recordar a los israelitas los deberes que tenían que cumplir a una práctica supersticiosa. Pero esta costumbre de llevar escritas en los vestidos sentencias tomadas del Pentateuco, pronto degeneró en una superstición absolutamente semejante a la que Moisés había querido desterrar.

\*\*

Tanto Auber como Mozart tenían una facilidad pasmosa para componer.

La víspera del día en que había de estrenarse la ópera *Don Giovanni* estaba Mozart a media noche reunido con varios amigos, sin haber escrito una sola nota de la óvertura. Despidióse de los compañeros y se acostó tranquilamente, durmiendo hasta las cinco de la mañana. Levantóse despejado, y con un ponche al lado comenzó a escribir la óvertura, despachando hoja tras hoja con rapidez increíble y enviándolas a los copistas.

La ópera debía comenzar a las siete de la noche. Pocos minutos después de esta hora estaba Mozart en su sillón de director, con la batuta en la mano, esperando el reparto de los papeles, algunos con la tinta fresca, a la orquesta.

\*\*

En el terreno del arte, uno de los *records* más notables que se recuerdan es el del célebre pintor inglés Sir Edwin Landseer, el cual había prometido enviar un cuadro a la exposición que en 1845 celebró la Real Institución inglesa. El día antes de la apertura estaba el artista sentado ante el lienzo sin haber dado una pincelada, cuando se presentó un enviado para ver si el cuadro estaba concluido.

—Esta noche lo enviaré—respondió el artista,—y

he dado las órdenes oportunas para que no me moleste nadie.

Cumpliendo con su palabra, Landseer entregó aquella misma noche el cuadro, que fué por cierto uno de los que mayor éxito alcanzaron en la exposición.

\*\*

Las pastillas de clorato de potasa son muy peligrosas si se ponen en contacto con una cerilla sin encender. El hidrato de cloral y la sal volátil, tónico nervioso favorito, en ciertas circunstancias pueden ser tan mortíferos como la dinamita.

La espontánea combustión explosiva de una caja de píldoras de óxido de plata ha causado hace poco gran daño a su desgraciado poseedor.

El bicarbonato de potasa, remedio común contra la flatulencia, puede causar peligrosas explosiones si por casualidad se mezcla con subnitrito de bismuto.

El espíritu de vino ordinario es una sustancia que ofrece tremendos peligros. Cinco litros encendidos de repente producen efectos destructivos, semejantes a los de dos o tres kilos de pólvora. Esto se ha comprobado en muchas ocasiones.

\*\*

El reunirse los directores de los asuntos públicos en fraternal banquete para tratar de los negocios políticos, no es costumbre que se haya introducido con el régimen constitucional. En todos los siglos de la edad moderna y de la media hay ejemplos de semejante práctica, pues en realidad esta costumbre se remonta a los más antiguos tiempos.

Ya en la época homérica, unos doce siglos antes de J. C., el rey o «basileus» de cada Estado griego, convocaba a los nobles invitándolos a un banquete para oír su parecer sobre los asuntos importantes del Estado. Los nobles, honrados también con el mismo título que el rey, y escudados con la protección de los dioses, eran compañeros del monarca, quien en su compañía no figuraba sino como el primero de sus iguales. En el banquete se discutían y tomábanse importantes decisiones, que eran después sometidas al pueblo reunido en el agora.

LOS POLITICOS Y EL EJERCITO

EL CONDE DE ROMANONES,  
TRATADISTA MILITAR

*Inauguramos en este número una serie de conversaciones en las que trataremos de fijar cual es el pensamiento de nuestros políticos sobre el Ejército. Aspiramos a dejar consignado el sentir de los directores de la política en la cuestión militar, y queremos que sus juicios expresados con toda claridad y fijeza, puedan servir para establecer convenientes orientaciones. Nada de bellas palabras. Opiniones sinceras, que convenzan o se dejen convencer. Nuestra primera visita es para el Conde de Romanones que se ha revelado inopinadamente como tratadista militar en un libro que acaba de dar a la estampa obteniendo gran éxito de librería.*

El Conde de Romanones ha escrito un libro. Nada tiene esto de extraño, pues D. Alvaro de Figueroa es hombre capaz de producir no uno, sino muchos libros. Lo raro del caso, es que el ilustre expresidente del Consejo ha aprovechado un descanso en sus faenas parlamentarias para hacer una obra de crítica militar amplia y documentada. La titula «El Ejército y la Política» y trata en ella de organización y presupuestos, de problemas de reclutamiento y de instrucción, del Cuerpo de Estado Mayor y de la Escuela Superior de Guerra, de defensa nacional y de política internacional. ¿Qué se propone el sagaz Conde? ¿Es defensa nacional, o política internacional la clave de su obra?...

Para que algo nos hable de estas sus nuevas aficiones, hoy nos hallamos en su magnífica residencia del paseo de la Castellana. Y conste que vamos excelentemente prevenidos. El libro no ha de tener doblez, le creemos perfectamente sincero. Tiene como garantía del más noble empeño una sencilla dedicatoria que rompe el blanco de su primera página. «A la memoria de mi hijo José, teniente de Ingenieros, muerto con gloria en el servicio de la Patria»...

\*\*\*

El despacho del Conde de Romanones, es durante sus horas de audiencia una pequeña tertulia política. El Conde recibe en grupo a sus amigos y estos charlan animadamente entre sí mientras les llega el momento de conversar con el expresidente. Cuando yo he entrado, Romanones departe confidencialmente con uno de sus íntimos, y creo que apenas se ha dado cuenta de mi presencia. Al cabo, el colorido del uniforme destacando su visualidad sobre la mancha oscura de los trajes de etiqueta le ha llamado la atención y



viene vivamente hacia mí alargándome campechanamente la mano.

Luego, casi sin soltarme me ha conducido a un extremo de la estancia. Con gesto amable, me indica un asiento, y luego de ocupar él, el frontero...

—¿Qué quiere de mí?—pregunta.

—He leído su libro, Conde.

—¡Ah, mi libro! ¿Y qué, le gusta? ¿Ha producido buen efecto?

—Hay en él, muchas cosas que conviene recoger, muchas también que quizá habríamos de recordar a usted cuando los vaivenes de la política le hagan encargarse nuevamente de la formación de un gobierno... Pero en primer lugar...

¿Admite usted controversia?

—¡Oh! no solo la admito, sino que la deseo. La inspiración que movió mi pluma al escribir ese libro, ha sido el acendrado amor que profeso al ejército. Si en algo me equivoqué rectificaría gustoso.

—No es precisamente equivocación, sino quizá que algún asunto se halle falto de una comparación conveniente. Por ejemplo no es posible hablar de plantillas excesivas, de personal numeroso sin traer a colación las plantillas excesivas, y el numeroso personal de los distintos ramos de la Administración. No es posible pensar en un gran desarrollo de la oficialidad de complemento sin considerar una preparación larga y conveniente del país, hacia este sentido; no puede sentarse que las oficialidades creadas rápidamente en los campos de batalla de Francia, son eficientes en grado sumo, sin considerar que esta oficialidad solo hubo de medir sus fuerzas contra otra oficialidad semejante, no puede sentarse...



Pero estoy hablando demasiado y venía precisamente para tener el honor de escuchar a usted.

—El Conde de Romanones ha fijado en mí su mirada en la que brilla una traviesa llamarada de pícara sabiduría. Ha sonreído ligeramente y dice.

—¿Qué es lo que quiere usted saber?

—Saber, todo lo que quiera decirme; el motivo de su libro, sus ideas sobre el problema militar, sus impresiones sobre lo existente y sus propósitos para el porvenir.

—El motivo del libro ya lo dije; mi acendrado amor por el ejército, del que creo que podrá ser buena prueba el sacrificio de un hijo... Mis ideas, la creación de un ejército democrático en el que todos los ciudadanos sin más excepción que la incapacidad física, completamente determinada, presten sujetos al mismo régimen el servicio de las armas. Poco tiempo de servicio en filas. Una reorganización del ejército para que las unidades que queden, se hallen dotadas abundantemente de elementos y material. Modificación en la manera de formar los cuadros de oficiales haciendo que pasen por filas todos los aspirantes a ostentar las divisas de oficial. Reducción de plantillas y aumento de sueldos. Extinción del Cuerpo de Estado Mayor y creación del servicio correspondiente. Modificación de la forma de redactar el presupuesto de Guerra. Oficialidad de complemento numerosa. Ascensos por elección. Construcción de cuarteles. Adquisición y formación de campos de tiro y de maniobras. Voluntariado para el ejército de África y relación del Estado Mayor con el Ministerio de Estado para coordinar la organización del ejército con los fines de la política internacional.

—Es todo un programa... ¿Me permite unas preguntas?

—Las que quiera.

—¿Qué entiende por ejército democrático?

—Que el ejército ha de ser constituido por todas las clases sociales en todas sus categorías, sin más exclusiones que las dictadas por la falta de las indispensables aptitudes físicas.

—¿Suprime pues las cuotas para la reducción de servicio en filas?

—Indudablemente. Para que el ejército se pueda llamar con razón democrático, hay que eliminar de él todo privilegio. Todos los mozos útiles deben pasar por filas en idénticas condiciones. En cambio, en lugar de los tres años, solo deben estar en ellas el tiempo absolutamente necesario para llegar a poseer la instrucción que convierte al hombre en soldado.

—Habla usted de la modificación en la manera de formar los cuadros de oficiales.

—Sí; el aspirante a oficial, debe hacer un periodo de servicio en filas; como soldado primero y como cabo después, a fin de que aprenda prácticamente las materias que hoy se estudian en los dos primeros meses de carrera. En esta estancia en filas, se puede hacer la primera selección. Los que demuestren insuficiencia moral intelectual o física serán rechazados, contándoseles lo servido para los efectos de la obligación militar, los demás ingresarán en las Academias

militares mediante concursos para el cual se contarán las notas logradas en el curso de su servicio y en los exámenes de recapitulación.

—¿Cuanto tiempo, considera usted que habrán de durar luego los estudios?

—Creo que en las Academias de aplicación de Infantería y Caballería podrán ser dos años; cuatro en las de Artillería e Ingenieros y cinco y mejor seis para los artilleros e ingenieros que quisieran especializarse en construcciones y talleres. Ahora, que yo suprimiera muchas matemáticas. Pocas matemáticas puras y más matemáticas de aplicación. El oficial vive de realidades y la realidad de la vida se rie constantemente de las abstracciones y de todo cuanto es fruto exclusivo de la especulación.

—Habló usted de los ascensos por elección...

—Ya sé que esta idea tiene en la actualidad pocos partidarios en el ejército. Muchos abusos e injusticias, muchos actos de favoritismo han creado ese sentimiento contrario al ascenso por elección. Yo creo, que es preciso buscar un procedimiento que permita simultanear el principio de la antigüedad, que es la recompensa de la perseverancia en el cumplimiento del deber, con el principio de la elección,—rodeado de todas las garantías apetecibles—que representa estímulo y premio al que verdaderamente lo merezca. De esta manera hay que buscar parte de los futuros generales. Tenemos para ello una primera materia inmejorable. El valer intrínseco de la oficialidad española es igual cuando menos, al de la oficialidad de cualquier otro Ejército. Y no es esto *pelotilla*—¿no dicen ustedes así?—sino convicción firme, pues hay que pensar en lo que llegaría a ser nuestra oficialidad si sus cualidades todas estuvieran de continuo acuciadas por una vida de intensa actividad, que es la única que en realidad prepara los Ejércitos para la guerra.

—Para esa vida, hacen falta campos de instrucción, dinero para maniobras y ejercicios...

—Indudablemente y hay que buscar aquellos y facilitar este. Legislar en este sentido en vez de pensar en cosas tan fútiles como sucede con el uniforme que desde el año 1901 a la fecha actual, el Ministerio de la Guerra ha dictado la friolera de 48 disposiciones relativas a los uniformes militares. El que repase la «Colección legislativa militar» puede creer que la defensa del territorio depende directamente de la indumentaria.

—Según he leído, entra en sus proyectos la modificación del Estado Mayor...

—¡Oh, si! eso hay que modificarlo. Al oficial de Estado Mayor, se le ha constreñido a funciones de orden burocrático, cuando debe ser el elemento militar de vida más activa de todo el ejército. El expediente, el balduque y el papel han absorbido el tiempo de inteligencias privilegiadas y escogidas. La falta de contacto con las tropas y la permanencia de años y años en las malhadadas Capitanías generales ha defraudado lo que debiera haber sido el Cuerpo de Estado Mayor.

—¿Entonces?...

Se impone la disolución del Cuerpo. Y esto con carácter de apremiante. Ahora, que no hay que

olvidar que el paso decisivo hay que darlo cuidando de no perjudicar derechos adquiridos que son muy respetables.

—El Ejército, necesita elementos...

—Indudablemente, muchos y en gran cantidad. Hay que gastar en ello bastante dinero, pero este gasto, hay que hacerlo de manera que sea verdaderamente aprovechado. En los últimos diez años, ha aumentado el presupuesto de Guerra en un 167 por 100 y hay que confesar, puesta la mano en el corazón que hemos ganado poco en eficiencia con relación a este enorme aumento de gastos.

—¿Tiene el Ejército la culpa de ello?

—Hay que reconocer que no toda. Los gobiernos y el Parlamento tienen en ello responsabilidad grande. Es más, diré, que el Ejército tiene razón sobrada para impacientarse y estar quejoso del Parlamento. No se le ha atendido con la detención y cuidado que merece. Sus presupuestos han pasado siempre sin examen. Y hay que examinar, que discutir, que tratar aunque de todo ello no resulte otra cosa que aumentos. La cuestión es darle eficiencia y que España tenga el instrumento defensivo y ofensivo que le es necesario.

—En estos últimos años, ha gobernado usted varias veces...

—Si; y va a decirme que si siento estas cosas he podido hacer labor más intensa en favor de ellas. En primer lugar le confesaré que siento remordimiento de no haber tocado con frecuencia en el Parlamento el problema militar y que me prometo rectificar en esto mi conducta para lo sucesivo; después le aseguraré, que sino he hecho determinadas cosas ha sido, aparte de las dificultades insuperables que se encuentran en España para convertir los propósitos en realidades, porque me han faltado dos colaboradores indispensables: ocasión y tiempo. Si alguna vez cuento con ambas, tenga usted la seguridad de que no me olvidaré de mis pensamientos actuales.

El Conde de Romanones señala con un leve silencio el término de la entrevista. Me he levantado inmediatamente. Tengo prisa por trasladar al papel las palabras del ex-presidente. Un apretón de manos y cruzo el despacho donde Senadores y Diputados, en diferentes grupos, aguardan su turno para verter al oído de su jefe político, tal vez sus cuitas y sus anhelos, tal vez una proposición, una súplica, o un enredo tejido en los corrillos bullangueros de los pasillos del Congreso...

EL CABALLERO ARTAGNAN

## LAS CARAMBOLAS DE MR. GREVY

Cuéntase de M. Grevy, Presidente que fué de la República francesa, una anécdota interesante.

Grevy, que era gran aficionado al billar, antes de ser elegido Presidente tenía partida diaria de carambolas en el café de la Regencia, siendo su contrincante el sacristán de San Roque, único aficionado del barrio a quien nunca había conseguido derrotar.

El sacristán era un jugador de primera fuerza; no obstante dar 50 carambolas para 100 al futuro Presidente, se lo llevaba de calle. Grevy no quería reconocer su inferioridad, y todas las noches acudía a recibir la paliza correspondiente.

Apenas fué elegido para la primera magistratura de la República, envió a buscar al sacristán para reanudar el duelo entablado. Efectuóse una partida, y con gran sorpresa y no menor contentamiento, saboreó M. Grevy aquella noche las dulzuras del triunfo. El sacristán estuvo desastroso; salsa a pifia por tacada, y «se quedaba» que era una hermosura. Así fué, que su adversario le ganó por muchos puntos.

Envanecido con esta brillante proeza, Grevy hizo llevar al salón buen golpe de vinos y pastas para obsequiar al vencido.

Este, aprovechando una pausa, se atrevió a exponer al Presidente sus cargas de familia, su modesta posición y su deseo de obtener, con el apoyo de su poderoso contrincante, una placita de recaudador fiscal.

—El caso es—objetó Grevy—que carece usted de condiciones.

—¿De condiciones?—preguntó algo amostazado el sacristán.

—Sí, amigo mío; para obtener esos empleos es preciso tener siete años de servicios... de servicios militares o civiles... Y los de sacristán no sirven... ¿Comprende usted?

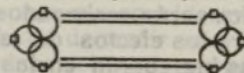
El desairado pretendiente no dijo una palabra por el pronto; mas, al cabo de un rato, exclamó, poniéndose de pie y encaminándose a la mesa de billar:

—¡Me consolaré, señor Presidente, jugando con usted el desquite, si no tiene inconveniente en dármele!

—¡Con mucho gusto!—dijo M. Grevy, embriagado aún por los humos de su reciente victoria.

Comenzó la partida. El sacristán, que ya no tenía nada que esperar de su adversario, desarrolló su juego habitual, afinando la puntería y «dejando» a Grevy unas carambolas imposibles. Tan bien jugó el sacristán, que hizo la centésima carambola antes de que el contrario se hubiese apuntado diez.

El Presidente pudo aquella noche comprobar que la amabilidad de las gentes se halla en razón directa de los favores que esperan.



LA BOFETADA PÓSTUMA

Gran soldado y gran caballero fué el capitán Luis Perdomo de Palma, el mallorquín.

Leal a la causa del virrey Blasco Núñez de Vela, gastó cuanto poseía para equipar una compañía de piqueros y sobresalientes; mas en una ocasión sus soldados estuvieron a punto de desbandarse, alegando que su capitán les era deudor de pagas cuyo monto subía a mil ducados.

Súpolo Perdomo a buena sazón, y se presentó en medio de los amotinados.

—¿Por qué me queréis dejar—les dijo.—¿Heos dado motivo de agravio? ¿No os traté siempre como a hijos?

—Perdone vuesamerced—contestó el cabecilla,—bueno es servir al Rey, moneda sobre moneda; pero ni pizca de gracia nos hace esto de batallar al flado. Si Su Majestad nos ha menester, que nos pague la soldada, que vida horra y de menos peligro trae la gente del Gobernador. No a su campo vamos, que señor por señor, de rebelde es su bandera; pero sí a lo de la villa de la Plata en pos del descanso y de la holgura.

Luis Perdomo de Palma frisaba ya en los cincuenta y su cabello empezaba a blanquear. Había en su persona un sello tal de altivez y nobleza, que inspiraba respeto y amor a cuantos le trataban.

Afeó con enérgicas razones la conducta de los amotinados, y éstos, arrepentidos del villano proceder, protestaron morir bajo la bandera del capitán y renunciar a las pagas.

—No en mis días—contestó su jefe,—esperad un rato, que prometovos que poco he de valer o habéis de quedar pagados en esta misma vegada.

Y Luis Perdomo se encaminó a casa de un mercader y solicitó de él un préstamo de mil ducados por ocho días, tiempo en que esperaba recibir de su casa, convertidos en dinero, los últimos restos de su fortuna.

El mercader se encogió de hombros y contestó:

—Pobre prenda es una esperanza, que ella, señor capitán, puede marrar, y más en los tiempos de revuelta que vivimos. No me acomoda la prenda.

Ante la poca confianza que tan sin ambages le manifestaba el mercader, otro hidalgo lo habría echado todo a doce, tratándolo de perro y de judío y aun molidole las costillas. Pero el noble caballero se revistió de dignidad, y arrancándose un puñado de pelos de la barba, dijo:

—¿Queréis que os empeñe por ocho días estas honradas barbas?

El mercader era también hombre de gran corazón, y descubriéndose con respeto, contestó:

—Señor Luis Perdomo, con prenda tal podéis disponer de cuanto valgo y poseo. Venid que os cuente los mil ducados.

Al vencimiento del plazo desempeñó el hidalgo los pelos de su barba.

¡Qué tiempos! Y ¡qué hombres! La semilla de éstos no ha fructificado.

¿Habrà en el siglo XIX, no digo pelos, sino barba entera que para un usurero valga medio maravedí?

Después de la batalla de Yñaquito, anduvo Luis Perdomo de Palma por dos años a salto de mata y siempre en armas contra Gonzalo Pizarro.

Francisco de Carbajal era dueño de Chuquisaca.

Luis Perdomo, que vivía oculto en un monte, a pocas leguas de la ciudad, púsose de acuerdo con el alférez Betanzos, de las tropas de don Francisco, para matar a éste el día de San Miguel y levantar bandera por el Rey.

Comprometiéronse en el complot Alonso Camargo, Regidor de la ciudad, Bernardino de Balboa y muchos de los soldados de la *Entrada*.

El alférez Betanzos traía en las venas sangre de Judas; porque fuése a Carbajal y le denunció los pormenores del plan revolucionario.

El *Demonio de los Andes* echó la zarpa encima a los principales conjurados y encomendó a Betanzos que, pues él conocía el sitio donde se refugiaba Perdomo, fuese con cuatro hombres de su confianza y, muerto o vivo, lo trajese a Chuquisaca.

Era la del alba y el capitán dormía descuidado en la espesura del monte, cuando despertó sobresaltado por un ligero rumor que sintió entre las ramas.

A pocos pasos de él estaban Betanzos y sus cuatro hombres.

Perdomo desenvainó su daga y emprendió la fuga, batiéndose desesperadamente con sus perseguidores.

Había ya conseguido dejar a dos de éstos fuera de combate y logrado poner el pie sobre un grueso tronco, que servía de puente a un caudaloso arroyo de cinco varas de ancho y que corría encajonado en un profundo lecho, cuando alcanzó Betanzos a darle tan recia cuchillada en la mano derecha, que ésta quedó pendiente de un tendón o nervio.

Sin embargo, el fugitivo pudo llegar a la orilla opuesta y dar un puntapié al tronco, que fué arrastrado por la corriente.

Y aquel valiente, cuya energía no se doblegaba ante el dolor físico, se inclinó hacia el suelo, puso la planta sobre la desprendida muñeca y, haciendo un esfuerzo de sobrenatural desesperación, se arrancó con la izquierda la mano derecha y exclamó, lanzándola a la orilla opuesta:

—¡Maldita seas, mano, que no has sabido defenderte!!!

Y aquella mano sin vida fué a estrellarse en la mejilla del traidor alférez Betanzos.

Algunos días después el bravo y honrado capitán Luis Perdomo de Palma fué (según lo relata el Palentino en su crónica de las guerras civiles de los conquistadores) destrozado en el monte por los tigres.

## DIVULGACIONES HÍPICAS

# COMO SE MONTA A LA ITALIANA

Vamos a continuar la pauta elegida mediante la cual podemos seguir con alguna claridad todo cuanto nos proponemos exponer, empezando por lo sencillo para luego abordar fácilmente las cuestiones que miradas sin esta pequeña y sólida base, nos parecerían menos comprensibles.

### Las espuelas

Quando estemos cerciorados plenamente de nuestra firmeza a caballo, es llegado el momento de calzarnos las espuelas, y poco hemos de decir para convencernos de esta necesidad, si nos fijamos en que no contando con estabilidad firme sobre la montura, nada más fácil e injusto a la vez que aplicar involuntariamente ese instrumento de dolor, buscando una mayor seguridad por presión de piernas y talones.

También resulta ocioso llamar la atención sobre el riesgo que se corre si el animal emplea una cualquiera de sus defensas, contando con que, como decimos, el jinete no está hecho.

El empleo de las espuelas como ayuda y no como castigo, se limitará a reforzar la acción de piernas o si una de éstas ha de obrar de manera predominante. En general, sirven para aumentar y sostener la impulsión hacia adelante y deben ser aplicadas inmediatamente detrás de las cinchas haciéndolo por golpes breves y repetidos con más o menos frecuencia e intensidad según la resistencia encontrada.

Un jinete consciente, nunca debe emplear las espuelas como castigo, llamando a éste el producido por el choque de espuelas fuera de los momentos en que tratemos de ayudar con las piernas al caballo.

Sin entrar en el terreno de la discusión, de lo que han participado nuestros jinetes entendidos sin llegar a un acuerdo, sobre si el uso de las espuelas obra como ayuda o como castigo; nosotros teniendo en cuenta que es innegable el dolor o molestia que ha de producir el espolazo, nos conformamos y creemos en él, pero al mismo tiempo nos aprovechamos del efecto producido en la mecánica del movimiento adelante que con la sola acción de piernas sería difícil lograr en muchos casos.



decer rápidamente.

Tanto menos necesarias son por otra parte las

Quando un caballo está perfectamente domado, en muy contadas ocasiones será preciso el empleo de espuelas; hagamos durante la educación que aquél esté muy impulsado y es casi seguro que no necesitará de otra indicación, que la lógica de piernas para obe-

ayudas con espuelas cuanto mayor sea la energía y temperamento del caballo o cuando cuente con una pureza de sangre de raza digna de consideración.

Hemos de tener presente que el efecto propulsor o impulsor de las espuelas puede llegar en ocasiones a producir el caballo denominado comunmente «aculado» o que «se queda» y ésto suele tener lugar en animales a los que se les quiere pedir un esfuerzo que no pueden rendir o no son lo suficientemente voluntariosos. En ambos casos el caballo hace marcha hacia atrás y se defiende coceando, tratando de evitar la molestia del dolor.

Concretándonos a la manera de montar actualmente, diremos que la longitud de las espuelas (gallo) no debe exceder de tres centímetros y su colocación ha de ser aproximadamente en el punto medio entre los tobillos y plano inferior del tacón de la bota. Con estos requisitos se ha comprobado ampliamente que las ayudas son oportunas y se aplican en el sitio preciso, apenas aproximemos sin doblar las piernas al caballo.

### De la fusta

Una de las cosas más difíciles en equitación, es saber aplicar la fusta con oportunidad, graduando la intensidad del golpe. Existiendo muchos inconvenientes y no siendo necesario el uso de ella nos hallamos en el deber de no recomendarla. En épocas anteriores, cuando se daba mayor importancia que en la actualidad a los trabajos ajustados en picaderos y pistas cerradas, la fusta constituía un buen auxiliar.

En las pistas de carreras, también es muy necesario el uso del «stick».

Pero en ambos casos los jinetes tienen buenos conocimientos de su uso y aplicación.

### Del mando

Supuesto el jinete a caballo y con una rienda en cada mano, vamos a enumerar y analizar lo que sucede según empleemos una rienda aislada o ambas a la vez; y al mismo tiempo las dos piernas con efecto más o menos preponderante de una de ellas (rienda o pierna) sobre la otra.

El mando de rienda obra por la boca del caballo sobre la cabeza, el cuello y espaldas, desplaza la cabeza con respecto al cuello, éste con relación a las espaldas, y por último las espaldas con relación a las caderas. Las riendas pueden dar lugar a que las espaldas obren sobre las caderas, lo que se llama oponerlas aquellas a estas.

Esta diversa manera de obrar de las riendas, puede clasificarse en cinco casos que se llaman: 1.º Rien-



da de abertura. 2.º Rienda directa de oposición. 3.º Rienda contraria. 4.º y 5.º Rientas contrarias de oposición.

1.º Cuando el jinete lleve el puño derecho a la derecha (p. e.) logra un desplazamiento hacia ese costado de la cabeza del caballo. Acentuando el movimiento se logra que el caballo avanzando dé frente a la derecha.



2.º Si al mismo tiempo que empleamos la rienda derecha de abertura (p. e.) hace tensión de adelante atrás, atrae la espalda hacia la derecha y obliga a

que las caderas vayan a la izquierda.

3.º Llevando el puño derecho adelante y hacia la izquierda el extremo de la nariz, vuelve a este lado la espalda izquierda, se recarga con el peso del cuello. Esta manipulación acentuada da lugar a que el equilibrio se rompa, con lo que el caballo vuelve a la izquierda.

Según que la atracción de rienda pase por delante o por detrás de la cruz del caballo, se producen los efectos 4.º y 5.º.

Cuando es por delante de la cruz, las espaldas son empujadas hacia la izquierda (supuesta la mano derecha a izquierda), el caballo da frente a este costado, yendo las caderas hacia la derecha.

Si la rienda pasa por detrás de la cruz, entonces actúa sobre todo la mano del caballo en sentido de uno de los bípodos diagonales y el caballo se traslada hacia el costado que dá nombre al referido diagonal.

En general las riendas siempre obran de acuerdo, es decir, que aunque sea una la que realmente da lugar al movimiento, la otra conserva la tensión reguladora evitando que el cuello del caballo se doble.

Damos en primer término los efectos que el mando de riendas produce y a continuación hablaremos de los que ejecutan las piernas, ya que en definitiva no tienen otra finalidad que la de obligar, por decirlo así, a la franca obediencia del caballo impuesta por la voluntad del jinete. Cuando esto se logra, se dice que el hombre manda su caballo, le obliga a obedecer prontamente, está sometido en cualquier momento. En una palabra, quien así logra cuanto desea, es un jinete.

### Peso del cuerpo

El caballo soporta además de su peso el del jinete, que por término medio varía éste con la montura de 75 a 95 kilogramos. La parte alta del cuerpo pesa unos 50 kilogramos; puede, desplazándose, influir de una manera considerable en las modificaciones que las ayudas llevan al equilibrio del caballo. La distribución igual o desigual de la masa del caballo sobre

las extremidades, tiene una influencia muy directa sobre el sentido del movimiento que se imprime a la máquina entera.

Cuando hemos visto las acciones del mando de riendas se observa, que bajo su influjo, el equilibrio del caballo se modifica hasta el punto de llevarle a volver a una u otra mano, según que el peso del cuerpo se cargue a una u otra espalda.

En consecuencia, debe el jinete no contrariar los movimientos del caballo con los suyos o con una mala colocación; por el contrario, hará cuanto pueda para conseguir obre en el sentido de las ayudas.

### Acuerdo de ayudas

Denomínase así a la armonía que debe existir entre las manos, el peso del cuerpo y las piernas.

Las piernas son las encargadas de proporcionar la impulsión, las manos la ordenan o gradúan.

Las manos, simultáneamente, limitan el movimiento adelante conteniendo, deteniendo o haciendo recular.

Siendo opuestas ambas acciones a la vez, bien pronto se comprende que el acuerdo se hace indispensable, cediendo las riendas cuando las piernas impulsan.

Y por el contrario, cuando tratamos de obtener un acortamiento en el aire de marcha, las piernas son las que han de ceder.

Las riendas entre sí, como también las piernas, obran de acuerdo siempre, es decir, que no lo hacen aisladamente más que para hacerlo de manera preponderante.

Cuando una de las riendas obra pidiendo un movimiento, la otra no ha de oponerse en ningún instante, su papel es ceder para de este modo permitir a la primera su verdadera función.

En general una rienda que actúa como rienda de abertura directa de oposición contraria o contraria de oposición, la otra ha de ceder de antemano permitiendo que la cabeza y cuello tomen la oposición que se pida para después resistir, si fuera preciso, limitando el movimiento. Es rienda reguladora.

Por razones análogas, cuando una pierna actúa, debe ceder la otra permitiendo alcanzar el efecto que se busca.

### Efecto de piernas con respecto a los efectos de riendas.

En la rienda a abertura, las piernas se ajustan al movimiento por presión igual.

En la rienda directa de oposición, la pierna derecha, si el movimiento es hacia este lado, obra de manera preponderante para lograr que las caderas viertan hacia la izquierda.

Las piernas hacen conservar el movimiento adelante en la rienda contraria.

Cuando la rienda que actúa es a la derecha (p. e.) y contraria de oposición delante de la cruz, la pierna izquierda es la que empuja las caderas hacia su derecha.

Y por último, si la rienda es contraria de oposición (por detrás de la cruz), suponiendo sea la derecha, la pierna derecha empuja las caderas a la izquierda y la otra sostiene el aire, actuando en la inmediación de la cincha.

J. G. SEAR

(Ex-alumno de la Escuela de Equitación)

## Lo que no puede comprarse

En Granada, mi bendita tierra—tiene asiento lo más florido de la gitanería española. Allí, en los bosques de su Alhambra incomparable, ¿qué turista o forastero no ha contemplado la silueta atrayente de «Chorro e jumo», el Rey de los gitanos?

Y San Cecilio, el barrio gitano de Granada, es de lo más pintoresco que se conoce.

Enclavado frente a la Colina Roja—donde enhiesta se levanta la Alhambra con toda la riqueza joyesca de su arte,—es como si todo el monte estuviese lleno de agujeros rodeados de chumberas, en los cuales se alberga la más genuina representación de la grey gitana.

Todo forastero que pisa la bella ciudad de los cármenes, es llevado a San Cecilio, donde están las cuevas de los gitanos, para contemplar desde allí los bellos panoramas que se divisan y que son como un asombroso e incopiable cuadro que rememorase todo un pasado glorioso, la decoración que sirvió de fondo a todo un reinado de romanticismos y bellezas.

Y es de un atractivo extraordinario subir, aventurarse por las pinas cuevas de San Cecilio x San Cristóbal, sorprendiendo las pintorescas escenas de la vida íntima de esta raza.

Por entre las jaras, zarzales y chumberas que cercaban una vereda, nos sorprendió un día una cara tostada y brillante, broncnea, donde unos ojos bravos relampagueaban a la luz, mientras sus dientes como una sarta de perlas, mordían los labios coralinos, y los negros, aceitosos cabellos, azuleaban bajo el sol de Mayo que ponía

sobre toda Granada y su Sierra Nevada los colores de una paleta mágica.

A una gitana que espulgaba a una rapaza, de cara al sol, metiéndole los dedos entre el cabello crespo, le preguntamos quien era aquella graciosa y bella gitanilla.

—Zeñó, ¿se pué zabé pa qué lo pregunta osté?

Le achacamos que dentro de unos días íbamos a pintar un cuadro de las cuevas y necesitábamos una gitanilla que se prestase a servirnos de modelo.

—Quite osté, casteyano!. «Corales» tié un novio que no la deja pará en cuanti sabe que vienen casteyanos a las cuevas!

—¿Ni pagándole?

—Ni azina. Ayé vinieron unos muziú y antiyer unos ingleses e Girartá pa pintarla tamién y le daban tós los jayeres que quisiera. Pues que si qués... Ayá se fueron los ingleses con sus carsones a media pierna sin lográ sus pretensione. Y los franchutes tres cuartos e lo propio...

—Tuviera usted la bondad de indicarnos quien es el novio, a ver si...

—«Relusfo» se yama y vive en las últimas cuevas e San Cristoba. Pero ahora mesmo está con su pare vendiéndole a un payo una potranca que e una zardina.

La gitanilla, ajena a nosotros, seguía en el alto de la vereda, con la mano puesta en la frente a modo de pantalla, mirando para la ciudad que parecía vivir,—rodeada del blanco manto de la Sierra de nácar y plata,—todo el encanto de su leyenda.

Aquél día conocimos nosotros a «Corales»

\*\*

Esto pasaba, cuando los tiempos eran otros, y la vida no atravesaba los agudos trances por que hoy pasa.

En aquél entonces, el «señorío» de Granada gustaba subir al barrio gitano a meterse en juerga y saborear toda la gracia innata en ellos. Los comerciantes en particular, en cuyas casas se surtían los gitanos de telas y retales para después hacer por los barrios y pueblos próximos sus reventas, engañando a quien podían eran los que más frecuentaban el barrio. Concertaban tal cual boda o bautizo para pasar bue-





nos y agradables ratos con aquélla deliciosa gente, y con un par de cientos de pesetas, hacían por aquél entonces unas fiestas que era lo que había que ver.

La noche de nuestra narración, Don Juan Giménez había «sacado de pila» a un chiquillo del «Malas pulgas», un gitano que era el número uno en tercerías y tratos de toda clase de ganado, y una notabilidad esquilando con tijera.

En un carro muy adornado con ramaje, iban los padres y padrinos de la criatura, y enganchadas al carro, iban cuatro mulas tordas sobre las cuales, caballeros, iban cuatro gitanos muy replegados, con las narices untadas de mazarrón, llevando en alto hachones encendidos, y los faldores de las camisas fuera del pantalón.

Así fué el «bautizo» a la Iglesia, y así volvió a la empalizada de las cuevas, donde vivían los padres y deudos del nuevo cristiano, para celebrar el acontecimiento.

Rumboso el padrino, —y con las sanas intenciones de reirse un rato, —había llevado mucho vino, preparándolo de antemano con una buena dosis de jalapa para que surtiera los malignos efectos que podemos suponer.

Primeramente, el padrino repartió unas copitas de anís bueno y unos cigarros puros «pa» entonar, dando principio la juerga.

Allí estaba reunido lo más florido de la gitanería del barrio; los viejos tratantes que aún conservaban en sus cabellos blancos como la plata los tufos peinados hacia adelante; las viejas gitanas maestras en engañar a los castellanos en sus ventas de cobres y telas y decir la buenaventura, gitanicos y gitanicas jóvenes y niños, cruzando diálogos tan graciosos, que se hubiese deseado ser taquígrafo para conservarlos, tan espontáneos, tan fluidos, tan personalísimos.

En la reunión no podía faltar la pareja mimada del barrio gitano: La «Corales» y «Relusío».

Empezó el baile: Unas seguidillas gitanas. Sobre Granada, la luna desde el inmenso fanal del cielo, ponía una bella claridad. En el centro del corro que formaban hombres y mujeres, colocaron una mesa. Sobre ella saltó ágil «Corales», mientras coreabanle los demás. Un gitano tañía una guitarra y otro le acompañaba cantando:

«No me hables; en la vía  
no me hables más,  
que tu ropita, junta con la mía  
no se ha de lavá»...

Bailando sobre la mesa y bajo la luna de la noche augusta, tenía la silueta de la gitanilla, en las contorsiones de la danza, una clásica y majestuosa belleza. En las vueltas que daba su cuerpo, — los brazos broncíneos en alto, el talle más fino así, más flexible, enhiestos los senos apenas iniciados como en un boceto de éfeso en mármol, — perdíase el rameado de la falda hecha de una tela roja con muchas florecillas, sin color en la noche blanca.

El cuadro, en la noche llena de plata y perfumes, tenía un brujo encanto. El padrino, — zeñó Juan, como le llamaban los gitanos, — embobado, entusiasmado, coreaba a la gitana, mientras esta

seguida dando vueltas como una espiral de humo denso, haciendo contorsiones ligeras o suaves, fuertes o cadenciosas, según el gemir de la guitarra o el suspirar de las coplas.

Y en el brujo encanto de la noche de plata, zeñó Juan se enamoró de «Corales»....

—Poco me ha de costar, se dijo; Será cuestión de unas pesetas...

Terminado el baile y los plácemes, se echaron varias «rondas» del vinillo entre la concurrencia, que halagada por tanta dádiva y regalo, no cesaba de alabar la esplendidez del «zeñó Juan».

Y lo que era de esperar. A poco, la jalapa empezó a surtir efecto en los estómagos de gitanos y gitanas, quienes con una insistencia que nos hacía morir de risa a los que estábamos en el «ajo», se perdían entre la oscuridad de las chumberas.

—¡Marezita mfa! ¿Qué habré comfo yo esta noche que no me para ná en el estómago?—se preguntaban más de cuatro.—Me duelen ya hasta las espaldas...

\*\*

Después de aquélla noche, siguió el «padrino» subiendo a las cuevas, con el achaque siempre de ver a su ahijado.

Algunas gitanas, se dieron cuenta de que zeñó Juan hacía siempre por ver a «Corales» en sus visitas al Sacro Monte, y no desperdiciaba ocasión de florearla y hasta de hacerle algunos regalos.



Esto, como es natural, lo supo pronto «Relusfo», quien desesperado y sintiendo en su pecho la comezón de los celos, se separaba de la cueva de «Corales» lo menos posible; y cuando lo hacía, volvía hacia el barrio gitano a toda prisa y temiendo siempre encontrarse a su «Coralillos» hablando con zeñó Juan a quien ya odiaba con toda su alma.

—«Corales», se decía con una verdadera pasión gitana,—no zerá más que mía, mía zola.

\*\*\*

Fué una noche oscura. Consiguió zeñó Juan, valiéndose de una vieja gitana trapacera y bruja, que sabía de mejunjes y cartas, que «Corales» saliera al camino de las cuevas, a una vereda que serpeaba entre chumberas a espaldas de su cueva.

Zeñó Juan, le ofreció unas cosas muy grandes que en los oídos de la gitanilla sonaron de una manera muy extraña. Tendría muchos trajes de seda, rico calzado, coches;... sería la reina de Granada, y asombraría a todas las gitanas envidiosas del barrio, con su lujo y esplendor... Y mientras esto le decía, le mostraba en una cajita unos largos pendientes de oro y coral, hermosos como no había ella visto ningunos.

«Relusfo», oculto entre unas chumberas, a sus espaldas y conteniendo la respiración, presenciaba la escena y seguía con el alma el diálogo... «Relusfo» esperaba oír algo de los labios de ella, mientras en la mano apretaba, corajudo, las cachas de una larga navaja albaceteña.

Musitó «Corales»:

—Zeñó Juan... ¿Y mi «Relusfo»?... Yo no sé de que sería ecapá. ¡Yo creo que me mataría, zeñó Juan...

—No tengas cuidado, reina. «Relusfo» es el que menos me importa; el que menos cuidado nos debe dar... Anda, decídetete, te aguardo. Llégate a tu casa, recoge lo que me has dicho, y vámonos; serás la reina... ¡Anda, te aguardo!

«Corales» titubeando aún, se separó de él. Corrió, al fin, hacia la cueva.

Anheloso, quedó zeñó Juan.

De la capital, que dormía al pié de aquéllos montes, llena de luz, una luz que subía como una nube y fluctuaba encima de las casas, llegaba lejano el tintineo de los tranvías y la balumba que formaba el ruido de los carruajes y las voces de los vendedores.

Y los cármenes de la ciudad bella, elevaban al cielo su plegaria de aromas.

Fué rápido,—como un relámpago,—el salto que «Relusfo» dió de entre las chumberas, cayendo cerca de zeñó Juan.

Y atenazándole el brazo derecho,—para que no pudiera moverse el «zeñorito» que aquella noche quería robarle lo que era su vida, a la que sólo sería suya,—le clavó en el pecho la navaja, mientras le decía con ironía:

—Yo la esperaré, zeñó Juan; ¡yo la esperaré!.

RAFAEL LÓPEZ RIENDA.

## LAS MANIOBRAS MILITARES Y LA CAZA

Parece que durante la campaña de Bohemia los escuadrones prusianos aparecieron notoriamente inferiores, desde el punto de vista hípico, a los austriacos. Con objeto de remediar un defecto tan grave, el rey Guillermo I estimuló la iniciativa tomada por un capitán del 13.º de hulanos (el futuro general Von Rosenberg), quien había imaginado organizar entre la oficialidad de dicho regimiento cacerías a caballo. Apenas instalada en Hannover la Escuela de Caballería, le concedió el Monarca sobre las rentas de los fideicomisos reales una cantidad anual equivalente en nuestra moneda a 7.000 duros, y que debía ser destinada íntegra al mantenimiento de una jauría. No satisfecho con esto el Soberano, arrendó por su cuenta un coto situado al Norte de la ciudad de Hannover, y que mide unas 6.000 hectáreas.

Los alumnos que siguieron los cursos de dicha Escuela tenían la obligación de asistir a todas las cacerías efectuadas en el coto, las cuales formaban parte integrante del programa de estudios, hallándose establecidas con arreglo a una progresión de dificultades razonables. La instrucción daba principio en el mes de Junio con una serie de cacerías en las que la pieza perseguida se simulaba con una cornamenta de venado llevada a la rastra por un soldado a caballo.

Este período de ejercicios, con recorridos mínimos de 20 kilómetros, duraba hasta Octubre, fecha en que daban comienzo las cacerías verdaderas del ciervo, del gamo, o más frecuente del jabalí. Las piezas eran proporcionadas por los cotos reales de Misburg y de Springe, en número de 30 o 35 cada año.





Visiones del porvenir

## UNA EXPOSICIÓN EN 1968

Han pasado cincuenta años que la gran guerra asoló a Europa. De aquella cruenta lucha no queda más que un vago recuerdo, que los viejos, allá en la aldea, al calor del hogar, rememoran, contando a sus nietos los episodios en que tomaron activa parte.

Fueron muchos los progresos que entonces se realizaron y numerosos los inventos que surgieron, que en otras circunstancias hubieran necesitado muchos años para alcanzar el grado de perfección que adquirieron rápidamente todas las industrias de la guerra; perfecciones e inventos a los que quitados el matiz guerrero, pudieron más tarde, y con sencillas transformaciones, aplicarse a todas las industrias, que alcanzaron por consecuencia un gran desarrollo.

Para dar a conocer estas innovaciones se celebraba esta exposición, de la que estaba pendiente el mundo entero, ansioso de conocer las maravillas industriales que iban a transformar los procedimientos y sistemas de una manera inconcebible, así que no era extraño que los *transaereos*, día tras días dejasen en tierra un sinnúmero de viajeros de todas las naciones, ávidos de conocer el poderoso esfuerzo de la industria y de la ingeniería.

### Progresos industriales debidos a la guerra.

La necesidad de reparar los daños causados por la guerra, de reconstruir las ruinas, de intensificar la producción de gran número de productos indispensables, de crear nuevas vías de comunicaciones, de suplir, además la insuficiencia de la mano de obra, ha obligado al mundo entero y especialmente a las naciones europeas que combatieron, a un desarrollo inaudito del movimiento industrial y a la utilización de las fuerzas naturales.

Y así se han realizado los grandes trabajos públicos proyectados hacía mucho tiempo: perforación del tunel bajo la Mancha, para unir Francia con Inglaterra; excavación del canal del Suroeste, que une el Atlántico con el Mediterráneo; electrificación de las redes de ferrocarriles, decuplicando su potencia

de transportes; creación de grandes estaciones centrales eléctricas, utilizando las enormes reservas de hulla blanca; la renovación completa, en una palabra, de la industria química.

La necesidad de obtener aceros cada vez de mayor potencia para los cañones de largo alcance, llevó a la industria el empleo del aire líquido para el temple de los metales, y ha provocado, por consiguiente, la renovación de los métodos metalúrgicos. Por causa de la penuria de combustibles se ha fijado la atención de las riquezas de las fuerzas hidráulicas y que se intensificó de la guerra, la explotación de la hulla blanca; la misma razón, aunque en una esfera más modesta, ha transformado radicalmente la cocina doméstica, popularizando los fogones noruegos, de donde derivan los métodos modernos para la cocción de los alimentos; la falta de petróleo y de esencia, ha dado lugar al empleo del alcohol industrial, dando de paso a la inquietante perspectiva del alcoholismo, una inesperada resolución.

Por la crisis de las materias textiles ha surgido la industria del papel tela, que nació de los trajes interiores de papel que fueron de tanta utilidad a los soldados contra el húmedo frío de las trincheras: hoy, el 50% de los vestidos que llevan nuestros contemporáneos están fabricados con ese papel tela que tiene todas las cualidades del mejor paño y cuesta más barato.

La escasez de carne fresca ha hecho adoptar la costumbre de las cámaras frigoríficas y ha dado una gran importancia a la industria del frío, casi inexistente antes de la guerra. El inmenso desarrollo adquirido por la aviación militar, sobre todo durante las últimas batallas, nos ha valido, en primer lugar, la organización de un correo aéreo, y después, la rápida creación de grandes compañías de navegación aérea para el transporte de viajeros y de mercancías.

Las necesidades de la guerra que hicieron edificar por todas partes, hace cincuenta años, fábricas de explosivos, al día siguiente de la firma de la paz, se han transformado en fábricas de productos químicos

y de materias colorantes. Las excavadoras, ideadas para horadar mecánicamente las trincheras, han sido el punto de partida los asombrosos «topos eléctricos» que han sido un precioso auxiliar para la perforación del tunel de la Mancha.

La misma relojería ha experimentado la influencia feliz de la guerra. Desde aquella época data, efectivamente, la sustitución de la hora de invierno por la de verano durante los seis meses de buen tiempo, reforma tan saludable, tan higiénica que ha quedado definitivamente en nuestras costumbres, gracias a la creación de relojes de adelanto y retraso automático: adelanto de treinta segundos diarios desde el solsticio de invierno hasta el solsticio de verano y retraso de treinta segundos desde el solsticio de verano al de invierno.

No podemos dar un paso por la Exposición, detenernos en una nave, estudiar una industria, sin que inmediatamente se apodere de nuestro espíritu el recuerdo de la guerra mundial.

### Las máquinas de vapor han sido desterradas.

El palacio de Artes mecánicas ofrece un notable contraste con el aspecto que presentaba la galería de máquinas de la Exposición de 1900, según nos lo recuerdan las fotografías. Las gigantescas máquinas de vapor que parecían entonces la última palabra del progreso, han dejado su puesto a los pequeños motores, tan poco voluminosos, y cuyo funcionamiento sólo se nota en el run-run regular de su rotación. Es total la desaparición de la antigua máquina de vapor de movimiento alterno y los raros ejemplares que quedan de ella, como la del Conservatorio de Artes y Oficios, permiten aún darse una idea de lo que podía ser en otro tiempo la instalación de una fábrica importante, obligada a utilizar máquinas tan grandes.

La evolución experimentada por el motor industrial para llegar al tipo que nos es familiar ha sido muy curioso.

Después de los perfeccionamientos de la triple y cuádruple expansión y del empleo de la máquina de vapor recalentado, la máquina alternadora, en la que el movimiento de vaivén de un pistón en un cilindro rae transformado en movimiento rotatorio, por combinación de bielas y manivelas, dió paso, poco a

poco, a la turbina de vapor, o motor giratorio, en el cual, una serie de discos, portadores de palas, análogos a las de las turbinas hidráulicas, recibía el impulso de un chorro de vapor distendido, animado de velocidades considerables. Después desaparecieron las bielas, las manivelas, los pesados volantes, pero quedó aún la voluminosa caldera, abismo de combustible por cuya causa la mayor parte de la energía resultaba perdida.

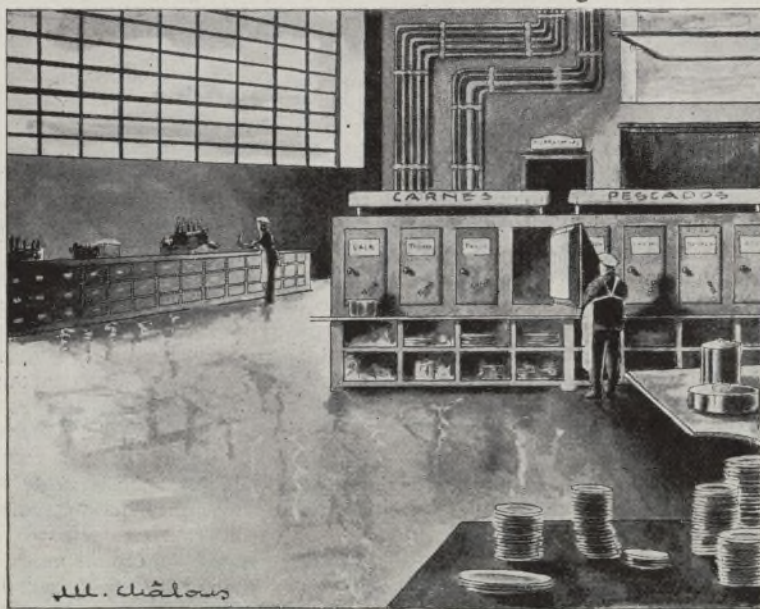
Paralelamente a la máquina de vapor, el motor de explosión, creado para el automóvil y la aviación, evolucionaba por su parte; nuevos sistemas surgieron y pronto fué creado el motor de explosión realmente giratorio, es decir, sin cilindros ni pistones: la turbina de explosión estaba inventada. Se recordará la rapidez con que se perfeccionó y los servicios que prestó a la aviación militar, permitiendo la realización de los aviones gigantes de bombardeos.

### El rey de la industria moderna.

Por la turbina de explosión que alcanzó en poco tiempo, un perfeccionamiento prodigioso se unió la experiencia adquirida con las turbinas de vapor, y funcionando ambos sistemas ha nacido el rey de la industria moderna, el turbo-motor industrial, de gran velocidad y reducido volumen que ha reemplazado ventajosamente a las antiguas y voluminosas máquinas de vapor.

Los órganos sin complicados mecanismos, sus explosiones regulares, la facilidad que tiene de modificar constantemente su velocidad e invertir el sentido de la rotación, hacen del tubo motor el motor ideal para todas las industrias.

El principio del turbo-motor no puede ser más sencillo: consiste simplemente en un árbol flexible en el que están acoplados un número de discos más o menos grande, según la forma que se le quiera dar al motor; unos tubos inclinados hacen desembocar los gases contra la superficie de los discos a los que hace girar con fuerza vertiginosa; todo este mecanismo está sumergido en un baño de aceite para evitar los desgastes y el calentamiento, y un reductor de velocidades, también sumergido en aceite, completa el turbo-motor, que funciona indistintamente con todos los gases: gasolina, benzol, gas de hulla, gas pobre, gas de los altos hornos, alcohol gasificado, que



El empleo de la marmita noruega y de las pilas radio-eléctricas, es de uso corriente en todos los hote'es.

mezclados proporcionalmente con el aire, producen las explosiones que ponen en marcha a estos turbos, de los que en la Exposición hay varios tipos desde uno a 50.000 caballos de fuerza. Estas últimas son máquinas marinas para los grandes trasatlánticos y cuyas dimensiones no exceden de cinco metros de longitud por tres y medio de anchura.

Basta enunciar estas exiguas dimensiones para comprender el enorme interés que presentan estos motores, atendiendo al pequeño sitio que han de ocupar a bordo.

Una de las más grandes dificultades que hubo que vencer en la construcción de estos turbo-motores de gran potencia, reside en los esfuerzos considerables a que están sometidos los discos móviles, por consecuencia de la fuerza centrífuga desarrollada por la vertiginosa velocidad de rotación de que se hallan animados.

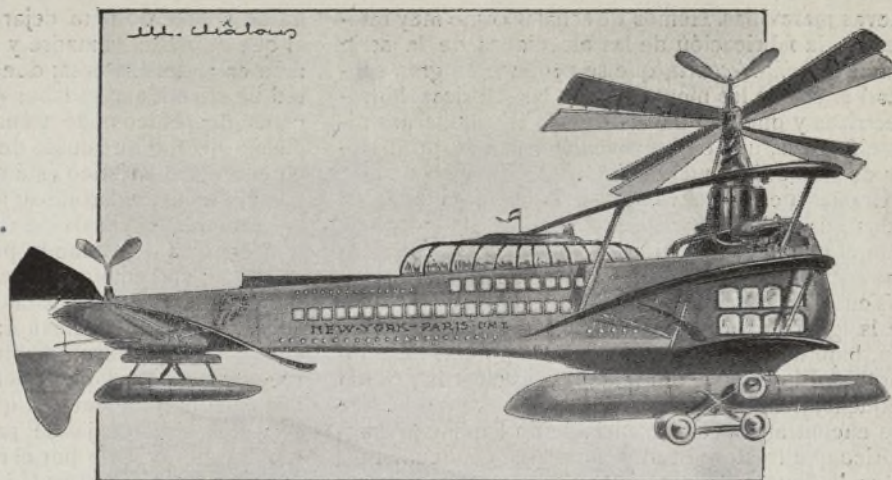
Así se comprende que los progresos de la fabricación de estas máquinas le han seguido paso a paso las de la metalurgia, consiguiéndose obtener aceros cada vez más resistentes hasta encontrar el ferro-aluminio acerado, de que están construido los turbo-motores más potentes.

### El calor y el frío.

Se sabe que este metal, aleación de hierro, aluminio y manganeso, como conserva la ligereza del aluminio: y es susceptible de alcanzar por el temple una tenacidad incomparable, ha tomado en la metalurgia moderna, un puesto preeminente. La Exposición nos muestra, en el palacio de la Metalurgia, cómo la industria ha llegado a producir el nuevo metal en gran cantidad, por el empleo de hornos eléctricos y por la aplicación metódica del frío, apenas vislumbreado antes de la guerra. A estos dos agentes, el calor y el frío, son debidas las unidades extraordinarias del acero de aluminio: el calor intenso que produce el arco eléctrico y el frío prodigioso conseguido por el aire líquido; mas, cosa curiosa, el frío y el calor tienen un mismo origen: la hulla blanca.

La utilización de los grandes saltos de agua de los Alpes y de los Pirineos que la industria ha hecho cursos son los que consiguen la electricidad, que da calor, y el aire líquido que proporciona el frío.

En el hall central del palacio de la Electricidad, al lado de un modelo reducido de una de las numerosas fábricas eléctricas, que emplean como fuerza motriz la hulla blanca, está una estación receptada alimentada con la corriente eléctrica, en la que, a la vista del público, se fabrica en gran cantidad el aire líquido que servirá luego para templar el metal, mientras que en el mismo palacio de la Metalurgia, funcionan los diversos hornos eléctricos de donde



Los grandes transaéreos han substituido con gran ventaja a los trasatlánticos.

salen la colada incandescente del ferro-aluminio.

### La nueva Metalurgia.

Es verdaderamente maravilloso asistir a una operación metalúrgica. Desde luego el espectáculo es menos imponente que el que ofrecía la antigua metalurgia con sus grandiosos altos hornos aun utilizados para producir la fundición que entra como componente del ferro-aluminio; pero en el procedimiento moderno, para obtener la aleación, los hornos eléctricos que se emplean, tienen dimensiones más modestas, no hay tanto aparato; pero poseen la ventaja de que el espectador no pierde ninguna de las fases de la operación.

Vemos al triturador que con sus potentes tenazas, pulveriza y mezcla los minerales en proporciones convenientes; cómo un transportador mecánico lleva la mecha a la boca del horno, que recibe la carga en su interior; un potente resoplido indica el trabajo interior del arco voltaico que salta entre los electrodos y que mantiene la temperatura en el punto preciso en que la transformación se opera, a la vez bajo la influencia del intenso calor del arco y bajo la acción electrolítica de la corriente. En el fondo del horno, por el agujero de la colada sale un continuo chorro de blanco metal incandescente, que parece de plata en cocción, y que es recogido en las lingoteras donde se solidifica.

Pasa el metal, después, a las laminadoras y a las diferentes máquinas que transforman los lingotes en barras, en placas o en la forma necesaria por el objeto a que se destine y por último viene el temple que comunica al metal las cualidades de resistencia, tenacidad y elasticidad.

Previamente recalentadas las piezas y hasta el rojo brillante se los sumerge bruscamente en el baño refrigerante constantemente enfriado por el aire líquido, y el temple se consigue instantáneamente, mientras los chorros de vapor se escapan por todos lados con silbidos agudísimos e impresionantes.

### Las maravillas de la pila radio-eléctrica.

La metalurgia de los metales raros, nos muestra

nuevas maravillas. Hemos de señalar como muy interesante, la fabricación de las aleaciones de la serie llamada *radio-eléctrica*, que se produce en gran cantidad al pie de las montañas, en las fábricas hidroeléctricas y que han dado origen a las modernas pilas eléctricas, una de las invenciones más prodigiosas de este último medio siglo.

Gracias a estas nuevas pilas, la electricidad, con todas sus aplicaciones, se encuentra al alcance de todo el mundo; revolución pacífica cuyas consecuencias sociales y económicas son incalculables.

Todo el mundo sabe que estas pilas, ofrece la guerra Jorge Desporge y Andrés Laroche, cen, bajo un pequeño volumen, una potencia incomparable. El desgaste del metal radio-eléctrico es tan pequeño, tiene la pila una duración tan grande, que nos encontramos en presencia de un fenómeno enigmático que trastorna todos nuestros conocimientos sobre la fuerza y la materia.

¿Estamos como afirman algunos en presencia de una liberación de la energía molecular? ¡Tal vez! Liberación que sería bien pequeña ante las formidables reservas de energía que tienen en sí las moléculas. ¿No sabemos que dos esferas, conteniendo la una un miligramo de hidrógeno y la otra treinta y cinco miligramos de cloro puestas frente a frente atraen con una fuerza igual a cien trillones de toneladas? Estamos, pues, en pleno misterio; pero sea lo que fuere, la pila radio-eléctrica existe y de su increíble potencia somos testigos.

Gracias a ella las instalaciones eléctricas se han convertido en autónomas. Ahora, en cada casa, colocado sobre un mueble en el interior de un armario, hay una batería de pilas que suministra, a la vez, calefacción, luz y fuerza motriz por un precio insignificante.

La *Sociedad industrial de aplicaciones eléctricas*, ha edificado en los jardines de la Exposición una casa de campo, modelo de las que pueblan las regiones reconstituídas y que encierra todas las aplicaciones posibles de la electricidad casera.

Su visita detallada es interesantísima; naturalmente la luz eléctrica está instalada en todas partes; pero las antiguas ampollas de filamento metálico han sido siendo reemplazadas por tubos de luz fría, cuyo consumo no llega a una vigésima parte de watt por bujía. Cada habitación de la casa está calentada por un radiador eléctrico independiente lo que es más práctico que todos los antiguos aparatos de calefacción central. Como consecuencia de esta forma de calefacción ha desaparecido las chimeneas de las casas.

La habitación principal sirve al mismo tiempo de taller familiar, en la que cada servicio está accionado por un motorcito.

Vemos la importancia social de la invención de la pila radio-eléctrica. Ha permitido la vuelta del artesano al hogar doméstico. Así pues, las grandes fábricas de otros tiempos, las grandes manufacturas, destructoras de la familia y, por ende, de la sociedad,

ha desaparecido para dejar paso al taller familiar en el que el padre, la madre y los hijos trabajan su común en su misma casa; donde la madre tiene libertad de abandonar su labor para atender a sus quehaceres domésticos, de trabajar junto a su marido al mismo tiempo que cuida de sus hijos de poca edad; en el taller doméstico está entera la familia agrupada bajo la autoridad de su jefe natural.

Entremos en la sala de al lado: es a la vez comedor y cocina que tiene la particularidad de carecer de fogón; en cambio, sobre un mueble de dimensiones bastante grandes, están alineadas una serie de cajas de diferentes tamaños: son los auto-cocedores eléctricos, ingeniosa combinación de la marmita noruega y del calentador eléctrico. Los alimentos colocados en el recipiente en que deben cocer, son conservados en la caja de paredes caloríferas y cuyo fondo está ocupado por el radiador eléctrico alimentado por las corrientes. No puede producirse ninguna pérdida de calor y los vapores que salen del auto-cocedor por pequeños agujeros, hechos con esta intención, se pierden por debajo del mueble por razón del tiro asegurado con un ventilador. Cuando ha transcurrido el tiempo necesario para la cocción, la que lo cuida, interrumpe la corriente y el plato se conserva caliente hasta la hora de la comida, gracias a las propiedades ya conocidas de la marmita noruega.

Muchos descubrimientos que se creen esencialmente modernos, fueron realizados hace centenares, y aun miles de años, por los sabios de la antigüedad.

Por ejemplo, la electricidad y el vapor, los dos poderosos agentes de cuya conquista nos enorgullecemos los que vivimos en estos tiempos, tanto uno como otro eran ya conocidos y utilizados nada menos que por romanos y etruscos. Plinio describe la muerte de Tullo Hosfilio al hacer uso de fuerzas eléctricas. Los sacerdotes etruscos sabían lo que era electricidad, desde el momento en que la emplearon defendiendo la ciudad de Narnia contra las hordas de Alarico.

Cierto monje alquimista, Pauselenus, no solamente nos habla en sus obras de la aplicación de la química a la fotografía, sino que asegura que los autores jónicos se ocuparon del mismo asunto, mencionando la cámara oscura y otros aparatos de óptica; las *Newmáticas* de Herón de Alejandría, sabio que floreció dos siglos antes del nacimiento de Jesucristo, dicen que la máquina automática que distribuye metálico, es un plagio de cierto curioso aparato debido a Herón. El referido aparato se hallaba colocado a las puertas de los templos, y servía para las purificaciones. Bastaba echar una moneda por la ranura, situada en su parte superior, para que, actuando una bscula existente dentro de la vasija, dejase salir cierta cantidad de agua destinada a las abluciones de los fieles. En los modernos máquinas, movidas por el peso de las monedas, rige el mismo principio que hacía funcionar las antiquísimas *ánforas lustrales*.



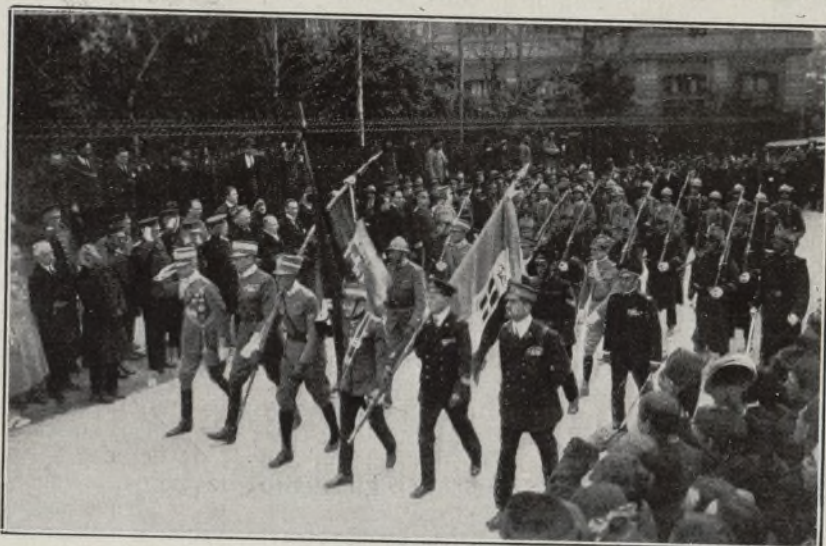
## LOS SOLDADOS ITALIANOS EN MADRID

Por contadas horas han sido nuestros huéspedes los soldados italianos, que marchan a Lisboa para glorificar y rendir el postrer homenaje al soldado portugués héroe anónimo, muerto por su patria en los campos de batalla de la gran guerra.

Ha sido, verdaderamente, para Madrid un acontecimiento la llegada de las fuerzas italianas que, precedidas de dos banderas de su nación y con la escolta de honor de una compañía de nuestro regimiento de Saboya, con bandera y música, han desfilado por las calles madrileñas, atrayéndose la simpatía y causando gran admiración por su marcialidad y gallarda apostura.

Sus uniformes grises y los cascos con que se tocan han evocado, en escalofriante recuerdo, la cruenta lucha que asoló a Europa, que tantas víctimas ha causado y tantos hogares ha deshecho.

Fueron recibidos en la estación por el elemento oficial y por una representación del regimiento de Saboya, del que es Coronel honorario el Rey de Italia, y por esta razón los soldados italianos en su rápido paso por Madrid se han alojado en el cuartel que ocupa aquel Cuerpo.



Las banderas del ejército y la marina italianas con la del regimiento de Saboya desfilando por las calles de Madrid.

Al frente de la expedición viene el Coronel Dina, jefe del 1.º de granaderos de Cerdeña y la forman varios oficiales y suboficiales del Ejército y la Armada, y tres granaderos que escoltan las dos banderas que traen, pertenecientes, una al citado regimiento y la otra a la Marina de Guerra.

En su marcha triunfal por las calles de Madrid, pasaron por delante del Palacio Real, en uno de cuyos balcones presenció el Rey el desfile y llegaron por último al cuartel de Saboya, donde les esperaban el regimiento formado, sin armas, en el patio del cuartel.

Después del acto, siempre emocionante, de guardar las banderas, a los acordes del himno italiano y nuestra marcha real, fueron conducidos los granaderos a su alojamiento, sirviéndoles la comida.

Nuestros infantes fraternizaron con sus compañeros, estableciéndose mutua corriente de afecto y simpatía, que hubiera echado hondas raíces si los italianos hubieran prolongado su estancia algunos días más. Muy grata ha sido para Madrid la rápida visita de estas fuerzas extranjeras.



Los oficiales italianos en la estación del Mediodía rodeados de las autoridades y comisiones que acudieron a darles la bienvenida.

Athos di San Malato y su arma de guerra.



Estamos sentados frente a este hombre en el *hall* de un hotel elegante. Sobre la mesita en que se nos ha servido unos coteles, hay varios periódicos a medio doblar. Todos se ocupan de él... El aspecto aristocrático de este formidable campeón de las armas inspira simpatía y confianza. Su mundana *posse de gentlemen*, que viste irreprochablemente y que en todo momento tiene un detalle de exquisita cortesiano nos da derecho a interpretarla como envanecimiento de sus triunfos de valor y de destreza.

El barón Athos di' San Malato es amigo nuestro desde hace tiempo, y jamás hemos podido observar en él, el más pequeño alarde de sus prestigios. Esta virtud, rara en los hombres que consiguen significarse entre los demás, la hace más atrayente, y debemos subrayar su virtud porque el envanecimiento en hombres políticos, literatos, cómicos, toreros... no para significar provocaciones a los demás ciudadanos; lo que en estos

hombres sí puede tener serias derivaciones en los demás.

Cuando nos hallamos cerca de un hombre ilustre, cuya figura se ha destacado en fuerza de laborar éxitos intelectuales, nuestro ánimo estará más o menos humillado, y si nuestro interlocutor nos tiene alguna impertinencia, apartándonos del desnivel intelectual, podemos zanjarla, en igualdad de condiciones, como hombres... Con colores del poder físico nuestro ánimo, por muy valientes que seamos, tiene siempre temores de suicidio y como esto es una cosa muy seria, y no siempre estamos dispuestos a este estúpido sacrificio, solemos, o rehuir el roce con titanes o no darles nunca motivo de enfado. Este respeto íntimo hacia estos hombres, es también íntima antipatía, premeditado temor de tenernos que decretar nosotros mismos un final violento. Por esto miramos generalmente a estos seres significados, con hostilidad... A San Malato, no.

El barón Athos di' San Malato es un devoto de su arte. Un creyente de su espada cruzada victoriosamente con los aceros campeones de más nombradía universal. Convencido de la orfandad que sufría la esgrima de necesarias innovaciones, ha consagrado su vida toda al amplio estudio de las armas. No han

acabado de teñirse de plata sus rubios cabellos, que acariciará la mano temida del maestro que legó al hijo su escuela, su espada y su nombre, y Athos ha hecho honor a su preciosa herencia... El campeón ha recogido los laureles de todas las luchas... Ahora le resta ganar la suprema. El alto honor de perpetuar su nombre en una espada guerrera, en el arma que empuñe un ejército glorioso.

San Malato nos habla de su gran empresa con un admirable optimismo.

Se trata, pues de la presentación al Gobierno español, con destino a nuestro Ejército, de un arma creada por el invencible maestro. Esta, cuya fotografía ofrecemos al lector, nos la ha mostrado su autor con visible y profunda satisfacción. En vano ha tratado de disimular su orgullo; la ha puesto en nuestras manos como se ofrece una reliquia. Mientras nosotros, *amateurs* no más, la hemos reconocido minuciosamente nos ha explicado: «Se ciñe al lado derecho, lo que permite defender con la mano izquierda, toda acción opuesta a la de desenvainar en un ataque imprevisto. No se saca la hoja por elevación e invirtiendo un tiempo precioso, sino que la vaina se abre como las valvas de un molusco, de golpe, en un tiempo, de arriba abajo, con arreglo a la función anatómica del brazo.

La empuñadura, basándose en los mismos principios de la espada, permite el máximo desarrollo de la fuerza muscular de la mano, y el plano del corte corresponde matemáticamente, al plano de oscilación del antebrazo sobre el brazo, y como en la espada, de la punta del armahasta el hombro sólo hay una recta.

La taza de forma especialísima, muy pequeña, cubre por completo la mano e impide que esta quede nunca desarmada.»

Después, (estamos en la habitación que San Malato ocupa en el hotel) y para que podamos apreciar prácticamente las perfecciones y ventajas de su arma, nos ha hecho que la empuñemos; él ha cogido otra espada vulgar, y nos hemos visto «en guardia» frente al temible vencedor en torneos...

Las características de defensa de este arma son extraordinarias. Nada importa la longitud de su hoja, más corta que las corrientes





tes, pues es la suficiente para «tocar» al adversario sin que él pueda «tocar.» La corta hoja evita el «batar» del contrario, y en un encuentro de cerca, cuerpo a cuerpo, en el que el arma enemiga queda inutilizada por su misma longitud, esta es de acción «imparable» diversa y eficaz.

Hemos cambiado las armas. San Malato empuña su espada. Ved la prestancia del creador ostentando su obra.

—¿Cuándo vino Vd. a España?

—Hace dos años—nos ha respondido—justamente el tiempo que produjo mi arma y que vengo gestionando cerca de los hombres de Estado, su aprobación.

—¿Y Vd. espera una solución favorable?

—¡Oh, sí! Más tarde o temprano el Ejército español ceñirá al cinto un arma de combate. Su Majestad el Rey que es el primer soldado español fué el que me alentó a esta empresa.

—¿Qué opina Vd. de nuestro Monarca?—hemos inquirido estimando interesante el criterio de un extranjero autorizado apreciador del valor de los hombres.

—Alfonso XIII es el prototipo del hidalgo español.

Es un muchacho muy simpático, muy valiente e inteligentísimo. Su simpatía me cautivó en las visitas que he tenido el honor de hacerle. Conozco su

valor, además de las singulares pruebas que ha dado en ocasiones de atentados y accidentes deportivos, por la firmerza que revela su modo de ser.

Los ojos del hombre temido se han distraído en el vacío. En sus pupilas azules como el cielo de su país hemos querido ver retenida la augusta figura de nuestro Monarca, e ingenuamente hemos de confesar que nos sentimos orgullosos de que nuestro Rey sea admirado por los hombres valientes...

—¿Y el elemento militar que opina de su arma?

—La tiene en estudio y con gran cariño. Grandes figuras de la milicia como los generales Berenguer y Fernández Silvestre que conocen mi arma son entusiastas de ella. Tengo muchas esperanzas, muchas, muchas...

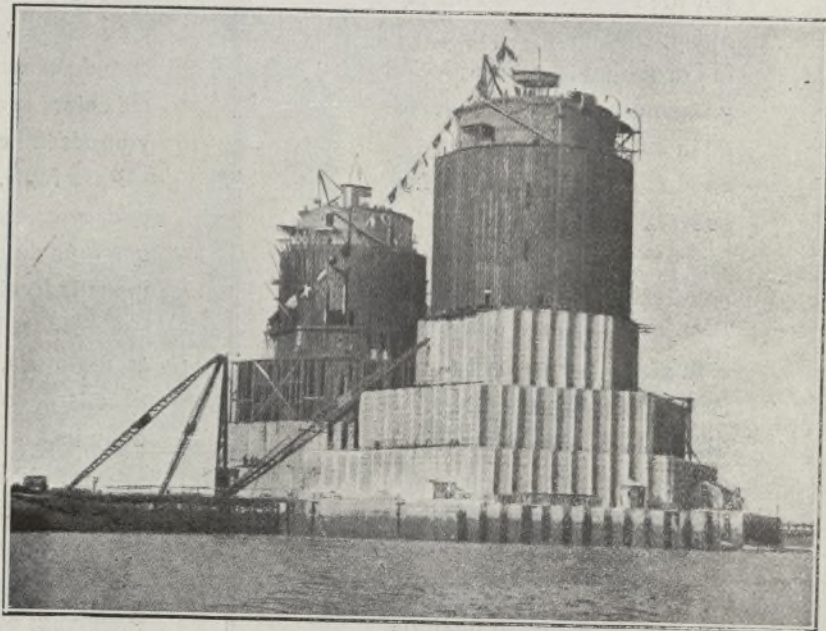
Bien quisiéramos que el noble optimismo del coloso no fracasara esta vez. en un arma en que ha puesto su sabiduría, su fortuna y el afán de su vida toda «puesta cada día ante la punta de una espada rival; que esta lucha última por la suprema gloria de su nombre, hoy ya como un eco que repercute triunfal en todos los ámbitos de Europa y es evocación de épicas victorias, la gane el Campeón en el noble solar de los bravos hidalgos que enaltecieron las armas...

José MELENDEZ NESTARES

## Las Torres de Shoredan

Cuando terminada la guerra parece que se imponía una reducción de armamentos, he aquí que las principales naciones estudian la manera de proveerse de las mejores armas y más formidables defensas. Las torres cuya fotografía ofrece este grabado y que llamaron mucho tiempo la atención de los curiosos en el puerto inglés de Shoredan, son unas defensas móviles de gran valor dotadas de potente artillería, las que pueden establecerse rápidamente en las desembocaduras de los puertos para cerrar con sus fuegos la entrada en ellos.

La base de la torre está formada por compartimentos estancos, que al ser inundados hace que quede la torre sólidamente establecida como fuerte destacado en el mar. Estas defensas construidas para guarnecer con ra-



Torres construidas en Inglaterra para constituir defensas móviles que pueden establecerse en las entradas de los puertos.

pidez un punto importante de la costa que se vea amenazado por el enemigo, pueden prestar grandes servicios a una nación como Inglaterra.

# El Cid en San Pedro de Cardena

ROMANCE ANTIGUO

Fablando estaba en el claustro  
de San Pedro de Cardena  
el buen rey Alfonso al Cid,  
después de misa, una fiesta:  
trataban de las conquistas  
de las mal perdidas tierras  
por pecados de Rodrigo  
que amor disculpa y condena.  
Propuso el buen rey al Cid  
el ir a ganar a Cuenca,  
y Rodrigo mesurado  
le dice de esta manera:

—Nuevo sois, el rey Alfonso,  
nuevo rey sois en la tierra,  
antes que a guerras vayades  
sosegad las vuestras tierras.  
Muchos daños han venido  
por los reyes que se ausentan,  
que apenas han calentado  
la corona en la cabeza:  
y vos no estáis muy seguro  
de la calumnia propuesta  
en la muerte de don Sancho  
sobre Zamora la Vieja,  
que aún hay sangre de Vellido,  
magüer que en fidalgas venas,  
y el que fizo aquel venablo  
si le pagan fará treinta.—

Bermudo en lugar del rey  
dice al Cid:—Si vos aquejan  
el cansancio de la lides  
o el deseo de Jimena,  
idvos a Vivar, Rodrigo,  
y dejadle al rey la empresa,  
que homes tiene tan fidalgos  
que non volverán sin ella.

—¿Quién vos mete, dijo el Cid,  
en el consejo de guerra,

fraile honrado, a vos agora  
la vuesa cogulla puesta?  
Subidvos a la tribuna  
y rogado a Dios que venzan,  
que non venciera Josué  
si Moisés non lo ficiera.

Llevad vos la capa al coro,  
yo el pendón a las fronteras,  
y el rey sosiegue su casa  
antes que busque la ajena,  
que non me farán cobarde  
el mi amor, ni la mi queja,  
que más traigo siempre al lado  
a Tizona, que a Jimena.

—Home soy, dijo Bermudo,  
que antes que entrara en la regla,  
si non vencí reyes moros,  
engendré quien los venciera;  
y agora en vez de cogulla,  
cuando la ocasión se ofrezca,  
me calaré la celada  
y pondré al caballo espuelas.

—Para fugir, dijo el Cid,  
podrá ser, padre, que sea,  
que más de aceite que sangre  
manchado el hábito muestra.

—Callede, le dijo el rey,  
en mal hora, que no en buena  
acordársevos debía  
de la jura y la ballesta.

Cosas tenedes, el Cid,  
que farán hablar las piedras,  
pues por cualquier niñería  
facéis campaña la Iglesia.—

Pasaba el conde de Oñate  
que llevaba la su dueña,  
y el rey por facer mesura  
acompañóla a la puerta.

# Una reputación mal adquirida

CUENTO

Cuando me lo contaron me quedé como quien ve visiones.

Le conocía desde el principio de nuestra carrera. Cadetes de la misma promoción de ingreso, juntos habíamos comido, durante tres años, las famosas migas del famoso pinche Manuel (1) en el Colegio de Toledo; juntos habíamos hecho el semestre de prácticas en un mismo regimiento, y juntos continuamos en éste a nuestro ascenso a oficiales en concepto de supernumerarios, hasta que, por supresión de éstos en los cuerpos, nos destinaron a dos distintos batallones de Cazadores, que estaban en campaña.

Aunque alegre, decididor y bullicioso, como es natural en los jóvenes, había sido refractario a todo lo que fuera aventuras amorosas; tanto que, en vez de Pepe, le solíamos llamar, en broma, el casto José.

Recuerdo que una vez que nos encontramos a los incluseros, a quienes llevaban de paseo fuera de puertas, se puso a mirarlos con lástima y exclamó:

—¡Cuál no será el remordimiento del que, al ver estos infelices niños, pueda tener la más ligera sospecha de si irá entre ellos un hijo suyo!

En otra ocasión, como un calavera de malas entrañas se jactara, cual si fuera un mérito, de haber seducido a una pobre muchacha, se apartó indignado del corro en que aquel miserable hacía gala de su infamia, y llevándose del brazo lejos de allí me dijo:

—¡Pero ese canalla no debe tener hermanas! Con estos antecedentes, ¿cómo no había de admirarme de la reputación de que gozaba entre sus compañeros de batallón? Según todos ellos era un verdadero Tenorio.

—¡Pero si es imposible!—exclamé al oírlo.

—¡Sí! ¡sí!... ¡Fíate del agua mansa!

—Lo que tiene es que es muy reservado—dijo uno.

—A nosotros también nos tenía engañados—añadió otro.

—Hasta que un día tiró el diablo de la manta, y supimos cómo las gastaba el casto José.

—¡Buen peine está!—añadió un tercero—. Ese, cuando llega el caso, se deja la capa también, pero es para tener más libres las manos y el cuerpo.

En esto le vi que doblaba una de las esquinas de la calle en que estábamos. Volvía de alojar su compañía en uno de los barrios del pueblo. Era

la primera vez que nos encontrábamos después de nuestra salida del regimiento, y corrí a abrazarle. Me recibió con los brazos abiertos, y en cuanto dimos expansión a nuestro cariño, más de hermanos que de amigos, me faltó tiempo para decirle:

—¡Pero, chico! ¿Qué es eso? ¡Me han dicho que eres un conquistador de primera fuerza, que estás hecho todo un seductor de oficio!

El se sonrió y me contestó:

—Así se forman las reputaciones. Créeme, soy el mismo de siempre. Ya te contaré a qué debo esa fama que, con razón, te ha causado tanta extrañeza. Espera un momento; voy a dar parte al capitán de que

ya he dejado alojada la compañía; te vendrás a mi alojamiento y comeremos juntos.

Y así fué. Comimos con el apetito que abre una marcha penosa cuando hay salud y el buen humor que dan los pocos años, aumentado aquel día por la alegría de habernos vuelto a ver, después de más de tres años de separación.

Hablamos largamente de la campaña; nos referimos mutuamente lo que en ella nos había sucedido, y me dijo que estaba propuesto para el ascenso a capitán por un hecho distinguido. Recordamos después, con el deleite con que se recuer-



(1) Cocinero que fué muchos años del Colegio de Infantería.

dan esas cosas, nuestras travesuras de cuando éramos cadetes; y, por último, yo, que a duras penas había contenido hasta entonces mi impaciencia, le pregunté:

—¿Y esa historia prometida?

—¡Ah, sí! Tienes razón. Voy a satisfacer tu justificada curiosidad. Pues, verás. Ya sabes que a mi batallón le tocó al principio de la campaña operar en la provincia de..., donde ya, sin reparar boletas, soldados y oficiales íbamos desde luego a nuestros alojamientos de siempre. Era mi patrona una respetable viuda que vivía con una sobrina de un cuñado suyo, huérfana de padre y madre, y a la que trataba como una hija. A esta pobre muchacha no le quedaba más amparo que aquella señora, que era la bondad personificada, sin más defecto que su fanatismo por don Carlos. Su marido había sido ayudante de Zumalacárregui en la otra guerra, y dado su sangre y su fortuna por la causa del Pretendiente, pues había muerto en el sitio de Bilbao, dejando a su viuda y un hijo único que tenía, con su, en otro tiempo, pingüe fortuna muy mermada, pues lo más saneado de ella lo habían devorado los empréstitos de su rey y señor.

La buena señora, en vez de haber escarmentado, al estallar esta guerra, le faltó tiempo para estimular a su hijo a que imitara la conducta de su padre, sacrificando vida y hacienda por la causa de la Religión y del Trono. Y, en efecto, el hijo era oficial en las filas de Carlos Chapa.

Tan convencida estaba mi respetable patrona de que fuera del carlismo no había Religión ni honradez posible, que un día, viéndome los escapularios que me puso al cuello mi madre al ir a la guerra, y teniendo formada una larga idea de mi bondad, no pudo contenerse y exclamó:

—¡Parece mentira que, siendo usted tan religioso y tan bueno, no esté usted con don Carlos!

La sobrina, que era muy buena y bastante guapa, me fué muy simpática. Se llamaba Rosario, como mi pobre hermana, la que se murió, y tenía el mismo carácter angelical de ésta. Con el trato frecuente me fué enamorando de ella, y cuando me di cuenta de lo que me pasaba, me faltó tiempo para esperarle una declaración en toda regla y a boca de jarro.

No se mostró sorprendida, y con mucha monita me dió las calabazas del siglo.

—¡Cuánto siento—me dijo—no haber sabido evitar esto! Es raro que no se lo hayan dicho. Estoy en relaciones con mi primo, y es cosa convenida nuestra boda en cuanto Dios quiera que termine la guerra.

—Pues ya que soy tan desdichado—repliqué—, espero que el paso que he dado no sea causa de que se entibie nuestra amistad.

—De modo alguno. Mi gratitud por haberme distinguido con su pretensión y buena amistad, que bien poco valen, no le faltarán a usted nunca.

No obstante, como sucede siempre en tales casos, en nuestro trato hubo desde entonces alguna tirantez y falta de espontaneidad.

Villariño, mi asistente, un galleguito que es una alhaja, más leal para mí que un perro, que me

respetaba y quiere como si yo fuera un dios, y que, más afortunado que su amo en cuestión de amores, logró conquistar el corazoncito de la fámula de la casa, hubo de enterarse de las calabazas que me habían dado, y, más mortificado en su amor propio que yo en el mío por mi fracaso, tomó desde entonces ojeriza a todos los de la familia, excepto a la dama de sus pensamientos, a quien llegó a convertir a la causa de la libertad, por el procedimiento efficacísimo de los abrazos y pellizcos. Lafia en él un espíritu de venganza que aumentaba de día en día. Un sábado por la noche me dijo con mucho misterio:

—El carcunda está ahí, *señoritu*.

—¿De quién hablas?

—Del *hiju* de la patrona. Ello viene todos los sábados por la noche, se cuele por el *ventanu* del pajar, está hasta la alborada en la cocina, se muda de ropa en su *cuartu* y se va por donde *vinu*. Si usted quiere, *señoritu*, le dábamos un *sustu*.

—¿Por quién me tomas, tunante? Mucho cuidado. Como si nada supieras. Que nadie se entere por si de que ese sujeto entra o sale, pues de lo contrario te rompo una pata y cojeas para toda tu vida.

Al día siguiente salimos de operaciones, y transcurridas unas tres semanas, volvimos al pueblo un sábado por la tarde.

A la columna nuestra se había incorporado el resto de una partida de voluntarios de la libertad, a quien un sanguinario cabecilla había sorprendido y destrozado pocos días antes, fusilando a todos los prisioneros.

Los que se habían salvado de aquella carnicería juraban y perjuraban que habían de vengar a sus compañeros, no dejando con vida a carlista que cayese en sus manos.

Aquella noche me recogí temprano, y en cuanto cené me retiré a mi cuarto para dejar el campo libre a mi dichoso rival, que si no estaba ya dentro de la casa, no estaría muy lejos.

Dormía como un bendito cuando me despertó un creciente rumor de voces destempladas que daban en la calle varios hombres, al mismo tiempo que aporreaban con fuerza la puerta de la casa.

—¡Abrid!—gritaban desafortadamente.

Y acompañaban sus mandatos con groseras palabrotas, enérgicas y soeces interjecciones, y amenazas de muerte, sin que, por más que aguzara el oído, me fuera posible distinguir contra quién las proferían.

El estrépito y vocerío eran cada vez mayores. Golpeaban fuertemente con las culatas de los fusiles la puerta de la calle para descerrararla, y a estos golpes siguieron otros más acompasados y vigorosos, que daban sin duda alguna, con una vara.

Sobresaltado, al mismo tiempo que poseído de gran curiosidad, me incorporé en el lecho y me senté a su borde con las piernas colgando hacia afuera; me puse el capote que estaba en una silla inmediata; cogí el revólver que había dejado al acostarme en la mesilla de noche y le amarillé; me disponía a ponerme en pie para ir a asomar-

me a la ventana, cuando se abrió violentamente una de las puertas de la habitación, y penetraron bruscamente en ella, despavoridas y convulsas, mi patrona y Rosario, que traían cogido de las manos a un simpático y apuesto joven, en quien, aparte de la gran palidez del rostro, no se advertía nada que denotara la impresión que el suceso debía causarle.

—¡Don Pepe de mi alma! ¡Por Dios! ¡Por la virgen Santísima! ¡Por su madre de usted, que Dios bendiga! ¡Salve usted a mi hijo! ¡Quiéren matarlo los voluntarios!—exclamaba mi patrona con la mayor angustia.

—¡Salve usted a mi primo!... ¡Yo se lo pido!... ¡Yo se lo ruego por lo que más quiera usted en el mundo!—decía al mismo tiempo Rosario; y en

Los voluntarios registraban la casa para dar con la víctima que ansiaban, y su contrariedad, al no encontrarla tan pronto como deseaban, se traducían en un *crescendo* de maldiciones y blasfemias

—¿Dónde está ese maldito carcupnda? Hemos de arrancarle los hígados! ¡Voy a beber su *reputaría* sangre! ¡Hay que hacerle rajaditas para enviar sus orejas a Carlos Chapal!...

Estas y otras exclamaciones poco tranquilizadoras vociferaban aquellos furiosos enardecidos por el odio y el ansia de venganza.

Quería yo salvar a mi rival; pero temía por no ser soldados sus perseguidores, que mi carácter de oficial no bastara a contenerlos. En su subordinación y respeto no podía confiar mucho y menos aún en el estado de excitación en que venían.



ill. Chéolous

la entonación que daba a sus palabras, y en las miradas de súplica que me dirigía, parecióme que apelaba a mi confesado cariño para conmovirme.

El joven, sin decir palabra ni hacer el más insignificante ademán, me miraba fijamente, y procuraba sonreírse para darme a entender que no participaba del terror de que se hallaban poseídas su madre y su novia. Hacía, como suele decirse, de tripas corazón; pero yo creo que la procesión andaba por dentro, y la verdad que el caso no era para menos.

En esto se oyó un gran estruendo: era que la puerta de la casa, arrancada de cuajo, caía al suelo. Se oyeron pasos precipitados por la escalera y los pasillos, y el ruido de abrir y cerrar puertas, y de arrastrar muebles de un lado a otro.

De pronto se me ocurrió una idea:  
—Rosario, o usted, señora... A ver... pronto su corsé, su falda, una enagua...

El rubor hizo que desapareciera momentáneamente del rostro de Rosario la palidez mortal que le cubría. No obstante sus años y su angustia de madre, también se ruborizó y vaciló mi patrona.

—No estamos para remilgos, señoras más—exclamé yo impaciente y hasta con grosería.— ¡Venga lo que he pedido!... ¡Pronto!... ¡No hay tiempo que perder!... ¡Ya vienen!... ¡Ya están ahí!...

Y al decir esto en tono enérgico y precipitadamente, me volví de espaldas. El «ya están ahí» fué expresión mágica que se llevó el rubor, tan natural, de Rosario, y el tal vez algo trasnochado

de la vieja. No vi quién se quitó las prendas que había pedido. Creo que el corsé y las enaguas, Rosario; y la falda y un corpiño, su tía. Las echaron sobre la cama, y yo las coloqué en desorden sobre los hierros del respaldo,

—Ahora, ustedes, ¡fuera de aquí! ¡Vamos! ¡Fuera enseguida!... Y usted, señor mío, métase en la cama y arrótese bien, de modo que no se le vea ni el pelo.

El joven se mostró reacio; pero le cogí de un brazo, y casi a la fuerza, hice que me obedeciera, diciéndole:

—No estamos para perder el tiempo. ¿Quiere usted que le maten como a un gorrino?

A Rosario y a su tía les indiqué con la mano la puerta opuesta a aquella por donde habían entrado. Salieron precipitadamente.

A todo esto yo había vuelto a dejar el revólver en la mesilla de noche. Cruzado de brazos, y procurando ocultar con mi cuerpo, de modo que se ocultara, desde luego, mi fingido interés, en que no viesen las ropas de mujer, colocadas en el respaldo de la cama, esperé la entrada de los voluntarios. No fué mucho.

—No queda por registrar más habitación que ésta—oí que decía uno de ellos.

El corazón me latía con violencia, y sentía tras de mí los latidos no menos violentos del de mi rival.

Como locos furiosos entraron en mi habitación ocho o diez voluntarios. Tan frenéticos venían que daba espanto. Al verme se quedaron parados un momento.

Aproveché la impresión que les había causado mi presencia y les increpé con energía:

—¿Con qué permiso han entrado ustedes aquí? ¿Qué es eso de atropellar el alojamiento de un oficial, forzando y derribando las puertas? ¡Fuera de aquí enseguida!

No me obedecieron.

—Mi teniente—dijo uno de ellos que llevaba galones de sargento en las mangas—. Sabemos que en esta casa hay escondido un cabecilla carlista, y queremos empezar en él a vengar a nuestros compañeros asesinados por el cura Santa Cruz.

—Aquí no está. Búsquenlo por otra parte.

—Hemos registrado ya toda la casa.

—Será falsa la denuncia.

—¡Le han visto entrar!...

—¡Pues habrá salido ya!...—contesté yo impaciente y alzando los hombros.

—Si mi teniente me lo permite, veré qué bulto es ese...—dijo uno con maliciosa entonación, e hizo un movimiento para acercarse a la cama.

—¡Insolente!—exclamé, y me abalancé a coger el revólver, dejando con toda intención al descubierto las ropas de mujer.

Apunté con el revólver al atrevido, y grité:

—¡Al que toque al pelo de la ropa siquiera a la persona que ahí está, le levanto la tapa de los sesos!

En seguida advertí que mi estratagema había dado resultado.

Cuando vieron las enaguas y el corsé, una sonrisa de estúpida malicia desarrugó aquellos airados semblantes.

—Usted perdone, mi teniente—dijo con sorna el sargento—. Vámonos, muchachos, dejemos en paz al señor oficial.

—Que usted pase muy buena noche—añadió el que quiso registrar el bulto que había en la cama, recalcando con picaresca expresión las dos últimas palabras.

Y dándome todos las buenas noches con tono burlón, se fueron.

Respiré. Sin embargo, permanecí inmóvil hasta que salieron de la casa y se alejaron de ella. Cuando todo peligro hubo pasado, el hijo de mi patrona se marchó, no sin que Villaríño, mi asistente, reconociese los alrededores de la casa para evitar una emboscada.

Por cierto que antes dirigí una mirada tan expresiva a mi asistente, que éste comprendió mi sospecha y mi enojo, y se apresuró a decirme a media voz:

—No he sido yo, *señoritu*.

—Con tal expresión de verdad lo dijo, que se desvaneció totalmente la sospecha que los sucesos de aquella noche habían despertado en mí. No se en qué términos contarían al día siguiente los voluntarios lo sucedido; el caso es que desde entonces gozo de la fama que tanto te ha sorprendido.

Después de terminar Pepe la narración de tan interesante aventura, guardé silencio algunos momentos, y transcurridos, le pregunté:

—¿Y qué ha sido de Rosario y su novio? ¿Se casarán pronto? Y, por supuesto, ¿te convidarán a su boda?

—Esa boda no puede efectuarse. Al novio de Rosario le mató en San Pedro Abanto la misma granada que a Ollo y Radica.

—¿Y su pobre madre?

—El casco de granada que mató a su hijo la mató a ella también. Aquella mujer que como esposa, en su fanatismo por la causa de D. Carlos se sobrepuso a su dolor al morir su marido, como madre no pudo consolarse de la muerte de su hijo.

—¿Y Rosario? ¿Qué ha sido de ella?

—Quedó sola y desamparada; pero, a Dios gracias, la ha recogido en su casa y la tiene bajo su amparo la mujer más santa que hay en el mundo.

—¿Quién?

—¡Quién ha de ser, hombre!... Mi madre.

—¿Luego...?

—Satisfarás pronto la curiosidad que tienes de conocer a la protagonista de mi historia, y asistirás a su boda, y no así como se quiera, como de padrino. Mi madre será la madrina. ¿Aceptas?

—¡Con toda el alma!—repliqué yo.

Y nos dimos un apretado abrazo.

FRANCISCO MARTÍN ARRUE



UN DESCANSO EN LA INSTRUCCIÓN

Apunte de S. Pumarola.

El Cartero del Campamento

Para los que por tierras de Africa moran aislados en un solitario campamento, lejos de los seres queridos que en la Península quedaron, adquiere el correo importancia excepcional porque los lleva noticias de la familia, de la novia, del amigo; y es noticia, y es distracción, y es entretenimiento, que los hace vivir un momento la vida de sus deudos, que les llena de alegría y de tristeza recordando días pasados cuya repetición ansian.

Nadie lo sabe mejor que los que por allí anduvieron; nadie puede dar fe de ello como los que allí están.

El cartero que llega montado en el mulo con su abultada cartera en bandolera, es recibido con cariño, con ansia, con impaciencia... Y los que tuvieron la suerte de recibir cartase alejan sonrientes rasgando presurosos el sobre para ver el contenido; los que no, miran envidiosos a los afortunados y esperan al día siguiente a ver si los toca a ellos. Y sigue al reparto un momentáneo silencio en que cada cual saborea las líneas que le cuentan cosas de la España lejana.

Leída y releída la carta, es cuidadosamente guardada, y viene el comentario obligado a las noticias: para éste fueron buenas; aquél no quedó muy satisfecho; el otro lamenta algún pequeño disgusto, y todos, como en familia que, al fin, así se vive allí, se cuentan sus cuifas, sus esperanzas, sus dudas, sus temores...

La noche, si es tranquila militarmente hablando, se dedica a la contestación, y nuevamente salen de los bolsillos los queridos papelititos, que vuelven a ser leídos, para responder párrafo por párrafo, palabra por palabra...

Es por esto, el cartero, una figura interesante en los campamentos, personalidad simpática que recibe sonrisas de agradecimiento o miradas de enojo, según los casos, como si de él dependiera

la llegada de la carta, como si él dispusiera de la voluntad de los comunicantes, como si fuera culpable de la omisión de los que no escriben...

En los días de Levante que no llega barco, se recibe con encono la sacramental frase: «No hay correo de España», y como tales días no suelen venir solos, sino que traen acompañamiento de tres o cuatro más de horroroso temporal, ya se sabe la penitencia, y al primer día de calma se sale en peregrinación en busca del cartero, que siempre parece que tarda; y cuando llegan dos cartas, tres, rebosa la alegría y se olvidan los sinsabores pasados ante la realidad presente.

Yo quiero, en estas pobres líneas, grabar mi agradecimiento al laborioso Mohamed Chihah Chuetar, que fué mi cartero durante un año largo.

Aun le veo montado sobre el pequeño mulo en que hace el viaje, siempre sonriente, con su chilaba ceñida por la canana, el fusil cruzado sobre sus rodillas, la *zau-la* repleta, al costado.

Y un día y otro repite su eterno viaje con la puntualidad de una máquina, con la fidelidad de un perro.

Antes de acostarse, con el estómago plétórico de té, recoge las cartas que hemos escrito; duerme después tranquilo has-

ta las cinco, y a esa hora, desafiando el frío, la obscuridad y el peligro de algún *paco* madrugador, cabalga por caminos, sólo de él conocidos, en demanda del ferrocarril que le conduce a la Plaza; deposita las cartas que lleva, recoge las que vienen, hace los encargos que se le ordenan, y con su grato envoltorio y con su estereotipada sonrisa en los labios, monta en el tren, sube en el mulo y llega anochecido al campamento donde le esperamos; y contento, satisfecho de antemano por nuestra satisfacción, entrega las cartas sin confundirse jamás de destinatario. ¿Por qué no se equivoca si no conoce el castellano? ¡He ahí el milagro!





Podrá creerse que la costumbre le hace conocer las cartas de unos y otros; pero ¿es que, por ventura, no recibimos más cartas que de una sola persona? ¿Es que todos los sobres son iguales, y distintos entre sí los de unos y los de otros? Efectivamente, así es para quien sepa leer; pero para él ¿no son todos los sobres unos trozos de papel, blancos, azules, amarillos, donde campean los garrapafitos negros, cuyo significado ignora? Pues bien, pese a este desconocimiento, su espíritu observador, su instinto, su costumbre, lo que sea, no le deja jamás equivocarse.

Pero hay algo más curioso todavía. En aquellos tiempos yo tenía una novia en España a quien escribía con frecuencia; y una noche al dar a Chilah la carta, le dije: «Carta para la mujer». Desde aquel día, tantas veces como entraba a recoger las cartas de todos, me decía enseñando la que yo había escrito: «Para la mujer» y algunos días que recibía dos o tres cartas me daba todas juntas menos una, que me entregaba con su habitual sonrisa, diciéndome: «De la mujer d'Hispania».

Yo le quería a Chilah; le queríamos todos pues-

to que él era nuestro enlace con España; frecuentemente le esperábamos en el parapeto y al vernos, animaba el paso de su mulo para llegar antes. El correspondía a nuestro cariño alegrándose de nuestra alegría, sintiendo nuestra decepción cuando decía sentenciosamente: «Hoy nada carta», y marchaba a confeccionar su liviana cena.

Chilah; no sé si vives aún o ya moras en el Paraíso de Mahoma, donde estoy seguro que encontrarás sitio; de todos modos, vivo o muerto, aquí estampo mi agradecimiento sincero por los buenos ratos que me has proporcionado con tus servicios, mi admiración por tu laboriosidad y constancia, por tu esfuerzo sin tasa para llevarnos el correo diariamente.

Si estas líneas llegan a tus oídos, que no a tus ojos, ciegos para la lectura, si alguien te relata lo que aquí va escrito, cosa no difícil, tendrás gran satisfacción en que supieras que te recuerdo con gusto, que no soy ingrato, y que para mí, conserva gran afecto aquel oficial a quien llevabas las cartas «de la mujer d'Hispania»...

EL CAPITÁN CRISPÍN.

## frases y frasecillas

**Parva propria, magna:  
- Magna aliena, parva. -**

Fray Lope Félix de Vega y Carpio, alias el *Fénix de los ingenios*, además de genio era genial, y una de sus genialidades está precisamente en el pareado o dístico latino que todos ustedes o casi todos conocen, aunque solo sea de oídas.

El tal Lope—y le llamamos familiarmente porque, aunque nos esté mal el decirlo, era del *oficio*—consiguó con su péñola, que según es fama fabricaba comedias al vapor, ganar lo suficiente para tener casa propia, y si no lo ganó sería rico por su casa. Ello es que tenía casa.

La tal casa—pequeña y modesta—estaba situada en la calle de los Francos (hoy calle de Cervantes) número 15, en la cual calle hemos tenido el gusto de vivir cuando ¡ay! éramos jóvenes... ¡Oh, qué tiempos aquellos en que la juventud nos cosquilleaba y la vida nos sonreía y aún nos reía a carcajadas!

Pero no divaguemos. El *Fénix*, para darse pisto y de paso, para demostrar en todas las ocasiones el ingenio que le rebosaba hasta por los dedos meñiques de los pies, hizo poner en su propia casita la siguiente inscripción:

**Parva propria, magna:  
- Magna aliena, parva. -**

O lo que es lo mismo: la casa propia, aunque sea chica, por ser propia es grande, y la casa ajena, aunque sea grande, por no ser propia es pequeña.

Pensemos en la filosofía encerrada en esas líneas, meditemos, saboreemos la verdad que en ellas está encerrada, y recordando a su autor, digamos salvando todos los respetos como único y conciso comentario:

—¡Vaya un tío!

«*Lasciate ogni speranza*».

No queremos ¡voto a Júpiter! hacerles a ustedes la ofensa de suponer que no han leído *La Divina Comedia*. Si no la han leído ustedes, precisamente, la habrá leído alguien de su familia, y para el caso es lo mismo.

Pero resulta además que para tratar de la frasecilla—italiana por cierto—que nos está ocupando, no hace ni maldita la falta haber leído el inmortal poema. Con saber que Dante Alighieri nació en Florencia, en 1260, que fué apasionado amante de Beatriz, que esta se murió dejando a su novio sumido en el mayor de los dolores, que fué—el poeta—más desgraciado que un piano de manubrio y que murió en Rávena en 1321, estamos al cabo de la calle. Con estos antecedentes no nos extraña que a la puerta del infierno *pinte* este terrible lema: «*Lasciate ogni speranza*» lo cual vertido o volcado al castellano quiere decir: «*Perded toda esperanza*».

A un hombre como el poeta florentino, amargado, angustiado y más pesimista que un sauce llorón, es natural que se le ocurra *poner* semejante letrerito a la puerta del Averno como si fuera el rótulo de una tienda.

Un cuarto de hora antes...

Que Triboulet, el famoso bufón de Francisco I de Francia fué un completo personaje está fuera de *cacho*, y la prueba de ello es que Dumas le ha llevado a la novela y hasta inspiró a Victor Hugo primero y a Verdi después. Y no sólo fué célebre, sino que en *lo moral* podía ponerse al habla con su amo y señor. Triboulet decía una cosa y como se trataba de un bufón, no se le podía tomar en serio. Igualito, pues, que su monarca. A pesar de que este dijo aquello tan célebre de «Todo se ha perdido menos el honor», esto fué precisamente lo que perdió, pues como todos ustedes saben, al salir de la torre de los Lujanes, se ciscó en su palabra y ¡vamos andando!

Pues bien, sin duda porque ambos allá se andaban en lo tocante a dignidad, se querían entrañablemente y el rey don Paco era capaz de dejarse cortar la oreja izquierda con tal de que su Triboulet de su alma no sufriera el menor daño.

Cierto día, un gran señor de la Corte a quien Triboulet había gastado una broma de salón, se encaró con el bufón y le dijo que se anduviese con ojo porque estaba dispuesto a matarle del todo si volvía a las andadas. El ridículo bufón se apresuró a ir al rey con el cuento, y Francisquito enfurecido le dijo:

—No te apures, tonto. Si hubiese en mi Corte quien tuviera la osadía de matarte, un cuarto de hora después estaría decapitado.

—¡Ah, señor!—contestó Triboulet haciendo pucheros—¿No sería mejor un cuarto de hora antes?

Acabáis de librar uu alma del purgatorio.

El conde de Villamediana, gallardísimo galanteador y poeta que había de tener un fin la mar de trágico—fué asesinado—tuvo en cierta ocasión un golpe en extremo gracioso, golpe que ha servido para que un autor anónimo haya aderezado un cuentecillo que ha figurado hasta en los almanaques. La cosa ocurrió un día entre el conde y un fraile, estando ambos en la Basílica de Atocha, de Madrid.

El fraile pedía para las ánimas y como el conde le hubiera hecho donación de un ducado, dijo el fraile:

—Acabáis de librar un alma del purgatorio.

—¿Sí?—dijo Villamediana.—Pues a fe que no ha de ser esa sola.

Y le entregó otro ducado, y el fraile al recibirlo dijo beatíficamente:

—Ya salió otra.

Y vuelta a meter mano en el bolsillo, y vuelta a entregar otro ducado, y vuelta a salir otra ánima. Pero cuando según la cuenta habrían salido ya media docena de ellas preguntó Villamediana con voz campanuda.

—¿Me aseguráis, padre, que ya han salido seis ánimas del purgatorio?

—Os lo aseguro.

—¿Y dónde están ahora las tales almas?

—En el cielo, señor.

—Pues entonces, vengan acá mis ducados, que estando ellas en el cielo tan ricamente no hay que temer que vuelvan luego al purgatorio.

Y recogiendo las *perras* que había dado se alejó dejando al fraile con un palmo de narices... ¡y mentándole la familia, seguramente!

¡Buena cuenta daremos a Dios de nuestro gobierno!

Como esposo, como padre, como hijo y como cristiano fué nuestro monarca Felipe III un verdadero modelo, así como suena, tanto que mereció el sobrenombre de *Piadoso*.

Pero ¡ay! como rey fué una especie de alpargata valenciana, y nos quedamos una barbaridad de cortos. Dejó gobernar a sus favoritos, y como no se cuidó para nada del gobierno de sus estados, así salió ello. El magno imperio que heredara de su papá y antecesor Felipe II, empezó *gracias* a él a desmoronarse como inmenso caserón cuarteado por un terremoto. Resulta, pues, que además de merecer el sobrenombre de *Piadoso* debió llamarse el *Calamitoso* y hubiera ido bien servido.

No tiene nada de extraño que un hombre tan cristiano como él lo era, al llegar al trance de la muerte exclamara, dirigiéndose a uno de sus ministros:

—¡Buena cuenta daremos a Dios de nuestro gobierno!

Seguramente que esa frase le absolvería de todas sus faltas. Comprendió lo pésimamente que había gobernado, lo desastrosamente que se había portado como rey, se arrepintió de todo... ¡y ahí quedó eso!

Pero no se arrepintió de lo peor que hizo... ¡Qué!... ¿No saben estedes lo peor que hizo?

Pues lo peor que hizo fué un Felipe IV, ni más ni menos, ni menos ni más.

En Calatañazor, Almanzor perdió el tambor.

Después de la soberana paliza que se ganaron los moros en la batalla de Calatañazor, ocurrió un caso extraño que aunque la historia lo ha trasmitido, lo ha hecho sin la correspondiente puntuación, esto es, sin poner los puntos sobre las *ies*, o hablando más claro, sin descubrir el misterio.

Por aquel entonces sucedió que en las orillas del Guadalquivir solía pasearse un prójimo desconocido y vestido de pastor, el cual prójimo y a voz en grito, unas veces en latín y en árabe otras, exclamaba:

—En Calatañazor, Almanzor perdió el tambor.

Como esos gritos llegaron a intrigar a las gentes, hubo más de dos y más de tres que se aproximaron al pastor presunto para que explicase quien era y por qué gritaba de ese modo. Pues bien, cuantas veces trataron de hablarle, éste llorando y repitiendo su muletilla, salía de naja, como vulgarmente se dice.

En resumen, que la frase ha quedado sin borrarse a través del tiempo, y que nadie sabe quien fué su autor, aunque hay un historiador que dice: «Creemos que aquel hombre era el diablo en persona que gritaba y se desesperaba por la gran catástrofe que habían sufrido los moros».

Nosotros, salvando los respetos, no creemos que fuese el diablo. Y no lo creemos porque nos consta que el diablo no es poeta ni lo ha sido en su perra vida.

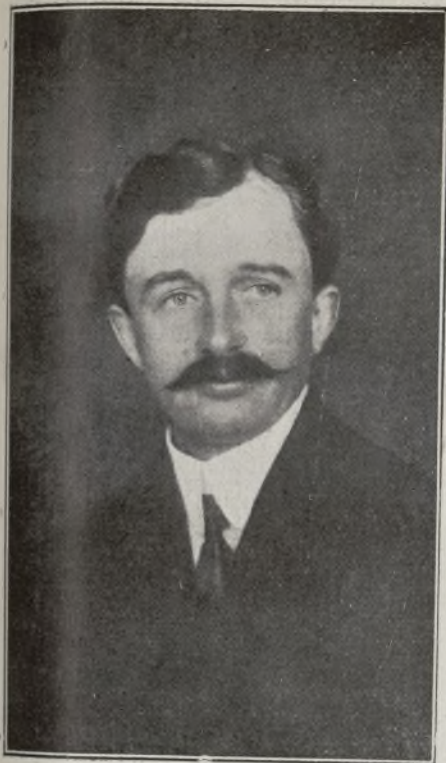
Calatañazor... Almanzor... tambor... Eso es un pareado. Malo, sí, pero es un pareado al fin.

Y el diablo no es capaz de hacer ni un mal pareado... ¡qué diablo!

Por la recopilación,

ANTÓN TRIJUEQUE.

## LA AVENTURA DEL REY CARLOS



El ex-emperador Carlos que ha intentado recuperar su trono de Hungría.

Carlos de Habsburgo, añorando la época que ciñó a sus sienes la doble corona austro-húngara, se ha lanzado a la peligrosa aventura de recobrar el trono de los magyares.

Indiscutiblemente sus razones habrán tenido. Desde luego, Hun-

gría siente aún y conserva latente sus ideales monárquicos y lo prueba que al destronamiento del rey Carlos, no siguió, como en otras naciones, el advenimiento de una república, sino que, conservando el mismo régimen, sustituyó el rey con un regente.

Estos sedimentos monárquicos han debido decidir al ex-emperador y ex-rey a intentar sentarse en el trono de Hungría, creyendo que su presencia en Budapest, haría despertar los sentimientos monárquicos de los que fueron sus súbditos, que le aclamarían como su único rey y señor; pero no contó Carlos de Habsburgo, que su hazaña les iba a sentar muy mal a las grandes potencias y a las pequeñas que han surgido de la desmembración de Austria, y todas a una han puesto el veto a la gallardía del ex-rey, obligándole a regresar a su exilio; pero mal que les pese no han podido evitar que Carlos de Habsburgo haya reinado unos días de hecho aunque no de derecho.

Desde su caída vivía el ex-emperador, con su esposa e hijos, bien modestamente para su rango, en Prangins, cerca de Lausanne, ageno, al parecer, a los pleitos mundiales, cuando algunos días antes de la Semana Santa abandonó su retiro secretamente, y, disfrazado, atravesó la frontera austriaca, llegando hasta Viena, sin ser molestado ni reconocido, de donde continuó su viaje, internándose en la Hungría occidental y alojándose en un castillo propiedad del conde de Erdoedy, situado en Steinamanger.

El domingo de Pascua se presentó al general

Lehar, comandante de la división que guarnece la Hungría occidental, invitándole a que le prestase su concurso y ayuda, a lo que rehusó el general, alegando su juramento de fidelidad al regente, almirante Horthy.

El presidente del Consejo, conde de Teleky, al tener noticia del viaje del ex-rey, fué a Steinamanger y se entrevistó con su antiguo Soberano, para disuadirle de proseguir su atrevida empresa, no logrando convencer a Carlos de Habsburgo, que acompañado de dos de los suyos, se presentó en Budapest al medio día.

La primera visita que hizo el ex-rey fué al almirante Horthy, al cual ordenó le entregara el poder. El regente aseguró al Soberano que la Constitución se oponía a este cambio de régimen y que debería tener en cuenta las dificultades políticas de orden interior y exterior que surgirían y exhortó al ex-rey a que regresase nuevamente a Suiza.

Retornó, efectivamente, acompañado del presidente del Consejo, pero al llegar a Steinamanger se negó a continuar el viaje, por encontrarse enfermo.

Durante dos días el gobierno húngaro guardó el secreto de esta aventura, que tampoco pudo ser conocida del pueblo porque el domingo y lunes de Pas-

cua no se publican periódicos en Budapest; más como un secreto guardado por muchos deja de ser tal secreto, la noticia llegó a los representantes de las naciones aliadas, que inmediatamente se reunieron para deliberar sobre lo ocurrido y el decano de aquellos visitó al almirante Horthy, al que manifestó se oponía a la restauración proyectada.



El Almirante Horthy regente de Hungría.

## El Cid Rodrigo Díaz de Vivar

### La leyenda del Cid.

Dentro de breves días, quizá cuando este número haya visto la luz, se habrá verificado con gran pompa el traslado de los restos del Cid, desde el Ayuntamiento de Burgos, donde han estado guardados durante largo tiempo, a la catedral.

Todo el mundo, grandes y chicos, sabe quien fué Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador. Quien más, quien menos, conoce algo de la vida de este celeberrimo guerrero de la Edad Media que tuvo en jaque, en su vida aventurera, a moros y cristianos.

Los más famosos historiadores han tratado de recopilar todo lo que se refiere al Cid, luchando con las escasas fuentes de información que de aquella remota época se conserva, y aunque la existencia del famoso héroe español ha sido negada por algunos historiadores, que lo han considerado como una fantasía, como una quimera, más que un ser real, es lo cierto que la apreciación de aquéllos ha sido destruída y hoy nadie duda de la tangibilidad de Rodrigo Díaz.

Esta negación tiene su lógica fundada, porque la historia de España en el primer período de su formación no tenía otra fuente que la Poesía popular, depositaria fiel y constante de las tradiciones nacionales.

El monumento más antiguo de la Poesía castellana lleva el nombre del Cid; los poetas de todos los tiempos y de todo el mundo le han cantado, y más de ciento cincuenta romances celebran sus amores y sus victoriosos combates.

Es evidente, que en todos estos romances hay errores y omisiones, hijos, muchos de ellos, de la inagotable fantasía popular que rodeó al héroe de una aureola donde se mezclaba, tan íntima-

mente, que a veces no ha podido distinguirse, lo real de lo falso; pero una casualidad feliz hizo que se encontrara un manuscrito árabe, cuyo autor, Ibn-Bassân, escribió diez años después de la muerte del Cid, y en el que le dedica un largo pasaje, siendo, por tanto, este incunabulo el relato más antiguo y verídico que se conoce acerca de la existencia del Cid.

Nació Rodrigo Díaz de Vivar, en Vivar a mediados del siglo XI, y de ahí el que se apellidara Vivar: su sobrenombre de

Cid Campeador, es debido a que Cid, en árabe, significa señor; y Campeador, por la antigua costumbre, tomada por los españoles de los musulmanes, de salir los caballeros de las filas de los ejércitos para retar a alguno de los enemigos a singular combate.

No es posible relatar en pocas líneas cuanto se achaca al Cid; pero sí señalaremos algunos de los hechos culminantes de este guerrero, único en aquella época.

### Las hazañas del Cid.

Sin duda la hazaña más vulgarizada de Rodrigo Díaz es la que se conoce por «La jura de Santa Gadea».

Asesinado murió el Rey de Castilla, D. Sancho, y los nobles castellanos, reunidos en Burgos, acordaron reconocer por Rey a D. Alfonso, hermano de aquél, siempre que jurase no haber tenido parte en la muerte de Don Sancho.

Don Alfonso, que estaba recluso en un convento, partió para Burgos con objeto de prestar y recibir el juramento de los castellanos, conviniéndose que la ceremonia se verificase en el templo de Santa Gadea. Llegado el solemne instante, no había noble que se atreviese a interpe-

lar al hermano de D. Sancho; por fin, uno alzó la



Capilla románica de Zamora donde es fama que fué armado caballero el Cid Rodrigo Díaz de Vivar.

voz y dijo: «¿Juráis, Alfonso, no haber tenido participación ni aun remota en la muerte de vuestro hermano Sancho, Rey de Castilla?» «Lo juro», contestó D. Alfonso.

El único que vió tomar juramento a D. Alfonso fué Rodrigo Dfaz de Vivar. Proclamado Rey de Castilla D. Alfonso, le tomó tal ojeriza al Cid, que lo desterró del reino, dedicándose, desde entonces, a combatir a los moros y a los cristianos, bien por su cuenta, ya aliado con unos u otros.

Desde su mocedad demostró un singular arrojo. Cuéntase que su padre recibió una grave afrenta del Conde de Gormaz, que le sumió en una postración tan grande, que ni comía ni bebía ni descansaba. Enterado Rodrigo, desafió al Conde, le cortó la cabeza, y, colgándola del arzón de su montura, se la presentó a su padre.

La hija del Conde de Gormaz se enamoró de tal manera del asesino de su padre, que se presentó en la corte de León, y arrodillándose ante el Rey, le pidió por esposo a Rodrigo, poniendo al Monarca en la alternativa de acceder a la petición o de dar muerte al Cid. Verificóse la boda, y Jimena pasó a la casa de su esposo, que hizo voto de no *conocerla* hasta que hubiese ganado cinco batallas campales. Empezó sus correrías por las tierras comarcas, propiedad de los árabes, y pronto hizo cautivos a cinco reyes mahometanos.

Se refieren muchas proezas y hechos maravillosos y sobrenaturales ejecutados por Rodrigo Dfaz de Vivar en los reinados de Fernando I y Sancho II; pero el elemento novelesco se muestra más fecundo en la época que el Cid fué desterrado por Alfonso VI. Entonces, sin duda, dijo de su barba las célebres palabras: «Por causa del rey D. Alfonso, que me ha desterrado de su reino, no tocarán tijeras a estos pelos, ni de ellos caerá uno solo, y de esto tendrán que hablar infieles y cristianos.»

Se cuenta que caminaba Rodrigo en peregrinación hacia Santiago de Compostela, cuando cerca de un vado encontró a un leproso que, metido en un barranco, rogaba a los caminantes que le sacaran por caridad. Los caballeros que acompañaban al Cid huyeron temerosos del contagio. Sólo éste tuvo compasión, le tomó de la mano, lo envolvió en su capa, le colocó en su mula y le

condujo al sitio donde debía dormir. No contento con lo hecho, por la noche le sentó a su lado, le obligó a comer en la misma escudilla y hasta durmieron juntos, envueltos en la misma capa.

Dormía el héroe castellano, ya mediada la noche, cuando le despertó un fuerte soplo que sintió a su espalda, y fué grande su sorpresa al notar que el leproso había desaparecido. Le llamó, le buscó, y no encontrándole, se volvió al lecho, dejando la luz encendida, cuando se le apareció un hombre vestido de blanco, que entabló con él este diálogo:

— ¿Duermes, Rodrigo?

— No duermo; pero ¿quién eres tú que tanta claridad y tan suave olor difundes?

— Soy San Lázaro. Y has de saber que el le-

proso a quien has hecho tanto bien y tanta honra por amor de Dios, era yo; y en recompensa de ello es la voluntad de Dios que cada vez que sientas un soplo como el que has sentido esta noche, sea señal de que llevarás a feliz término las cosas que emprendas. Tu fama crecerá de día en día; serás invencible, temido de musulmanes y cristianos, y cuando mueras morirás con honra.

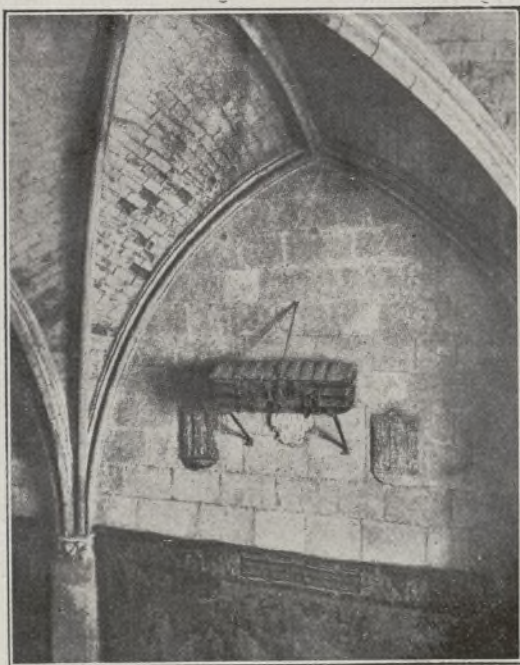
#### La muerte del Cid.

También la leyenda dice que reposaba el Cid en su lecho cuando se le apareció San Pedro, y dijo que le quedaban treinta días de vida, que sus gentes vencerían al rey Bucar, que sitiaba a Valencia con numerosísimo ejército que el propio Campeador, después de muerto, aseguraría el triunfo de los suyos en aquella batalla, y que Santiago ayudaría a los cristianos en el combate.

La profecía se cumplió: el Cid murió en la fecha anunciada, y a los tres días Bucar y otros treinta y seis reyes moros pusieron sus quince mil tiendas delante de las puertas de Valencia.

A los doce días de sitio salieron los cristianos de la ciudad y, a su frente, el cadáver embalsamado del Cid, montado en el fiel *Babieca*, sujeto por una máquina de madera. Como se mantenía erguido y llevaba los ojos abiertos, peinada la barba, escudo y yelmo de pergamino pintado, que parecía de hierro, y en la mano su *Tizona*, parecía que estaba vivo. Fué tal el pánico que su vista produjo en los musulmanes, que huyeron despavoridos, quedando el campo por los cristianos, que hicieron una terrible matanza.

En San Pedro de Cardeña colocaron el cadá-



Cofre antiguo en la Catedral de Burgos, que según la tradición perteneció al Cid y fué entregado por él a los judíos de la ciudad como garantía de un préstamo que les tomó para armar su gente.

ver del Cid, a la derecha del altar, sentado en una silla de marfil, con una mano descansando sobre su *Tizona*. Cierta día entró en la iglesia del monasterio un judío, para ver el cuerpo del Campeador, y, como se encontrase solo, quiso mesar la barba de aquel hombre que en vida se preci6 de que nadie la habfa tocado. Alarg6 el judfo su brazo; pero al momento envi6 Dios su espfritu al Cid, que asid con la mano derecha el pomo de su *Tizona* y la sac6 una cuarta de la vaina. Cay6 al suelo el judfo, dando espantosos gritos, que fueron oidos por el abad, cuando en la puerta de la iglesia predicaba a la multitud, y entrando en el templo fraile y feligreses vieron al judfo ex6nime en el suelo, que cont6 el milagro cuando recobr6 el sentido.

Asf seguirfamos este tema inagotable, pues la historia romancesca del Cid es copiosfsima hasta el extremo que hizo olvidar la suya verdadera, habiendo costado no poco trabajo separar una de otra, pudiendo asegurarse que a6n no est6 bien determinada la lnea divisoria.

### El Cid encarna el espfritu de la 6poca.

Preciso es, sin embargo, conocer las dos para comprender la representaci6n del Cid en la historia patria. Los hechos de Rodrigo Dfaz, que est6n bien conocidos, bastan para se6alar que el Cid era la encarnaci6n del espfritu de su 6poca; guerrero y fan6tico; generoso unas veces, cruel en no pocas ocasiones; fiel vasallo siempre y temible enemigo del Rey.

Sus condiciones personales eran las de un gran militar y un consumado polftico, a la vez que las de un fervoroso cat6lico, y aunque algunas veces estuvo aliado con los mahometanos y luch6 contra los cristianos, srfvele de disculpa el que aquellos cristianos, contra los que luchaba, apoyaban tambi6n a otros infieles para combatirlos.

Su mayor prueba de fidelidad la di6, cuando desterrado, se apoder6 de Valencia, y, no obstante, la puso bajo la autoridad de Alfonso VI.

El ilustre novelista Manuel Fern6ndez y Gonz6lez lo retrat6 en una famosa redondilla, que dice:

Por necesidad batallo,  
y una vez puesto en la silla,  
se va ensanchando Castilla  
delante de mi caballo.

Muri6 el Cid en Valencia el a6o 1099, quedando due6a de esta ciudad su esposa D.<sup>a</sup> Jimena, hasta que puesta sitio por los almoravides, a los siete meses del cerco decidi6 abandonarla, despu6s de

haberla entregado a las llamas. Todo dispuesto, march6 el ej6rcito del Cid, llevando D.<sup>a</sup> Jimena el cad6ver de su esposo para depositarlo en el Monasterio de Carde6a, conforme a la voluntad de Rodrigo, donde permaneci6 sepultado, en uni6n de su esposa, que falleci6 en el a6o 1104, hasta que Alfonso el Sabio mand6 construir un sepulcro nuevo formado de dos grandes piedras, y mand6 colocarlo al lado izquierdo del altar mayor. En 1447, recorridos los cimientos de la iglesia de Carde6a, se pusieron en la nueva frente a la sacristfa, en otro sepulcro que sostenfan cuatro leones; varios cambios m6s tuvo el cuerpo del Cid, que si mucho se movi6 en vida, m6s lo zarandearon despu6s de muerto, hasta que fu6 trasladado a Burgos, en cuyo Ayuntamiento ha quedado guardado en monumental arc6n hasta el momento actual, que su cuerpo recibir6 la definitiva quietud que ha menester huesos tan sagrados.

### El Museo del Cid.

Bastantes son las reliquias que se conservan del Cid, que deberfan reunirse en Burgos y formar con ellas un museo curiosfsimo. El n6cleo de este museo podrfan constituirlo, entre otras cosas del Cid o contempor6neas del Cid, las dos espadas del guerrero, una de ellas la famosa *Tizona*, que fu6 propiedad de los Marqueses de Falces, y otra no menos c6ebre conocida por la *Colada* o *Celada*, que en uni6n de la silla del caballo *Babioca*, se conserva en la Real Armerfa.

Tambi6n deberfa figurar el tradicional *Cristo de las Batallas*, con el que arengaba el Cid a sus tropas antes de entrar en combate; otro crucifijo m6s peque6o, que llevaba siempre puesto Rodrigo sobre la cota de malla, y los sepulcros a que antes aludimos, dedicados por Alfonso el Sabio, aunque mutilados por las tropas francesas, constituyen una excelente obra escult6rica.

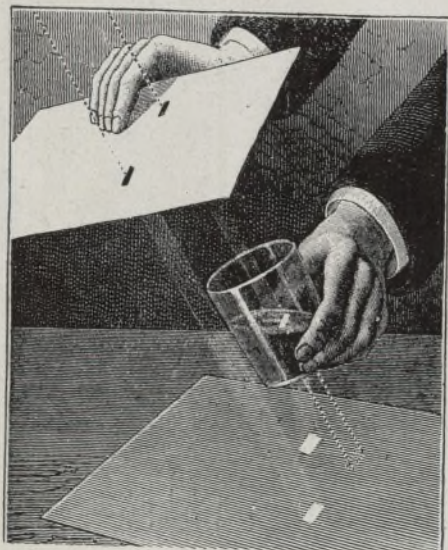
Asfmismo deberfa llevarse al museo la abundante documentaci6n referente al Cid, la carta de arras de D. Rodrigo a D.<sup>a</sup> Jimena, la historia *Gestas Ruderici Campidocti*, la *Cr6nica general* de Alfonso el Sabio, y tantas pruebas demostrativas de la discutida existencia del Cid, que est6n dispersas en archivos y colecciones particulares, y este museo no s6lo perpetuarfa las viejas glorias castellanas, sino que serfa el soplo vivificador que alentarfa a aquellos encargados de hacer una Espa6a grande, cuando flaquearan en sus convicciones, recordando el acendrado patriotismo, la caballerosidad sin tacha y la s6lida fe del esforzado paladfn castellano.





Reanudamos la publicación de esta sección dando dos entretenimientos científicos para recreo de nuestros pequeños lectores.

El primero consiste en llenar un vaso con agua hasta su tercera parte y mantenido en posición



inclinada, constituye un prisma que permite observar la retracción y dispersión de la luz.

Si se opera a la luz del sol, se coloca el vaso en plena luz sobre un papel blanco, se le inclina de modo que su eje resulte paralelo a los rayos solares, y se le cubre luego con un cartón provisto de un agujero estrecho que dibuja en el papel una imagen muy clara. Moviendo ese cartón de modo que el agujero se proyecte sobre el líquido, desaparece la imagen, pero más cerca del vaso se ve otra colorada, que es el espectro solar con todos sus colores muy visibles: ha habido, pues, desviación y dispersión de los rayos luminosos.

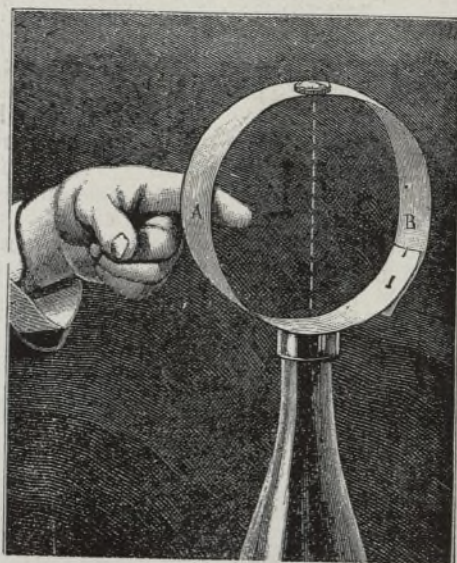
Para comparar mejor la posición de las dos imágenes se practica en el cartón otro agujero, en el mismo nivel que el primero que proyectándose fuera del vaso produce una imagen que sirve de punto de comparación.

Si se dispone de una cámara oscura en donde penetre un haz de luz solar, el experimento, que

se hará de la misma manera, dejará ver, además, gracias a la iluminación de las partículas en suspensión en el aire y en el agua, los dos haces incidente y refractado, pudiendo distinguirse claramente el cambio de dirección que se produce al penetrar el haz luminoso en el líquido y la coloración espectral del haz refractado.

El otro experimento, también de física recreativa, se refiere a la inercia.

Se arrolla una tira de cartón formando un aro que se cerrará con un alfiler y que deberá tener de 10 a 15 centímetros de diámetro, y colóquese en equilibrio sobre el cuello de una botella, poniendo sobre él y en la vertical que pasa por el centro del cuello una moneda de dos reales. El experimento que se trata de realizar consiste en quitar, dándole un golpe con un dedo, el aro, de modo que la moneda caiga dentro de la botella, lo que se efectuará infaliblemente si se da el golpe en la parte interna A del aro de la manera



que indica nuestro grabado. En cambio, si se da el golpe por la parte exterior B la elasticidad del sistema hará totalmente imposible el logro de este resultado, pues la moneda arrastrada por el disco irá a caer siempre fuera de la botella.

## LA VIDA Y LA FOTOGRAFÍA

-----  
Acontecimientos --:-- No-  
vedades --:-- Sucesos --:--  
--:-- Notas de interés --:--

# MISCELANEA

--:-- MENSUAL --:--

Rogamos a nuestros  
compañeros de provin-  
cias nos remitan las  
notas salientes en su  
localidad para publicar-  
--:-- las en esta sección --:--



La ex-emperatriz de Alemania, que ha fallecido en Doorn, Holanda.

Una nueva pena aflige en estos días al ex emperador Guillermo, de Alemania. Su amable compañera, que con él compartía las heces del destierro, ha sucumbido víctima de traidora enfermedad, en su residencia de Doorn, Holanda.

En estos días ha circulado por Madrid la noticia de que el poeta indio Rabindranath Tagore iba a visitarnos. En prensa ya este número no podemos esperar a comunicar a nuestros lectores el recibimiento que se le haga.

Si podemos adelantar que el objeto de su visita es de mera curiosidad artística, y obedece



El General Director de la Escuela de Aviación Militar, con los alumnos mecánicos montadores, a quienes obsequió con un «lunch».

al deseo de conocer a España, que ya exteriorizó hace uno dos años, pues sabe que en determinados aspectos, y sobre todo en lo que a las clases populares se refiere, existen algunos puntos de contacto entre la India, el hermoso país oriental, y nuestra Andalucía.

Por esta razón, es fácil que, además de Madrid, Rabindranath Tagore visite otros puntos de España, y presumimos, dada la estirpe intelectual y artística de las personas que organizan todo lo relativo a su estancia entre nosotros, que la excursión será en extremo deliciosa, y que de ella podrá obtener grandes provechos en el orden espiritual.

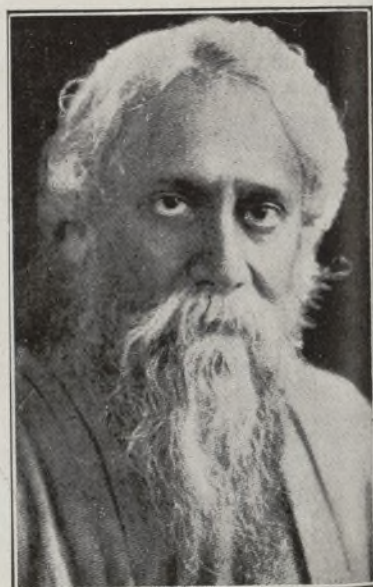
Tendrá Tagore en la actualidad unos sesenta años. A los diez y nueve, cuando escribió su primera novela, era ya famoso, y todavía se representan en Calcuta algunas de las obras dramáticas que escribió en sus primeros años.

Su familia es de noble alcurnia; es príncipe, y desciende de príncipes; pero en ella han abundado también los artistas y los filósofos. Rabindranath Tagore es una cosa y otra.

Es poeta de ideas, de emociones sutiles, y su técnica es en extremo sencilla. En toda la India es popular, y en el Oeste, en donde se habla el bengalí,

sus canciones las cantan los niños, las mujeres, los trabajadores y los campesinos.

En Bolpur fundó la escuela ideal por él concebida, la famosa *Shantiniketan*, que quiere decir morada de paz, y en ese lugar, que constituye su retiro es-



El poeta indio Rabindranath Tagore, cuya visita a Madrid había sido anunciada.

piritual, acostumbra a pasar largas temporadas entre los pequeños.

Son innumerables las obras que ha escrito. Las traducidas al castellano, son: *La luna nueva*, *El jardinero*, *Ofrenda lírica (Gitanjali)*, *La cosecha*, *Pájaros perdidos*, *El cartero del Rey*, *El asceta*, *El Rey y la Reina*, *Malini*, *Chitra*, *Ciclo de la primavera*, *El Rey del salón obscuro*, *Sacrificio*, *Las piedras hambrientas y Morada de paz*.

En este mes se ha celebrado una simpática fiesta con motivo del brillante resultado obtenido en los exámenes efectuados para proveer unas plazas de montadores mecánicos de avia-



ción, para nuestra Escuela de Aviación Militar.

El general director de esta Escuela, general Echagüe, obsequió a los alumnos aprobados con un «lunch» en el que se hicieron votos por la prosperidad de la Escuela.

Una vez más hemos de dar cuenta a nuestro lectores de un luctuoso accidente de aviación.

Lo jóvenes tenientes de Artillería y Caballería D. Manuel Alvarado y D. Juan Muñoz Ibañe, tripulantes de un aeroplano, han sucumbido víctimas de su arrojo e intrepidez.

El primero falleció en el acto y el segundo, fueron tan grandes e importante las heridas que sufrió, que falleció a las pocas horas.

En el estanque de la Casa de Campo se han verificado las pruebas, verdaderamente interesantes, de un aparato flotador salvavidas, que designa su autor, D. Fernando López, con las iniciales «F. J. L. Y.»

Las pruebas fueron concluyentes, y según parecer unánime de cuantas personas técnicas presenciaron los afortunados ensayos, el nuevo invento prestara utilísimos servicios en la navegación.

Cada vez va tomando más incremento los somatenes, y no es raro leer la creación de nuevos organismos de esta naturaleza, guardadores del orden.

En Barcelona, que puede ca-



Comisión formada por jefes y oficiales del Ejército y la Marina, que han cumplimentado a SS. MM. las Reinas Doña Victoria y Doña María Cristina.



Llegada a Madrid del campeón de boxeo Carpenter, que marcha a los Estados Unidos, para disputar el campeonato de pesos grandes.

lificarse de cuna de los somatenes, se celebran a menudo fiestas en las que éstos intervienen como lo hicieron asistiendo al acto inaugural de la Exposición instalada en las Galerías Cayetanas, en la que se han reunido varias banderas del somatén catalán.

En el Cuartel del Conde-Duque en Madrid, se ha celebrado el acto de la imposición de condecoraciones que S. M. el Rey Víctor Manuel, coronel honorario del regimiento de Saboya, dedica a la oficialidad por la jura de banderas celebrada el año pasado.

Las condecoraciones les han sido impuestas al general de brigada D. Federico Berenguer, coronel del regimiento cuando se efectuó la jura: coronel, don Virgilio Cabanellas, y teniente coronel D. José Santaló, que eran teniente coronel y comandante, respectivamente en dicha época, y al teniente coronel de Saboya D. Emilio Hernández, comandante D. Juan Pruna, capitán ayudante D. Adolfo Hernández y capitán D. Luis Calvet.



Los niños austriacos, quinta expedición que viene a España, y que han sido hospedados en el Colegio de la Paloma.



# San Dinerito

NOVELA POR LUIS ANTÓN DEL OLMET

(Continuación)

Pasaban, en la noche, los ojos lunares de algún automóvil. Un soldado, tres obreros, una mujeruca con su banasta de castañas y altramuces, cansina, volviendo del Retiro donde habría vendido golosinas a los niños, camino del arrabal, del chiscón, de la miseria.

¡Al fin! Era Genoveva que salía. A Mendicuti le brincó el corazón. Venía alta y guapa, rápida y solemne.

—¿Qué...?

—Nada. Todo perdido. Ese canalla de don Hermógenes nos engañó.

—¿Y qué? ¿Usted se resigna?

—Sí. Sería inútil. Le temo a un proceso. Montánchez asustado, se me escaparía. Renuncio.

—¿Lo ha pensado usted bien?

—Sí. Renuncio.

Estuvo a punto de llamarle canalla y ladrona, pero era una mujer.

En la plaza de Santa Bárbara, ella tomó un coche:

—Es tarde. ¡Adiós!

Y subió al vehículo.

Mendicuti, sólo, a paso lento, se alejó sin rumbo.

\* \*

—¿Regresó Mister Birí?

Y aquella voz fatídica, respondió como siempre:

—¡No!

¡No! Aquel asunto no se remataría tampoco. El de los mulos había finiquitado. ¿Qué iba a hacer Mendicuti? ¿Qué sería de su vida? Y se aterró.

Había vendido su postrer título de mil duros, sin decirselo a Enriqueta, y había encetado aquella suma. El resto, como un ladrón, lo llevó a su despacho y en un clasificador americano que tenía, lo dejó avaramente. Eran cuatro mil cien pesetas. Con ellas había que afrontar su vida, la de su mujer y la de sus hijos. Tomó asiento en una butaca y se puso a meditar.

¿Qué era de los cafados? Y el ¡ay de los tristes! resonó en su cráneo como en una gélida mazmorra.

Pensó en los Municipios, en las Provincias, en los Estados, en el orden Político de la Humanidad, y vió que todo era cruel, y que a todo presidía un orden cruel.

¿Quién pensaba en los niños, en los ancianos, en las hembras débiles y en los hombres sin fortuna? La caridad oficial dejaba a los recién nacidos morir en la Inclusa por falta de biberón. Aquellas criaturas abandonadas en el torno, con su llanto inocente, con sus bracitos agitados en balde, pedían linfa animal, ya que la ubre de sus madres sería incentivo

ajado de orgía en aquella hora. Y se las iba dejando morir, secas, flacuchas, lanzando en vano sus vajidos, mientras unos empleados y unas monjas se resignaban:

—¡No hay dinero!

¿La caridad privada? Si eficaz, egoista, inquisitiva, caridad que fuerza y atormenta, y que repara en doctrinas, morales y religiones, caridad



*Olmet*

que no es ciega y dulce, que tiene ojo de buho. Si embustera, pretexto de damas para ocultar sus trapicheos.

¿Qué le sucede al que se derrumba? La horda lo pisa, lo espachurra, lo mata. La horda corre en busca de su interés, alucinada por el oro. La mirada es fiera, el ademán hosco.

—¡Lo mfo! ¡Lo mfo!

Si alguien pierde su equilibrio y cae, se le pisa.

¡Oh, que triste era vivir no siendo un cruel o un imbécil! ¡Qué doloroso!

Romualdo Mendicuti encendió un cigarrillo, y al pensar en la vida, sintió miedo.

Vió al orbe como una larga carretera en espiral. La blanca cinta se iba enrollando siempre hacia arriba, extensa, interminable, llena de vueltas, de vueltas, de vueltas...

En lo alto estaban los poderosos. ¿Refan? Sí... Pero tal vez su risa era un poco triste. Refan, mientras un hondo gemido venía de abajo. Y tenía aquella risa un dejo de placer violento y trágico. Los fuertes conocían también el dolor. Si habían trepado a dentelladas, inmolando criaturas, más aún, peor aún, que el poder no ahoga la conciencia, y en las noches de insomnio se oyen los gritos de angustia y de pena que gimen los vendidos.

En medio, formando caravana, iban los Mendicutis, los sin fortuna y sin miseria. Al mirar atrás se horrorizaban. Al mirar adelante se estremecían.

Y abajo, en compacto hormiguero, iban los más, la muchedumbre, casi la Humanidad entera. Eran los mineros, negros y siniestros, que picaban la veta respirando hedores: los obreros del hierro y del fuego, desnudos entre llamaradas; los pelantrines del campo, con su olla de berzas, labrando tierras ajenas y duras; las prostitutas, los ladrones, los homicidas, la miseria social, los que yacen en el presidio o en la cueva húmeda; millones de españoles, de ingleses, de alemanes y de rusos; horas y horas de faena extenuante, una yacija donde caer dormido, como reventado, tal vez el balazo en una guerra incomprensible, de un idealismo incógnito.

Pero esa curva del anillo no era la que horrorizaba a Mendicuti. No le importaría ser obrero. Se emborracharía. Se cegaría. Se embrutecería para no pensar. Se daría golpes en los oídos para aturdirse. Se deformaría el cráneo, y haría de su masa encefálica un gurullo estólido, capaz de concebir solo cuatro ideas rastreras, y de sentir el instinto más rampón.

Lo que horrorizaba a Mendicuti, eran los otros infortunados, los suyos, los conscientes, los sensitivos; esa muchachita pálida que vende sus bordados al tendero, que se marchita durante quince horas para ganar los céntimos que le entregan como limosna; el anciano que un día os ha tendido la mano en la calle, pidiéndoos una moneda con trémula y no habituada voz; esas cuatro hermanas, hijas de un médico, que son huérfanas, que llevan unas botas muy feas y unos sombreros muy cursis, largas, flacas, amarillas, con su cocidito que no les nutre, acompañantas de señoritas crueles, reventadas de andar, ¡hala, hala, hala!

Pensó...

Hoy, le sonreía todo aún. Tenía cuatro mil pesetas guardadas. Mientras pagase, nadie le preguntaría si su dinero estaba manchado de sangre o de lágrimas. Pero, ¿y si un día...?

Y pensó, ya puerilizando sus meditaciones, en el casero y en la horrible palabra desahucio; y recordó aquellos muebles pobres, vistos un día en mitad de la calle, custodiados por un guardia, y a cuya vera lloraba una mujer; y en el señor Cosme, proveedor suyo, cuyos dedazos llenos de sabañones le saludaban cuando entraba en la tienda, y recordó aquel día en que mandó prender a una chiquela esmirriada que robó una lata de sardinas y salió huyendo; y en toda la caravana de gentes buenas, pero defensoras de su interés, hoy cariñosas, mañana frías ante su dolor, exclamando:

—Imposible. No le puedo fiar. Váyase. Escondase.

Y tuvo la sensación de su desamparo y de su aislamiento en un mundo que hizo de la vida lucro, y del vínculo social, moneda.

Esa miseria era la que espantaba a Mendicuti. La miseria consciente y sensitiva, la del que es inteligente, la del que tuvo un poco, y rodó cuesta abajo, la que se le aparecía, verdeante y espeluznante, en la excitación de su hiperestesia cerebral.

Sentía Mendicuti llegar los pasos fríos y quedos de la miseria. Con sus nudillos daba en la puerta del hogar. Entraba con frío con inquietud, apagando a su paso la vela encendida, y congelando la sangre en las venas de todos. Venía con un recibo en la mano, inexorable y sorda como un desahucio. Era más flaca y más lúgubre que la muerte. La muerte es redención, y sus cuévanos vacíos tienen una lucecita de piedad, fuego fatuo de cementerio, reposo, olvido y silencio.

Ese otro esqueleto que parecía iba a llegar a su calle, iba a elegir su casa, iba a trepar y a llamar a la puerta, iba a entrar allí apagando risas, dejando mudos de espanto a sus hijos, era peor, peor. Traía agonía y no término, esclavitud y no reposo, gemido prolongado y no alarido que se ahoga en la garganta, y que retiembla para caer en el abismo de la nada, y perderse en los ámbitos del bienestar infinito de la muerte.

Oyó un ruido Mendicuti, y se sobresaltó. ¿Quién sería? Alzóse de la butaca, y abrió la puerta. Le corría un escalofrío por la medula. ¿Sería ella, la Terrible? Escuchó... ¡No! Eran los hijos que buscaban a su madre antes de quedarse dormidos. Y corrió. Corrió hacia la alcoba de los pequeñuelos. Entró desencajado como si huyera de un espectro, despertando de una horrenda pesadilla. Un calorcito manso de niñez desnuda, le confortó. Y los besó a todos.

Enriqueta, absorta, se le quedó mirando:

—¿Qué te pasa?

Lo había dicho fina y dulcemente:

—¿Qué te pasa?

¿Estás enfermo? ¡Si vieras qué pena me da verte así!

Romualdo se acomodó sobre la camita del primogénito, y miro hacia la puerta, aun asustado de que ella, la Terrible, entrase:

—¡Si no tengo nada!

Es frío, frío. El despacho está helado. Tienes que poner allí una estufa. O venir tú. Acompáñame. Necesito calor. No puedo estar sólo. Ríete... Hasta miedo me da. ¡Ríete!

—¿Llegó Mister Birt?

—Sí... Esta mañana.

Y Mendicuti resolvió explosivamente.

Era preciso acabar aquello, de cualquier modo, pues la ruina le amenazaba, y su vida tomaba un sesgo trágico. Vendería el permiso a Castañares, a Da Estereira, al Señor Nuncio, por miles de

duros o de céntimos. La guerra, desgraciadamente para el mundo negociero, parecía finalizar. Wilson seguía enviando sus atletas alegres a Francia. De Berlín venía ya el alarido, aun tenue y simulado, de la derrota.

Y Mendicuti sintió que toda la basura colonial española, se alzaba ante sus ojos con el prestigio del dolor honorable. Cavite y Santiago de Cuba, ¿qué eran ante el redor de los marinos germanos sino bello heroísmo de gladiador inerme? Su espíritu recibió un consuelo beato. La raza suya había incurrido en el error, pero de la hecatombe supo reservarse el penacho erguido y el grito ásperamente sublime. Un español de estirpe, al frente de los

soldados alemanes, habría corrido hacia la muerte con brutal rabia desesperada, habría tenido un postrer recurso épico, y el águila imperial caída sobre los campos de Flandes, agonizaría herida por mil balas, aun en la testa nerviosa y altiva una mueca de coraje, y aun entre sus patas rígidas una crispación de odio.

Mendicuti ideó su plan definitivo. Vería a Mister Birt. Si aquel detalle que habría de resolver en Londres, estaba ultimado, telegrafiaría a Castañares. Si Castañares seguía en la nebulosa, remataría con Da Estereira. Si éste no tenía soluciones prontas, sería capaz hasta de anunciarse en los periódicos.

«Intelectual aliadófilo ofrece barato permiso de carbón inglés».

Estuvo en la Embajada Mister Birt, con su pipa, con sus manos en los bolsillos del pantalón, escarranchado, alegres los azules ojos, ofrecía su aspecto de felicidad rubia y blanca, felicidad quieta.

—¿Qué, Mister Birt...? ¿Ulfimó usted aquel detallito?

—Yes.

—¿Puedo buscar consocio?



—Sin dificultad.

—Entonces, vendré pronto con uno.

—Yes. Lo resibiré con mocho gusto.

La esperanza había rociado el espíritu de Mendicuti cuando salió de la Embajada inglesa. Aquello eran pesetas. Muchas o pocas. Eran pesetas.

Telegrafió a Castañares. A las cinco de la tarde recibió nota para conferenciar telefónicamente con el inquieto negociante. Estaba en Pasajes, cargando sidra para Estocolmo. Mendicuti se había dirigido a Barcelona donde residía la esposa de Castañares, obtuvo pista.

La conferencia no se pudo celebrar hasta las seis, pues cundía el servicio. Más de cien agiotistas habían acaparado los hilos y los locutorios. Por fin, con una hora de retraso, oyó Mendicuti la voz optimista de Castañares.

—Al habla. ¿Es Mendicuti?

—Sí.

—¿Qué tal?

—Bien, ¿y usted?

—Luchando. Acabo de embarcar sidra.

—Enhorabuena, pero ¿y lo del carbón?

—¿Qué carbón? ¡Ah, sí! Perdona. ¡Esta cabeza! ¿Qué hay del carbón?

Empezó a ronronear el cable, y Mendicuti, gritó cual si osara hacerse oír sin hilo desde Guipúzcoa.

—No entiendo. ¡Más alto! ¡Chille!

Se sucedían unos repiqueteos, unos como disparos que le taladraban el tímpano, palabras sueltas una pregunta de Valencia, una contestación de Alcoy, un alarido gallego y un refunfuño valladolisoletano. Segundos después, una voz seca:

—Ha terminado.

—¡Prórroga! ¡Prórroga!—vociferó Mendicuti como si pidiera socorro.

—No hay prórroga.

Aun quedó allí, en aquel locutorio silente y anonadante, con el cráneo partido por el fleje del auricular, diciendo sin esperanza:

—¡Oigan! ¡Oigan!

A las siete buscó a Da Estereira en «El Lobo Gris». Llevaba allí el químico seis horas de soledad y apatía, tirándose de los bigotes y pensando mal de la patria, hosco y desdenoso como un disidente:

—He visto a Mister Birt y todo está solucionado.

Da Estereira brincó en el diván como un muñeco de resorte, y se le iluminaron las mejillas hundidas, de genio incomprendido:

—Ya era hora. Pero el caso...

—¿Qué caso?

—Pues que mis consocios, hartos de esperar se aburrieron.

—Entonces...

—Nada está perdido. Ayer me habló precisamente D. Braulio Tojo, de unas gentes que desean hulla. ¿No es hulla lo que usted ha solicitado?

—Hulla, galleta, cribado, cuantos carbones plasmó la naturaleza en el rico solar de Albión.

—¿Conoce usted a D. Braulio Tojo?

—Sí... Un poco. Lo he visto en el frontón de señoritas. Leo sus «Bromazos» en *La Barricada*.

—Bueno, pues a D. Braulio le ha metido don Policarpo en esto. D. Policarpo es un caballero largo, flaco y triste, que usted supuso un agente de caos. Parece que ahora ese D. Policarpo no erró el golpe.

—Bien, ¿y cómo resolveremos esto?

—Hablando con ellos esta misma noche.

—¿Aquí?

—A las diez y media.

Puntual y esperanzado, acudió Mendicuti al café. Da Estereira remozó el conocimiento entre Romualdo y Tojo:

D. Braulio Tojo, gallego, hijo de un forjador, hercúleo y montaraz, fué sargento. Cuando se disponía a ingresar en la Academia de Infantería, se cayó al Tajo con su bicicleta, y se hizo añicos. Recompuesto por un cirujano, acabó siendo cura.

Tuvo en el Seminario buenas notas, fama de valentón, y una novia en las afueras de Tuy. Ya sacerdote, vino a Madrid, y en menos de un año con su oratoria brusca y terrible, su originalidad de pensamiento y su especial y rara simpatía, se hizo popular. Ganó la vida con sermones, conferencias y colaboraciones periodísticas. Entró luego de preceptor en casa de un marqués.

Después, harto de Madrid, buscó un curato en la aldea gallega, y se trasladó a sus lares.

Era el curato de Osende, sueño delicioso para chantres sochantres. Una hermosa casa parroquial; unas tierras que daban vino, trigo, cebada, y frutas; sueldo pingüe; derechos de bodas y entierros; una bendición; mejor que un obispado.

D. Brulio llegó allí, y durmió durante cuatro o cinco meses. Tenía sueño atrasado y un cansancio infinito de Corte y de inquietud. Un día, rejuvenecido y entusiasta, se lanzó a la política.

Había visto a la gleba en su pocilga. Había sentido y comprendido todas las infamias de que era

víctima el campesino su hermano. Se había llenado de indignación, de odio. Y aquel espíritu de herrero, de militar y de sacerdote, vió como Pablo, iluminada su mente por la suprema luz de Dios.

Y se enroscaron todos los rizos de su pelo, y rugieron todas las cuerdas de su garganta, y temblaron todos los abismos de su cuerpo hecho de carne plebeya y redentora. Y un día, aquel abad bajó del monte, cruzó el valle, acampó ante la ciudad, y le puso cerco. Decía:

—En nombre del Señor os digo, esclavos, que os alcéis.

Al principio intentaron los caciques altos y bajos hacerle el silencio. Después apelaron al ridículo. Más tarde, a la calumnia. Pero Tojo iba de aldea en aldea, predicando como Jesús. No evangelizaba con fluída voz de místico, sino con cruda estridencia de agitador revolucionario. Tuvo en su pecho cañones de fusiles; le dispararon tiros; intentaron volar el automóvil que le conducía de una a otra provincia. Tojo abría su manto, y enseñaba el pecho de titán.

—¡Matadme cobardes! Asesinaréis mi cuerpo. La idea que me anima habrá sido bautizada con sangre de martirio. ¡Asesinadme! ¡Os lo exijo en nombre del Señor!

Galicia entera llegó a idolatrar al abad de Osende. Había un «anís Tojo», un papel de fumar «Tojo». Las mujerucas le bendecían a su paso:

—Así salve Dios al señor abad.

Los arrapiezos, como a Cristo, le seguían en silencio, cautivos de su paso.

Los hombres sacaban la navaja o alzaban la voz:

—Cuando quiera montar a caballo, le seguiremos todos. Llevará un ejército de cuchillas alzadas, y será el capitán de cien mil fieras.

Era un cura Santa Cruz, liberal y rojo, elocuente y bravo, un Savonarola montaraz. Durante cuatro años fué el ídolo de Galicia irredenta. Se le quiso comprar con oro y con actas. El más fuerte cacique gallego le ofreció tres diputados y un Senador. Canalejas le brindó su apoyo.

Luego, había llegado su decadencia. Sin bastante energía el pobrecito corazón de Galicia, hecho esclavo durante siglos de tragedia y de oprobio, para alzarse en revolución triunfadora, aquel morbosismo tenía que ceder. Los paisanos, acorralados, se iban entregando nuavamente. Algunos de los intelectuales que seguían a Tojo, se vendieron por una credencial. Y un día...

Un día llamó a D. Braulio el señor Obispo. El

señor Obispo, antiguo canónigo de Santiago, cliente del senador Elorriaga, y a cuya influencia debía mitra y báculo, habló duramente.

Aquel sacerdote estaba soliviantando al pueblo. Su acción era revolucionaria. Bastante indulgente había sido para él. Ya no era tolerable tanto desmán. Estaba escandalizado hasta el Rey. ¡Un Ministro del Señor predicando el incendio por las aldeas, vestido con sus ropas talaras, bendiciendo matanzas y exterminios! ¡No! ¡No lo toleraría!

Y resumió:

—O deja usted la política o le quitaré el curato.

Me lo aconseja el deber. Es mi obligación.

Braulio Tojo quedó mirando al prelado con altivez trémula.

—Señor Obispo, un sacerdote no puede ni debe ser agente pasivo de caciques, de gobernantes, de Monarcas. La Religión es cosa moral y espiritual. Yo, como Pedro, cumplo un deber evangelizando para la ciudadanía a estos esclavos. ¿No es verdad que viven en la injusticia? Pues hay que darles opinión, derechos, libertad. Sacerdote que no ve, es un bárbaro. Sacerdote que ve y calla, es un cobarde. Sacerdote que vió y habló, si enmudeciese ahora ante la coacción de su obispo, sería un infame.

El prelado llevó sus manos lívidas al rostro, y elevó los ojos al cielo:

—Está condenado. Está condenado.

Tojo estuvo mirando al señor Obispo con una larga mirada escrutadora. Era un cincuentón pálido y obeso. Protegía a sus sobrinos. Y parecía tener de la carrera eclesiástica ese concepto burgués que se tiene de todas las carreras. Había encontrado una especie de catolicismo, y lo había abrazado sin filosofarlo ni desmenuzar su intimidad. Seminarista, diácono en Toledo, canónigo en Compastela, saturado de incienso y de liturgia, con sus cánticos, sus devociones y ritos, y luego obispo, merced a la bondad de un personaje, era conservador y monárquico, y amaba el orden, ignorando de fijo que Jesús fué un enemigo del orden en Judea, y que agonizó en el Calvario por disentir del Rey hebreo y del procurador de Roma.

Y Tojo le miró con piedad, compasiva y benévola, e hizo plática.

(Se continuará.)



# Bibliografía

*Templemos las almas igual que los sables*, por J. Pérez Andreu.

Con este libro de disertaciones patrióticas, no sólo tiende el autor a educar moralmente a los soldados, para quienes fueron escritas en un principio las conferencias que contiene, sino que desea también llegar al gran público, el cual acaso encuentre en su lectura fuerza espiritual que robustezca sus ideales y su fe en el porvenir de España. En «Templemos las almas igual que los sables», exornada con caricaturas en color, editada en castellano y en alemán dentro del mismo volumen y avalorada por un homenaje musical a la bandera española, compuesto por un extranjero e instrumentado por el maestro Benedito, ha querido el autor rendir culto, al par que a la literatura, al bello arte de la bibliografía moderna.

*Memoria de la Academia de Infantería, de los cursos de 1918 al 20.*—Hemos recibido el libro de este título, que es verdaderamente una obra lujosa y bien editada de 168 páginas, en la que figuran estudiados con gran extensión y detenimiento los medios y sistemas de enseñanza seguidos en la Academia en los que se condensan los planes de estudio y espacio resúmen del plan de clases prácticas.

Gran número de grabados y planas ilustran el texto, destacándose de aquéllos tres nuevos modelos que ha adquirido el Gabinete de Armas entre los

que se cuentan fusiles y carabinas, pistolas, cañones de Infantería, material artillero, lanza granadas y granadas de mano, y otros elementos combatientes, la mayoría de ellos empleados por las naciones beligerantes en la pasada guerra.

A los primeros citados acompañan unas someras y claras descripciones, explicando su funcionamiento.

Cierra el libro un capítulo interesante, relatando fielmente los hechos culminantes, órdenes de interés, ceremonias y festejos celebrados en los años que comprende la memoria.

Dentro del tecnicismo que encierra la memoria, es tan interesante su lectura que hasta el profano en cuestiones militares ha de sentir deleite, leyendo las exquisitas páginas de la obra.

*El Ariete Chino.* Fantasía por Ginesio Darnell.

Digna es de loa la obra que Ginesio Darnell, el joven escritor cuyo ironismo agradable han podido apreciar nuestros lectores en sus interesantes «Aventuras de Membrillera», presenta con el título que antecede. Burla, burlando, demuestra su erudición extraordinaria y hace asistir a escenas que pudieran convertirse en realidad en un porvenir no lejano. El libro mantiene despierto el interés del lector desde el principio al fin de la lectura. Es obra que debe leer todo aquel a quien preocupe la futura guerra.

## Mientras suena el clarín

¡Qué bien suena, cuando suena,  
el bravo clarín guerrero...!

Suena el guerrero clarín,  
y a su bravo y noble son  
el Hispano corazón  
bulle alegre y saltarán.

Tiene un loco retintín  
ese clarín que yo quiero;  
a su sonar altanero  
toda la tierra se atruena...

¡Qué bien suena, cuando suena,  
el bravo clarín guerrero!

Toca llamada de honor  
con su son noble y leal  
y a su voz sana y jovial  
responde nuestro valor.

Con su inmortal esplendor  
asombro del mundo entero  
despierta el león Ibero  
y alza su frente serena...

¡Qué bien suena, cuando suena,  
el bravo clarín guerrero...!

De su letargo profundo  
despierta la patria Ibero  
y al frente de su bandera  
se va prosternando el mundo;  
y en tanto el clarín jocundo,  
noble, marcial y altanero,  
con su sonar jaranero  
en toda Europa resuena...

¡Qué bien suena, cuando suena,  
el bravo clarín guerrero...!

Ya el clarín, nobles hermanos  
lanza sus sonos risueños  
en los montes Extremeños  
y en los campos Castellanos.  
Suena también en los llanos  
de todo el solar Ibero;  
su son noble y altanero  
por los «vivaques» atruena...

¡Qué bien suena, cuando suena,  
el bravo clarín guerrero...!

ANTONIO R. GUIRAO.

# SECCION DE CONSULTAS Y CORRESPONDENCIA

En esta sección serán contestadas únicamente las preguntas y consultas hechas directamente por los suscriptores de «Armas y Letras.»

*M. T. F., Jerez.*—Se le envían por duplicado los números 13, 14 y 15. Queda tomada nota de su cambio.

*J. A., Rosell.*—Se le han enviado los números 13 y 14. Los cargos se le pagarán por la Caja Centros.

*T. J., Toledo.*—Tomada nota de su cambio de destino. Le hemos enviado el número 14.

*P. J., Vitoria.*—Recibido un giro de 7,50 pesetas.

*S. R., Córdoba.*—Se le envía por duplicado el número 13.

*A. R., Ronda.*—Los números 2 y 4 se le enviaron oportunamente. Sentimos no podersélos mandar ahora por estar agotados.

*A. J., Xauen.*—Se le han enviado todos los números. Le remitimos nuevamente certificados los que dice le faltan.

*E. F., Navelgas.*—Se le envían por certificado los números 12 13 14 y 15. Se conoce se perdieron los anteriores que fueron mandados a su otro destino. Queda tomada nota de su cambio.

*G. E., Tudela.*—Contestamos su consulta. Existe la idea de que sean todos ascendidos.

*S. S.*—Está V. todavía sin clasificar. Teniendo en cuenta los clasificados y las instancias admitidas puede calcularse que hará V. el número del 310 al 315 para ingresar en Intervención.

*A. A. L., Tetuán.*—Su instancia se recibió oportunamente. Hace V. el número 200 de manera, que tardará bastante tiempo en ser llamado, porque es posible que este año no se verifiquen más cursos.

*J. S. R.*—Hace V. el número 1 para destino al Regimiento de Zamora. Su compañero M. S. C. hace el número 2. Su instancia pidiendo diferencia de pasaje, está denegado. La R. O. de 19 de Enero de 1919 (D. O. número 14), se refiere únicamente a diferencias de trayectos. No podemos ocuparnos de su última petición.

*E. A. M., Toledo.*—Para que podamos contestarle algo referente a lo que nos pregunta, hace falta que nos diga cual fué su último destino en Ultramar.

*M. M., Canfrane.*—No tiene V. derecho a indem-

nización. Su destino depende directamente del Intendente de la Región, que es a quien puede hacer presente los perjuicios que se le irrogan por continuar en ese sitio.

*R. A. P., Mancha Real.*—No se ha recibido en la Dirección su papeleta de petición. No está V. por consiguiente, anotado para cambio de destino.

*F. L., J.*—Hace V. el número 11 para Ciudad-Real. Su compañero Gonzálo Curiel, hace el número 115 para Cáceres.

*F. F., Cazadores Tarifa.*—Hace V. el número 2 para destino a las Navas.

*P. P. del V.*—Nada se sabe respecto a las primeras preguntas que nos formula. Para ayudante de Prisioneros Militares de Madrid, hace V. el número 16.

*A. M., Oix.*—Rectificada su dirección. Se le envían las tapas y por duplicado el número de Marzo. Los números 3 y 4 están agotados. Contestamos a su consulta: 1.º Debe dirigir instancia al Rey, diciendo que habiendo desaparecido las causas que motivaron el depósito, pide la devolución. 2.º Instancia dirigida también al Rey, pidiendo rectificación de su apellido en la R. O. de concesión de la Cruz.

*B. J., Ceuta.*—Los documentos que debe acompañar a su instancia son: Hoja de servicios, en la que bastan la copia de las subdichiones en la que conste su soltería y el derecho a algún quinquenio o cruz pensionada que haga rebajar el importe del depósito que tiene que hacer. Hipoteca ante notario de bienes o fincas renta unida a su sueldo y cruces, complete el sueldo de Capitán y acta civil, legalizada de nacimiento de su futura.

*F. Ll. R., Ferrol.*—No suboficiales no pueden alternar en el servicio con los subalternos; practican el servicio de económico y de armas, dentro y fuera del cuartel, en sustitución de los oficiales, únicamente cuando por sucesión de mando, les corresponde.

*F. N., Toledo.*—Pueden usar el nuevo uniforme, mientras dure el plazo marcado para su extinción:

*D. de A. B., Santa Cruz de Tenerife.*—Se recomendó su asunto, y nos comunican quedó despachada la certificación de última voluntad.

*R. A., Taimut.*—Para tener derecho a usar el distintivo sobre el uniforme tiene que revalidar su título en un aerodrómo militar.





# PARA PASAR EL RATO

## DIVERSIONES Y ENTRETENIMIENTOS

### Charadas

—¿Qué es lo que ha pasado entre la sirvienta y el niño?  
—Nada; que *segunda primera-tercia* y le llevó al *todo*.

*Primera segunda-tercera* sitio donde no da el sol, con la *tercera-segunda*, se nos llama la atención. *Prima-segunda* conoce todo aquel que es jugador. El *todo* de mi charada lo puede acertar cualquiera, pues que lo verá en las casas al *ladito* de la acera.

*Tercera y segunda:* Para ustedes. *Cuarta y tercera:* Lo estiman las señoras.

*Tercera y tercera:* dios.  
*Todo:* En los caminos.

### Jeroglífico

Madrid  
Ciudad Real

**NA**

Cuenca  
Guadalajara  
Toledo

### Logogrifo numérico.

1	2	3	4	5	6	7	Nombre de varón
3	4	5	6	2	3		Nombre de mujer,
4	3	6	5	7			Flor.
1	7	6	3				Apellido.
1	2	7					Verbo en indicativo.
6	2						Nota musical.
1							Número romano.
4	7						Adverbio.
2	4	3					Nombre de mujer.
1	2	7	4				Animal.
3	5	2	1	3			Nombre de mujer.
1	7	6	2	4	3		País.
5	7	6	3	5	7	6	Profesión.

### Conocimientos útiles.

**Limpieza de los impermeables.**— Cuando los impermeables se salpican de barro, conservan siempre unas manchas blancuzcas, aun después de frotarlos con el cepillo. Para hacerlas desaparecer debe lavarse la prenda, en los sitios manchados, con agua fuertemente avinagrada.

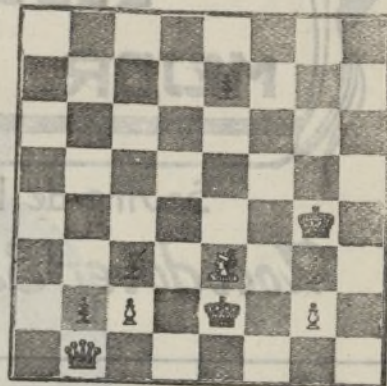
**Reparación de los objetos de ambar.**— Las pipas, boquillas y otros objetos de ambar, que con tanta facilidad se rompen, pueden ser restaurados por uno mismo con gran facilidad por medio de la preparación siguiente: Póngase en agua un poco de potasa cáustica de manera que resulte una solución bastante concentrada. Mojad un pedacito de madera en este líquido y humeder con él los trozos que han de pegarse. Aplíquense bien exactamente estos trozos, y sosteniéndolos muy bien para que no se muevan, téngaselos encima de una estufa. Poco tiempo después, el objeto resulta pegado, y si el trabajo se ha practicado con limpieza, queda la soldadura invisible. Debemos advertir que si el objeto compuesto ha de llevarse a la boca, como cuando se trata de boquillas, es preciso tomarse el trabajo de lavarlo y secarlo varias veces para eliminar por completo la potasa.

mira, ¡creo que me la hubiera comido viva!

—¿Y ahora?...—le preguntó el otro con mucha sorna.

—¿Ahora? Siénto en el alma no habérmela comido.

### Problema de ajedrez



Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

### Soluciones a los pasatiempos del número anterior.

A las charadas:

Camisa.  
Armario.  
Ramona.

### A la composición de números

Remilgado.

### A los jeroglíficos.

Resignación.

Antequera.

Traspunte.

Antecámara.

Trastamara.

Antecedente.

**CASOS Y COSAS**

Vase a afeitarse un baturro y lo hace el barbero con una navaja tan mala que al baturro le parece que le desuellan.

De repente oye aullar a un perro al que seguramente estarían castigando y exclama:

—¡Rediez! ¡Mía que chillat! ¡Ni que le afeitara usted!

Un hombre armado de un bombardino se para debajo del balcón de un entresuelo en el que hay un caballero.

—Una limosna, señor, pues si no le aturdiré con mi música.

—Al contrario, buen hombre, toque usted. Eso distraerá a los niños.

—Es que... no sé tocar...

—Entonces ¿para qué le sirve a usted ese instrumento?

—Es únicamente para meter miedo.

—Cuando me casé—decía un pobre diablo a un amigo suyo—era tanto lo que quería a mi mujer, que

# Angel Carlos

Proveedor de la Real Casa  
PREMIADO CON MEDALLA DE ORO



**OFRECE**  
*los nuevos alumnos de Infanteria*  
**LOS UNIFORMES MAS ELEGANTES**  
 Y DE  
**MEJOR CALIDAD**

Sastre de la Academia de Infanteria  
**Zocodover, 33 al 37. Teléf.º 325 TOLEDO.º**

<b>F. ALCARAZ</b>	<b>SOMBREROS GORRAS PARA TODA CLASE DE UNIFORMES Precios económicos.</b>
: : : Atocha, 78 : : : :	

## Anuncios por palabras

**O**BRA de texto en las *Academias Militares*. Acaba de ponerse a la venta el 1.º cuaderno de los Problemas de Aritmética declarados de texto. Precio, 2 ptas. Pedidos a D. Juan Borges.—Santa Ana, 36, Sevilla, y a librerías.

**L**A EXPOSICIÓN.—Fábrica de camisas, corbatas, cuellos y puños. Telesforo G. Ramos. Príncipe, 19. Madrid.

**P**ARA hombres.—Ayer ventruado, hoy enjuto: es que uso las FAJAS DE JUSTO. Probarlas es adoptarlas. Carmen, 10, corsetería.

**P**ARA pasar un rato distraído nada más a propósito. Cervecería-Bar, servido por señoritas. Cádiz, núm. 7.

**G**RAN HOTEL.—Alicante. Propietario: Miguel Simón. Servicio esmerado. Los militares, mediante la presentación del carnet militar, obtienen una bonificación de 10 por 100.

**C**LEMENTE Y GARCÍA.—Camisería. Ropa blanca. Equipos. Canastillas. Batas. Especialidad en blusas. Calle Mayor, 54, Madrid.

**A**CERO.—Sastrería militar. Fábrica de paños en Béjar. Proveedor de la Cooperativa del Ministerio de la Guerra. Se remiten modelos de prendas a las Juntas económicas. Talleres: San Marcos, 36 y 38, Madrid.

**A**PARATO curación radical juanetes en treinta días. Informes gratis. Escribid: M. Villa, callista. Escudillersos, 48, Barcelona.

**S**AHOL.—Es la mejor medicación para curar sabañones. De venta en las principales farmacias.